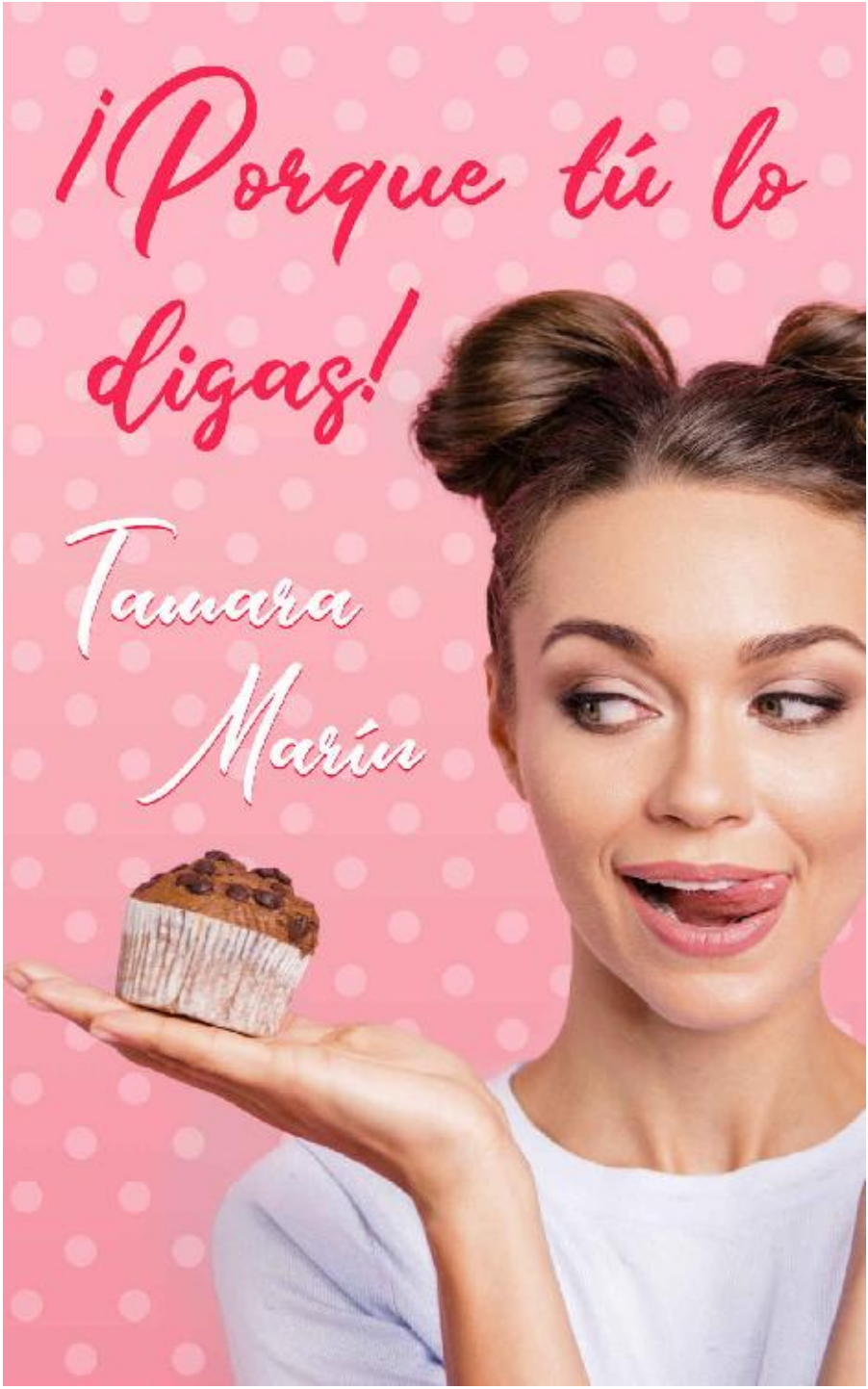
¡Porque tú lo digas!

Tamara Marín


¡Porque tú lo digas!
Tamara Marín

.

¡Porque tú lo digas!

Tamara Marín

.

A mis lectoras,

Esto no tendría sentido sin vosotras.

Gracias por tanto.

.

Para todas las mujeres del mundo.

Qué fácil resulta admitir una crítica y qué difícil hacer lo mismo con un halago.

Cómo nos cuesta aceptarnos; siempre pidiéndonos y exigiéndonos más, nunca conformes con lo que somos.

Mujeres, madres, compañeras, hijas, hermanas… tratando de ser las mejores en todo y con la sensación de no llegar nunca a nada.

Relajémonos e intentemos no ser más de lo que somos, porque ya es más que suficiente.

Todo lo que nos pasa en la vida nos convierte en las personas de hoy, ¿por qué no disfrutarlo?

Así que nos toca respirar hondo y querernos, aceptar nuestros defectos, al igual que hacemos con el resto del mundo, y apreciar nuestras virtudes, que no son pocas.

Introducción

El agua caliente caía sobre mi cuerpo. Me relajaba y al mismo tiempo limpiaba las lágrimas que iba derramando sin poder parar.

Oí que alguien se acercaba y me di prisa; no sabía cuándo podría volver a ducharme, así que lo hice rápido, pero a conciencia. Cuando unas manchas rojas empezaron a cubrir mi cuerpo, entendí que quizá estaba frotando la esponja con demasiada fuerza.

Me vestí y salí de manera apresurada. Aquel día no había tenido suerte y el albergue ya estaba lleno; esa noche, como casi todas en las

últimas semanas, me tocaría dormir en la calle.

Con mi mochila en el hombro, abandoné el lugar con la cabeza alta. El orgullo era lo único que no me habían logrado quitar y quería que siguiera siendo así. Casi flojeé al notar que el peso de mi mochila cada vez era más ligero. Ya solo me quedaba la muda que llevaba puesta y otra de recambio, que en esos momentos estaba empapada porque la había lavado en la ducha; pero incluso estando mojada el peso era irrisorio.

En mis manos, simplemente un anillo que había sido de mi madre y que no sabía cuánto tiempo podría mantener.

Mientras caminaba sin un rumbo fijo noté que me sonaban las tripas, no comía nada desde la noche anterior. A ese paso caería enferma antes de que acabara el mes.

En un establecimiento de comida rápida pedí una de las ofertas. Eso no me quitaría el hambre que llevaba acumulada, pero ayudaría a que no me mareara. Debatí un rato conmigo misma si pedir algo dulce de postre, un lujo que no podía permitirme; echaba de menos comer algo con azúcar, aunque fuera una porquería como la que servían allí. Como siempre, preferí guardarme ese poco dinero por si al día siguiente no obtenía nada.

Me senté en una mesa apartada, desenvolví la comida y me deleité con el olor que desprendía. La ingerí poco a poco, saboreando cada bocado. Fue un auténtico esfuerzo, porque me habría lanzado sobre las alitas de pollo para comérmelas todas antes de pestañear tres veces. Masticaba cada bocado un montón de veces y me acordé de mi madre, que siempre me decía que comiera más despacio; si me viera ahora, no se lo creería. Bueno, en realidad era mejor así; mi aspecto era tan lamentable que preferiría que no me viera nadie, y menos ella.

Fui al lavabo, ya que no sabía cuándo podría volver a utilizar uno. Pude bajarme los pantalones sin desabrochármelos, había perdido mucho peso, demasiado… Me lavé las manos a conciencia, intentando quitar la parte negra que recubría mis uñas, sin conseguirlo del todo.

Cuando salí de allí, busqué un sitio donde poder dormir. No me gustaban los lugares apartados, me generaban desconfianza; aunque, viviendo en la calle, rara vez no sentía miedo. Aun así, dormir en una zona con gente hacía que me sintiera más segura, una supuesta seguridad que estaba más en mi cabeza que en otro sitio.

En la calle dormía con un ojo abierto. Entre la falta de sueño y el

hambre, me había convertido en una sombra de lo que un día fui.

Era un verano caluroso. Menos mal, porque me habían robado la única pieza de abrigo que tenía. Puse la mochila húmeda a modo de almohada, la única manera de que no me la quitaran una vez dormida.

Al tumbarme en el duro suelo, suspiré. Parecía mentira lo que había cambiado mi vida en cuestión de meses.

1. Ignacio

Unos años atrás

No me apetecía especialmente salir esa noche. Hacía apenas un mes que lo había dejado con Rubén y, aunque fue una ruptura amistosa, me sentía rara después de más de diez años siendo pareja. Volver a salir, conocer gente y, en resumen, empezar de nuevo me daba muchísima pereza.

Cuando Rubén y yo dejamos de estar juntos, me fui a vivir a casa de Nerea, una compañera de trabajo. Mi madre insistió en que me mudara con ella a la que fue nuestra casa, pero estaba demasiado lejos de mi trabajo y la combinación en transporte público era horrible. No se quedó demasiado contenta con eso, tuve que prometerle que comeríamos juntas, por lo menos, dos veces al mes; debía reconocer que la mujer no pedía demasiado.

Esa noche Nerea insistió mucho en que fuéramos a la inauguración de un nuevo restaurante. Lo había abierto Juan, quien había sido nuestro compañero de trabajo hasta hacía poco menos de un año y por el que Nerea se sentía completamente colgada. Tanto ella como yo apenas coincidimos en el turno de Juan unos meses, pero por lo visto había sido tiempo suficiente para que mi amiga bebiera los vientos por él.

Nosotras, sin embargo, llevábamos más de ocho años trabajando juntas.

Empezamos sirviendo mesas en el salón, luego a mí me ascendieron a *maître* y después me formé para convertirme en chef y pasar a la cocina. Mi especialidad eran los postres, supongo que al final cocinas lo que más te gusta, y a mí me pirra el dulce.

Nerea continuó sirviendo mesas, ella decía que no quería complicaciones y que en la cocina nos faltaba a todos un tornillo. No podía llevarle la contraria en eso, tenía más razón que un santo.

Aunque a mí me encantaba

mi trabajo. Disfrutaba tanto a veces que incluso me daba vergüenza admitir que iba a trabajar; para mí, era como ir a hacer algo que deseaba, como practicar una afición que me encantaba y por la que encima me pagaban.

Oí a Nerea trastear en el baño de nuestra casa, eso hizo que me volviera y verbalicé mis pensamientos en voz alta:

—Me da muchísimo palo ir, ¿no te apetece más que nos quedemos en casa y veamos una peli? —A medida que Nerea me miraba, fui bajando el tono, hasta hablar casi en un susurro.

—Levanta el culo del sofá y vámonos, no pienso pasar un sábado por la noche encerrada aquí.

No me quedó más remedio que ir a la maldita fiesta.

Como ya imaginaba, la inauguración resultó ser aburridísima. Después de estar allí una hora, supe que había sido una mala idea asistir; debería haberme quedado tirada en el sofá viendo pelis.

Estuve un buen rato buscando a Nerea sin conseguir dar con ella. Quería decirle que ya había hecho acto de presencia y que, definitivamente, me marchaba a casa. Por fin la vi en la otra punta de la sala, y me dirigía hacia ella cuando lo vi entrar. Se movía con desenvoltura, alto, moreno, guapo, el traje le sentaba como un guante; era de ese tipo de hombres que rezuman poder. Y yo, con una sola mirada, caí rendida a sus pies como si tuviera quince años en vez de más de treinta.

Nerea lo conocía de algo. No sé bien de qué, porque no le presté atención cuando me lo explicó, estaba demasiado absorta mirándolo. Fue ella la encargada de presentarnos y estuvimos hablando hasta bien entrada la madrugada. Hacía mucho tiempo que no me sentía tan a gusto con alguien, y hacía más tiempo aún que un hombre no me contemplaba como lo estaba haciendo él. Después de diez años de relación, mi pareja dejó de mirarme con esa pasión en los ojos. Bueno…, simplemente ni siquiera me veía, esa fue una razón más para dejarlo.

Ignacio, que así se llamaba el guapo moreno, me observaba tan intensamente que consiguió erizarme la piel sin ni siquiera tocarme.

Me estuvo explicando que vivía en Madrid y que allí dirigía un

negocio bastante importante, aunque no me dijo de qué se trataba. Había ido a Zaragoza para hablar con unos clientes e intentar ampliarlo.

No nos separamos en los tres días que permaneció en mi ciudad, exceptuando las reuniones a las que asistía; todo lo demás lo hicimos juntos, incluso pasé las siguientes noches con él en su hotel.

Pensé que lo nuestro se quedaría en esos tres días y que no sabría más de Ignacio cuando regresara a Madrid, pero continuamos hablando casi a diario. Y cuando él disfrutaba de algún día de fiesta, volaba hasta Zaragoza para que pudiéramos vernos, aunque solo fuera durante unas horas.

Empezamos una relación a distancia con la que ninguno de los dos estábamos cómodos. Yo cada día me iba enamorando más, hasta que acabé totalmente cegada. Por eso, cuando me propuso irme a vivir con él a Madrid, no me lo pensé dos veces. Al mes de conocernos, y habiéndonos visto bastante poco, yo lo abandoné todo, a lo loco y en contra de toda la gente que me quería, que no acababa de ver con buenos ojos que aquello fuera tan precipitado. Pero ellos no tenían ni idea y no conocían a Ignacio como yo. Nunca en mi vida me habían tratado así. Era tan atento, tan encantador, tan romántico…

Con el paso de las semanas fui consciente de que quizá tenían razón; actué sin pensar y me había precipitado. Antes de que pudiera darme cuenta, Ignacio dejó de ser el hombre del que me había enamorado.

2. La llamada

Unos meses después

Después de un tiempo viviendo con Ignacio, fui consciente de que teníamos muy pocas cosas en común. En las películas, que alguien sea rico es una especie de panacea, pero en la vida real no resultaba nada agradable; o, por lo menos, para mí no lo era. Entendedme: tenía su parte buena, claro que sí, pero la parte mala ganaba con creces.

Yo no estaba acostumbrada a que me lo hicieran todo y él no entendía que no fuera capaz de mandar. Porque él no delegaba, él simplemente ordenaba.

Esa noche lloré hasta bien entrada la madrugada. Nuestra eterna discusión, una vez más, consiguió quitarme el sueño. Y es que Ignacio no quería que trabajara y a mí no me apetecía estar todo el día en casa. Él me daba un montón de opciones y yo no aceptaba ninguna, no

lográbamos llegar a un acuerdo.

Trabajé desde que cumplí los dieciocho, mi padre murió cuando yo era una niña y tuve que ayudar económicamente a mi madre. Por mucho que me encabezoné y discutí con ella, no fue antes de cumplir la mayoría de edad. Desde entonces nunca dejé de hacerlo; y aunque en muchos de los trabajos que realicé no ganaba demasiado, estaba acostumbrada a no depender económicamente de nadie.

Trabajar de lo mío, meterme en una cocina, dejar volar mi imaginación y crear postres espectaculares era algo que echaba muchísimo de menos. Pero Ignacio no quería ni oír hablar del tema, decía que si me apetecía hacer un bizcocho, que lo cocinara en casa. Su manera tan despectiva de expresarlo lograba sacarme de quicio. Él no entendía que no era comparable hacer un

bizcocho a lo que yo elaboraba dentro de la cocina de un restaurante, y no había manera de que lo comprendiera.

Un sonido de lo más estridente me devolvió a la realidad. Ignacio formó tanto jaleo esa mañana que no me quedó otra opción que levantarme yo también. Lo primero que hice fue meterme en la ducha. Mientras estaba bajo el agua, oí mi móvil; dejé que sonara, pensando que no sería importante y que ya volverían a llamar. Oí que Ignacio hablaba con alguien, por lo cual deduje que lo había cogido él, pero no pude identificar de quién se trataba. A los pocos minutos, él entró en el baño.

—Julia, han llamado del hospital, a tu madre le ha dado un ictus y la han ingresado.

Me hubiera gustado hacerle un montón de preguntas; sin embargo, estaba completamente paralizada, no sabía cómo actuar. Quería salir corriendo, pero las piernas no me respondían. Ignacio se lavaba los dientes con tranquilidad. Me entraron ganas de meterle el cepillo hasta la garganta.

Cuando acabó, se enjuagó la boca y dijo:

—Me voy a trabajar, luego nos vemos.

Si antes había sido incapaz de moverme, en ese preciso instante me quedé de piedra. ¿No pensaba acompañarme?, ¿no iba a preguntarme?, ¿se marchaba sin más? Parecía que en lugar de explicarme que mi madre estaba en el hospital me hubiera dicho que me abrigara, que hacía fresco.

Paré el grifo por inercia y aún estuve un buen rato en la ducha. Pasado un tiempo, no sabría decir cuánto, me recorrió un escalofrío y eso consiguió que reaccionara y me pusiera en marcha. Cogí lo primero que encontré en el armario y pulsé el último número que salía en la lista de llamadas. No sabía a qué hospital de Zaragoza la habían llevado.

Mi madre era el único familiar que tenía, a mi padre ni siquiera lo recordaba. Durante mi infancia pasé más tiempo con mi abuela que con mi madre, porque esta debía trabajar para mantenernos a las dos. Mi abuela

había fallecido hacía cinco años. Quitando a una tía que apenas conocía y que vivía en un pueblo apartado, no contaba con más familia. La noticia me dejó conmocionada. Además de que mi madre se encontraba en un hospital y no sabía lo que iba a encontrarme al llegar allí, no podía compartir mi pena ni mi incertidumbre con nadie.

*

Los siguientes días los recuerdo como si fueran un sueño o como si me encontrara bajo los efectos de las drogas, todo parecía irreal. Pasé una semana durmiendo en el hospital, hasta que mi madre se estabilizó. Los médicos dijeron que no duraría mucho, y yo salía lo justo para comer algo.

Durante aquellos días lloré más de lo que lo hice en toda mi vida.

Esa semana lo único que supe de Ignacio fue a través de alguna llamada de teléfono en la que se interesaba, lo justo, por el estado de mi madre.

Pensé que al llegar el fin de semana vendría a Zaragoza, no fue así y lo pasé absolutamente sola.

Necesitaba, además de un descanso físico, un hombro en el que llorar, alguien que me consolara. Llevaba siete días intentando hacerme a la idea de lo que le ocurría a mi madre. Ignacio no estuvo a la altura de las circunstancias y algo en mí terminó rompiéndose.

Ese día salí del hospital sin saber qué hacer, era un milagro que mi madre siguiera con vida. Como parecía que, dentro de la gravedad, se encontraba estable, decidí ir a pasar la noche a mi casa, en Madrid. Necesitaba ducharme, dormir en mi cama y recoger ropa limpia. Podría ir a casa de mi madre, pero necesitaba salir de allí y

despejarme, aunque fuera una sola noche y sonara egoísta. Había pasado siete días en un hospital, durmiendo en una butaca y sin apenas salir, solo para comer algo; necesitaba desconectar.

El viaje a Madrid se me hizo eterno, daba la sensación de que no llegaría nunca. No tuvo nada que ver con el de ida, en el que me encontraba tan nerviosa que apenas sé cómo fui capaz de dar con el hospital.

Cuando abrí la puerta de mi casa una opresión en el pecho casi consiguió que me doblara por la mitad; resultaba contradictorio: tenía ganas de estar allí, pero a la vez quería irme ya.

Al entrar en el salón, me encontré con Ignacio.

—Hola, Julia. En tres días tenemos una cena importante, espero que estés disponible. —Levanté la cabeza para mirarlo. Mi expresión debía de ser de tal desconcierto que Ignacio volvió a hablar con rapidez—. Por cierto, he estado haciendo gestiones y van a trasladar a tu madre a una residencia de lujo, con un equipo médico que se hará cargo de ella mucho mejor que en el hospital en el que está ahora. Claro que es carísimo, pero no hay problema, no quiero que mis amistades sepan que tu madre se encuentra en un hospital público. —Cuando iba a abrir la boca para decirle que debería habérmelo consultado antes, me cortó—: Ya sé que he actuado de la mejor manera posible, no hace falta que me des las gracias por ello.

Y, sin más, se levantó del sofá y se fue en dirección a la cocina con la misma altivez que un rey se dirigiría a una simple plebeya.

Tuve ganas de estamparle el jarrón de la mesita en su aristocrática cabeza.

3. Me precipité

Paré el despertador y me quedé unos minutos más en la cama. Me gustaba ese duermevela en el que te encuentras un poco antes de despejarte del todo.

—Julia, ¿has visto mi corbata granate?

La tranquilidad duró poco. Preferí levantarme, sabía que Ignacio no iba a encontrarla y acabaría antes si se la daba yo.

Entré en su vestidor, abrí uno de sus armarios y me pareció mentira que no la viera, la tenía frente a sus narices.

—Toma, ¿te ayudo a ponértela?

—No, ya puedo yo. Recuerda que esta noche tenemos una cena benéfica y que pasaré a recogerte sobre las siete.

—Me lo has repetido un millón de veces.

—Por si acaso, ya sabes que eres un desastre para recordar las cosas. —

Era despistada, tampoco un desastre—. Y que no se te pase ir a la peluquería, menudo pelo llevas.

—Pero si fui la semana pasada…

—Pues eso, ya hace demasiado que no vas.

No quise decirle nada más. Cogería hora en la peluquería e iría. Con el paso del tiempo había aprendido que acababa antes si no discutía con él.

Me dirigí a la puerta, necesitaba un café con urgencia. Lo acompañaría de un paracetamol, últimamente me dolía mucho la cabeza, sobre todo cuando me callaba por no liarla con Ignacio.

Bajé las escaleras y fui a la cocina.

—Buenos días, señora. ¿Quiere que le prepare algo? —Lupe me reconfortó con su tono dulce.

—No, gracias, Lupe. Ya hago el café yo misma.

—Ay, señora, con usted me quedaría sin trabajo rápidamente. —

Acompañó esta frase de una media sonrisa que me hizo sentir fatal.

—Perdona, Lupe. No quería…

—Lupe, prepárale un café a la señora. Julia, te he dicho mil veces que no hagas eso. —La atronadora voz de Ignacio consiguió sobresaltarme.

Agaché la cabeza, me senté en la mesa de la cocina, cogí un periódico y lo fui ojeando por encima. Solo leía los titulares y tampoco me enteraba de mucho, simplemente lo hacía por mantener las manos ocupadas.

Aquella era una de las muchas ocasiones en las que no me sentía

cómoda.

En esa ocasión fue porque, cuando bajé a la cocina, Lupe estaba haciendo otra cosa y yo era perfectamente capaz de prepararme un café. Ignacio tenía costumbres que yo no acababa de entender. Continué pasando páginas de forma algo frenética, la tomé con el periódico por no enfrentarme a él.

Noté un fuerte pinchazo en la sien; el dolor de cabeza aumentó, como siempre que me encontraba en ese tipo de situaciones.

Lupe puso el café encima de la mesa y me miró con cara de pena. Era una mujer extraordinaria, que no se merecía el trato que Ignacio le daba. Le guiñé un ojo para que viera que no me había afectado el comentario de él.

—Julia, me voy. Pasaré a recogerte a las siete. —¿Cuántas veces lo había repetido?

—De acuerdo.

Era mi día de descanso y aprovecharía para relajarme e ir a la peluquería, claro. Después me pasaría a visitar a mi madre. Fue todo un acierto trasladarla a Madrid, así podía verla cada día. Continuaba sin hablar y sin moverse, los médicos no entendían cómo continuaba con vida. Unos días atrás su situación había vuelto a complicarse; pero por el momento continuaba estable, dentro de la gravedad.

Le comenté a Ignacio la posibilidad de llevarla a nuestra casa y contratar a alguna enfermera que se encargara de ella. Por el tema médico, más que

nada; luego yo la cuidaría. Él dijo que estaba mejor atendida en la residencia, y que esta se encontraba lo suficientemente cerca como para que pudiera visitarla a diario. Quizá tuviera razón.

Durante mi relación con Ignacio, en lo único que me mantuve firme fue en que no quería dejar de trabajar. Nos costó infinidad de peleas y a mí me supuso derramar muchísimas lágrimas, pero lo había conseguido.

Vale que trabajaba en uno de los hoteles de los que él era dueño, y que el puesto que ejercía consistía, más bien, en no hacer nada, pero yo no era ese tipo de personas que pueden estarse quietas y acababa trabajando más que cualquier otro empleado.

Hice de todo, desde llevar el servicio de comidas del restaurante hasta limpiar lavabos. Lo único que les rogaba a mis compañeros era que jamás llegara a oídos del jefe que yo estaba realizando esas tareas. Era absurdo pedirles algo así, Ignacio tenía tan mala leche con sus trabajadores que ninguno osaría decirle nada de mí, ni bueno ni malo.

Me duché y entré en mi vestidor para decidir qué me pondría ese día. Al contrario que muchas otras personas, me agobiaba tener tanta ropa; al final, casi siempre acababa vistiéndome con lo que me sentía más cómoda y me daba mucha pena todo ese desperdicio de dinero.

*

Ignacio llegó a las siete en punto y durante el trayecto en coche ninguno de los dos hablamos demasiado. Él me hizo algún comentario sobre la gente que iría, y yo asentí de manera automática.

La cena fue exactamente igual que todas a las que había asistido hasta el momento. Un montón de gente rica haciendo ver que el resto de las personas allí presentes les importaban algo. Parecía un desfile de sonrisas forzadas.

Permanecí apartada en un rincón, observando a todo el mundo, mientras Ignacio saludaba y hablaba con un empresario con el que tenía que concretar no sé qué negocio.

Nunca entendí el interés de Ignacio en que lo acompañara a ese tipo de eventos; en cuanto cruzaba el umbral, soltaba mi mano y no volvía a hacerme caso hasta la hora de irnos. Las primeras veces me mantuvo a su lado, pero al llegar a casa me echaba en cara que mis modales distaban mucho de ser correctos. Así que optó por no hacerme ni caso y, por mucho que yo insistía en que me dejara quedarme en casa, siempre me presionaba para que fuera con él.

Delante de mí pasó un camarero con una bandeja de cóctel; cogí un vaso y dejé el que acababa de beber, aquello no había quien lo aguantara estando serena. Cuanto más miraba a mi alrededor, más fuera de lugar me sentía.

Suspiré resignada y, justo en ese momento, Ignacio alzó la vista y me hizo un gesto para que me acercara, supuse que quería presentarme a alguien.

Planté una sonrisa falsa en mi cara y me acerqué hasta él arrastrando ligeramente los pies.

*

Era viernes, y llevaba desde el martes con gripe y fiebre. Aunque había ido igualmente a trabajar durante toda la semana, ya no podía levantarme de la cama. Me dolía hasta pestañear, así que le pedí a Ignacio que avisara en mi trabajo de que no iría.

—No seas tonta; eres mi pareja, puedes faltar cuando quieras. No tienes que dar explicaciones a nadie, excepto a mí.

No me convenció, en absoluto, su explicación. Mis compañeros me esperaban, ese día haría los postres del servicio de comidas, porque le di permiso al repostero para acompañar a su mujer al médico. Pero, claro, no podía decirle a Ignacio nada de eso, se suponía que yo no hacía nada.

—Si tú lo dices… —Mi respuesta fue una frase tan sumisa y mi voz sonó tan doblegada que me prometí a mí misma que sería la última vez que utilizaría ese tono para contestarle.

—¿Seguro que estás bien? ¿No necesitas nada? Puedo llamar a Lupe y que te suba algo.

—No, de verdad, estoy bien.

—Vale, pues me voy a trabajar.

Se acercó a darme un beso y la piel se me erizó. Me quedé algo perpleja, porque esa reacción no tenía nada que ver con la excitación o el amor.

Sacudí ligeramente la cabeza intentando alejar de mí esa sensación.

Lo observé mientras salía del cuarto. Cuando lo hizo, respiré profundamente. De un tiempo a esa parte no sentía por Ignacio lo que me unió a él al principio de nuestra relación; sin embargo, iba poniéndole parches, pensando que era normal, que ya había pasado más de un año, que la convivencia acababa por quemar la vida en pareja. Luego, en mi cabeza, me hablaba la Julia que fue capaz de dejar a Rubén, con quien llevaba más de diez años, y me decía que eso no tenía nada de normal: que, si con un solo año estaba así, ¿qué pasaría cuando llevara diez?

Que no era feliz con Ignacio lo tenía claro, hacía tiempo que era consciente de ello, pero no sabía qué hacer ni cómo actuar.

Me pasé el día dando vueltas en la cama, pensando en la mejor manera de arreglar la situación. Era difícil porque no me había pasado nada que fuera el detonante para terminar… Simplemente me equivoqué, me precipité al irme a vivir con él, sin apenas conocernos.

Ignacio resultó no ser la persona que yo creí, y seguramente yo tampoco lo era para él. Si lo fuera, no se pasaría el día diciéndome cómo debía ser o lo mal que se me daban casi todas las cosas que hacía.

Con Ignacio siempre me quedaba la sensación de que no llegaba a lo que él quería. Daba igual lo que hiciera, cómo me comportara o cuánto me

esforzara: nunca parecía contento conmigo. Es duro que tu pareja desapruebe todo lo que haces; lo único que conseguía era que yo me mostrara como no lo había hecho nunca, buscando su aprobación para todo y pidiéndole permiso en cada pequeño paso que daba. Provocaba tanta inseguridad en mí que dudaba absolutamente de todo. Había días que me sorprendía a mí misma preguntándole qué ropa ponerme. ¡Yo, que siempre fui una tía muy segura y que nunca necesité la opinión de nadie para vestirme! Bueno, ni para vestirme ni para nada.

Todo eso hacía que cada vez me sintiera más pequeñita, me tomaba pastillas para el dolor de cabeza día sí y día también. Al principio pensé que se trataba de migrañas, pero después supe que era porque me pasaba el tiempo conteniéndome para no contestar, para no destacar y no molestar.

Comprendía que no podía seguir así y que solo tenía dos opciones: o hablaba con Ignacio e intentábamos arreglar nuestra situación o dejábamos de ser pareja.

Y en eso ocupé la mañana, en buscar los pros y los contras de cada opción, sin saber qué decisión tomar.

Cuando fue la hora de comer, pude levantarme de la cama y llegar hasta la cocina. Lupe había dejado la comida preparada en una olla, así que me serví un plato de caldo y me obligué a tomármelo. Estaba terminando cuando sonó mi móvil, era Ignacio.

—Hola, preciosa, ¿cómo te encuentras?

—Estoy comiendo algo. Parece que ya no tengo fiebre.

—Perfecto. Acuérdate de tomarte la pastilla que te toca a las cuatro.

—Sí, gracias por recordármelo, ya sabes que soy un puro despiste.

—Lo sé. Cuídate.

—Gracias.

Al colgar el teléfono, pensé que hacía un montón de tiempo que no nos decíamos que nos queríamos, pero Ignacio me llamó porque se preocupaba por mí. Igual no todo estaba perdido, ¿no?

4. El mensaje

El día que volví al trabajo resultó muy complicado y llegué a casa tardísimo, justo en el momento en el que Ignacio salía para ir a jugar un partido de pádel. Nos dio tiempo de darnos un beso rápido en la entrada.

Subí directa a nuestra habitación. Necesitaba una ducha con urgencia; además, parecía que todo estaba abocado a torcerse: una camarera se cayó por las escaleras, un proveedor llegó tarde, un par de chicas con gripe…, una locura. Y entre unas cosas y otras apenas tuve tiempo de sentarme ni siquiera para comer.

Mientras me quitaba la ropa, pensé en la cara con la que Ignacio me recibió. Sabía que no me había dicho nada porque salía con prisa; pero, en cuanto volviera, iba a oírlo, él no se mostraba nada conforme con que llegara tan tarde. Si ya no estaba de acuerdo con que trabajara, que lo hiciera tantas horas acababa con la poca paciencia que tenía.

Abrí el grifo y puse el tapón en la bañera, iba a permitirme ese lujo, me sentía realmente agotada y necesitaba relajarme. Incluso fui al armario y cogí un bote que guardaba para ocasiones especiales, lo abrí y puse un puñado de sales de baño en el agua.

Salí a la habitación para coger mi pijama. Mientras me dirigía al armario, vi que Ignacio se había dejado el móvil en la mesita de noche. Reparé en él porque la pantalla se encendió. Cuando regresara, estaría doblemente cabreado, porque nunca se separaba de ese dichoso aparato.

Di media vuelta, entré en el lavabo y cerré el grifo. Mi intención era meterme en la bañera, pero mis pies me llevaron de vuelta a donde se hallaba el móvil. Me acerqué pensando que seguramente sería una llamada de trabajo; cuando lo cogí, vi que se trataba de un *wasap*.

Me giré varias veces con la intención de irme, y eso era lo que tenía que haber hecho, dejar el teléfono allí y volver a la ducha. Pero algo en el mensaje hizo que clavara los pies en el suelo, una palabra que parecía estar escrita en fluorescente: «cariño». ¿Quién llamaba «cariño» a Ignacio? Si bien sabía que no debía hacerlo, la curiosidad y algo que no supe identificar pudieron conmigo y desbloqueé el móvil. Menos mal que no estaba programado para ser activado con la huella digital, aunque quizá hubiera sido lo mejor.

Tuve que sentarme en la cama para acabar de leer el mensaje. Volví a dejar el teléfono donde estaba, como si quemara.

Mi relación con Ignacio era una mierda, hablando mal y pronto, pero jamás pensé que me engañaba con otra. Tenía sentimientos muy contradictorios: por una parte, era como si ese mensaje fuera lo que esperaba para terminar mi relación con él, y por otro lado me sentía humillada y traicionada.

Me vino a la cabeza esa frase de Oscar Wilde que dice: «ten cuidado con lo que deseas, se puede convertir en realidad».

En un acto masoquista, volví a coger el móvil y a leer el mensaje, perdí la cuenta de las veces que lo hice. Era un *wasap* muy explícito; tanto, que no dejaba ningún margen para pensar que se tratara de una equivocación o que no hubieran llegado hasta el final. Incluso me sonrojé en algunas partes. Y

eso que yo no soy, precisamente, una mojigata.

Me dirigí a la bañera de forma mecánica y al meterme en ella me sorprendió que el agua estuviera fría; por lo visto había pasado bastante más tiempo del que pensaba contemplando el dichoso mensaje.

5. Tenemos que explicarte algo…

Pasaron algunos días desde que Ignacio y yo mantuviéramos la discusión más difícil desde que vivíamos juntos. Más que discusión fue una especie de monólogo en el que yo me desahogué y él me dijo que sí a todo. Lloré, grité y me enfadé muchísimo.

Le eché en cara que me estuviera engañando, él me pidió perdón asegurando que no volvería a pasar; sin embargo, la bronca entró en bucle y acabé agotada.

Contra todo pronóstico —porque siempre pensé que si descubría una

infidelidad dejaría esa relación de inmediato—, me vi diciéndole que necesitaba tiempo para digerirlo y pensar qué hacer. No podía asegurarle que quisiera seguir con él después de lo que me había hecho. La razón por la que le pedí esto no era que quisiera darle otra oportunidad (hacía tiempo que tenía claro que lo nuestro no iba a ninguna parte), pero, desde el primer momento que me planteé dejarlo, un miedo se apoderó de mí: no tenía adónde ir.

En Zaragoza siempre viví de alquiler y lo dejé todo para irme con él, incluso había acabado distanciándome de todas mis amistades y, aunque al principio llamaban para ver cómo estaba, dejaron de hacerlo con el paso del tiempo. En el fondo lo entendí, ya no era ni la sombra de la Julia que fui y que ellos conocían, aunque echaba de menos un hombro en el que llorar o alguien con quien hablar. Pasar por toda esa situación estando sola me resultaba muy duro.

Pero la peor decisión que tomé fue vender el piso de mi madre e ingresar el dinero en la cuenta de Ignacio. Quería ayudar en algo a costear la clínica en la que ella estaba ingresada. Él nunca me dijo lo que costaba, pero oí a alguna de las enfermeras hablar de números y se me erizó la piel. Si bien

Ignacio no me había reprochado nada, yo no me sentía cómoda haciendo que él corriera con todos los gastos. Nunca me planteé lo que eso me perjudicaría.

Ahora me arrepentía enormemente de esa decisión, podría haberme guardado algo de dinero y en esos momentos todo resultaría más sencillo.

Aunque no iba a dejar que mi inestabilidad económica me obligara a vivir con alguien a quien ya no quería. Tenía dos manos y podía trabajar, compartir piso, lo que hiciera falta… No le daría más vueltas a eso ahora, lo único que necesitaba era algo de tiempo. Ese pensamiento me dio fuerza.

Aunque la relación con Ignacio se había ido deteriorando en todos los sentidos, seguimos acostándonos con regularidad, si bien no tenía nada que ver con cómo había sido al principio de estar juntos. No obstante, desde el día de la discusión empezamos a dormir en habitaciones separadas, lo último que me apetecía era tener algún tipo de contacto físico con él, y menos sabiendo que cabía la posibilidad de que se estuviera acostando con otra. Si lo hizo una vez, podría volver a hacerlo; no me acabé de creer su arrepentimiento y fui consciente de que su engaño me había dado la excusa perfecta para separarme de él.

Bajé las escaleras y me encontré con Ignacio a punto de salir de casa. Hacía días que prácticamente no nos hablábamos, por eso me sorprendió cuando se dirigió a mí.

—Julia, esto no puede continuar así. Necesito que vuelvas a dormir conmigo, tengo necesidades, ¿sabes? —Después de esa frase, poco me faltó para desencajar la mandíbula—. Ya te he dicho que lo siento, no sé qué más quieres.

«Que no te acuestes con otra estando conmigo», me hubiera encantado contestarle; pero con Ignacio nunca me comportaba como yo era en

realidad, y preferí obviar su comentario. Un comentario que me hizo sentir tanta rabia que consiguió darme el impulso que necesitaba.

—Ignacio, deberíamos hablar. Yo tampoco puedo seguir así.

Por un momento me miró de una manera extraña, consiguiendo que me encogiera ligeramente. Luego una expresión que no supe identificar cruzó por sus ojos.

—Claro que no puedes seguir así, haz el favor de volver a nuestra habitación. —Sus palabras sonaron frías y lo que acababa de decir no era una petición, era una orden. No me gustaba nada que me hablara en ese tono.

—No me refería a eso, lo que quiero decir es que no podemos seguir juntos. Yo…

—Deja de decir tonterías. Me voy a trabajar.

Cerró la puerta dando un portazo y yo me quedé clavada en el sitio con cara de tonta.

En cuanto me recuperé de todo lo que acababa de soltarme Ignacio, me puse en marcha. Debía ir al hotel y además llegar puntual, le había dado el día libre a una empleada que tenía a su hijo enfermo y me tocaba a mí hacer su trabajo.

*

Llevaba toda la mañana sin parar, aún no me había sentado desde el inicio de la jornada. Terminé con todo lo que me quedaba pendiente y me fui a mi despacho.

Rodeé la mesa y me dejé caer en el sillón soltando un suspiro, estaba

cansadísima. Miré mi móvil, que se encontraba encima de la mesa, y me fijé en que la luz parpadeaba. Tenía cuatro llamadas perdidas de Ignacio y otras pocas de un número que no conocía. Me asusté, porque Ignacio muy escasas veces me llamaba mientras trabajaba. Ignoré el número que no

conocía y lo llamé primero a él. Contestó cuando ya estaba a punto de colgar:

—Te he llamado un montón de veces. Haz el favor de venir a mi despacho. Ya.

Me dejó con la palabra en la boca, porque colgó antes de que pudiera contestar. Me había acostumbrado a los cambios de humor de Ignacio, pero esa vez una congoja sin explicación se apoderó de mí.

Llegué a su despacho en tiempo récord y al entrar, junto a él, se encontraba un señor al que no conocía. Algo bastante normal, porque yo había ido en contadas ocasiones a su trabajo.

—Julia, siéntate. Este es Leopoldo, mi abogado para asuntos personales.

Tenemos que explicarte algo y he creído oportuno que sea él quien lo haga.

—La voz de Ignacio sonaba extraña, me costó identificarla; finalmente caí en la cuenta de que era la misma que utilizaba cuando se dirigía a alguien que estaba a su servicio. Me encogí.

Cuando Ignacio dio media vuelta y salió del despacho, supe que estaba jodida. De lo que no tenía ni idea era de cuánto.

6. El verdadero Ignacio

Llevaba más de dos horas dando vueltas por la calle. No lograba creer nada de lo que el abogado me dijo durante los veinte minutos escasos que duró la conversación.

Por lo visto Ignacio se había adelantado y, sabiendo que mi intención era romper nuestra relación, prefirió dar el primer paso y dejarlo todo bien atado.

Las cosas estaban peor de lo que creí; yo necesitaba algo de tiempo para buscar trabajo en otro sitio y reunir un poco de dinero con el que poder alquilar, aunque fuera, una habitación, pero Ignacio no iba a

darme ni siquiera eso. Es decir, según palabras textuales del abogado, disponía de dos días para coger lo que pudiera meter en un par de maletas y largarme de la que hasta ese momento había sido mi casa.

Continué dando vueltas hasta que empezó a oscurecer. Mis pies se negaban a ir a un sitio en concreto, así que tomé las riendas de mi cuerpo y me senté en un bar a tomar un café (no pensé que pudiera ponerme más nerviosa de lo que ya me sentía). Cuando terminé, me levanté de la silla y continué caminando hasta llegar a nuestra casa. Al abrir la puerta, aún me hallaba en estado de *shock*.

Ignacio ya se encontraba allí, sentado cómodamente en el sofá. Obligué a mis piernas a acercarme a él y, aunque todo mi cuerpo protestó, me senté a su lado.

—¿Cómo vas a hacerme esto? Sabes que no tengo adónde ir, dame algo de tiempo para que pueda buscarme un trabajo y un piso.

—Yo no te he hecho nada, y aún te debo menos. Podías haberlo pensado antes. Y da gracias a que, tal y como te ha comentado Leopoldo, seguiré

pagando la estancia de tu madre en la clínica. Así que haz cualquier cosa que no me guste y tu madre dejará de ser atendida como hasta ahora.

—¿Por qué me haces esto? —Mis preguntas eran repetitivas y patéticas, y mi tono de voz sonó mucho más suplicante de lo que me hubiera gustado.

—Planeaste dejarme, lo he visto en tu cara esta mañana, y a mí no me abandona nadie. —Por la inflexión de su voz, parecía calmado; pero había tanta frialdad en ella que me sobrecogió.

—¡¡Te has acostado con otra mujer!! —exclamé. Me parecía increíble que encima me estuviera culpando a mí de lo que él había provocado.

—Te pedí perdón, ¿qué más quieres? Últimamente, con lo de tu madre, siempre estabas cansada, y ya sabes que yo soy sexualmente muy activo —

explicó con su habitual cinismo, y a mí me entraron ganas de abofetearlo.

—Eres la persona más egoísta que he conocido. Sabía que eras gilipollas, pero nunca imaginé que tanto —respondí con toda la furia

que llevaba dentro.

No lo vi venir. Cuando su mano se estampó en mi cara supe que en realidad no conocía a la persona que estaba sentada frente a mí. Incluso llevando casi un año viviendo juntos.

—Otro comentario como ese y tu madre está fuera. Te voy a explicar tu situación, porque parece que no has acabado de entenderla. —Nada más decir esto me agarró por el pelo para que lo mirara a la cara y, por primera vez en mi vida, sentí miedo de lo que otra persona pudiera hacerme—. A tu madre ya no la aceptan en ningún hospital, la residencia que estoy pagando vale una pasta, dinero del que tú no dispones, y menos ahora que no tienes nada. —Lo miré con odio—. No me mires así, la verdad es que ni siquiera yo entiendo por qué voy a hacerlo, pero supongo que toda persona rica realiza alguna obra de caridad de vez en cuando. —Me removí y lo único que conseguí fue que me tirara con más fuerza del pelo. Acercó su cara tanto a mí que temblé—. Así que, si quieres que la cosas con tu madre sigan

como hasta ahora, vas a salir de mi casa con lo puesto y sin armar jaleo, o desearás no haberme conocido nunca. Y otra cosa: no me conoces porque así lo he querido yo, no tienes ni idea de hasta dónde soy capaz de llegar.

Así que no juegues conmigo, Julia.

Pasaron tantas cosas por mi cabeza en tan poco tiempo… Por ejemplo, que no conocía a ese hombre en absoluto, pero sobre todo pensé en mi madre y en que dependía completamente de él para que estuviera bien atendida.

Cuando me soltó, me fui corriendo a la que hasta ese momento había sido nuestra habitación y cogí una mochila mediana que llevaba de vez en cuando al gimnasio. En ella metí lo primero que encontré. No disponía de nada de dinero en efectivo y debía pensar con frialdad, aunque era incapaz de hacerlo; solo deseaba salir de allí y estaba tardando más de lo necesario en meter las cosas en la mochila, el temblor de mis manos no facilitaba la tarea.

—¿Sabes lo que voy a echar de menos? —Lo noté detrás de mí y me sobresalté—. Tu manera de follar. Supongo que por eso seguía contigo, siempre fuiste una zorra en la cama.

Jamás había utilizado ese tono conmigo. Era verdad que últimamente nos veíamos poco y que no me trataba como al principio de estar juntos, pero nunca pensé que pudiera ser así.

Pasó una mano por mi espalda y temblé de miedo. Es curioso cómo pueden cambiar las cosas con el tiempo. Una caricia que al principio de nuestra relación hubiera erizado mi piel como preámbulo al sexo, ahora lo hacía por pánico.

Mientras metía su mano por mi sujetador, un sudor frío me empezó a recorrer la frente. No había nadie en la casa y, aunque lo hubiera, éramos pareja y las personas que trabajaban para él le tenían tanto miedo (yo todo

ese tiempo lo había confundido con respeto) que dudaba mucho que se interpusieran en aquello.

Cuando empezó a desabrocharme el pantalón sonó su móvil, se apartó de mí y lo cogió soltando una maldición.

Yo aproveché ese instante de distracción. Respiré aliviada y salí de allí como alma que lleva el diablo.

7. Lo mejor para ella

Una vez fuera del peligro que suponía la casa de Ignacio, me di cuenta de que no tenía a dónde ir, así que esa noche me tocó dormir en un banco del centro. Me dije a mí misma que solo sería una noche, las siguientes podría hacerlo en un hostal. Encontraría algo en lo que trabajar, no descansaría hasta poder cambiar a mi madre de residencia y lograr hacerme cargo de ella.

Lo último que quería era depender de Ignacio; ya lo había hecho durante todo el tiempo que estuvimos juntos para ahora verme así, sin trabajo y sin un sitio donde vivir.

A la mañana siguiente pude vender las pocas joyas que llevaba al salir de casa… Recibí por ellas una miseria, supongo que el tío que las tasaba vio la desesperación escrita en mi cara. Entonces me planteé volver a Zaragoza, durante unos minutos lo pensé. Allí conservaba alguna amistad que quizá me echaría una mano; ya no me quedaban demasiadas, pero podría intentarlo. Luego puse los pies en la tierra. Jamás dejaría a mi madre sola en Madrid.

Durante los siguientes días hice malabares con el dinero que me habían dado por las joyas. Me dio para dormir unas cuantas noches en el hostal más económico que encontré y para unas pocas comidas baratas e insuficientes.

Me iba desesperando a medida que veía cómo el poco dinero del que

disponía se escurría entre mis manos. Hasta que solo me quedaron unos cuantos euros que me darían para comer alguna porquería, pero con los que no podría volver a pagar una cama donde dormir.

La segunda noche que dormí en la calle fue más dura que la primera, puesto que sabía que no era algo temporal y que no sería la última vez que

lo haría.

Cuando me desperté —aunque sería más apropiado decir «cuando me levanté», porque fui incapaz de dormir en toda la noche—, me aseé como pude en una fuente y fui a ver a mi madre. Tenía que ir caminando y la residencia estaba bastante lejos de donde me encontraba. Prefería dormir en zonas en las que había cierto movimiento de gente; aunque me costara más descansar por el ruido, me sentía más segura.

Como me pasaba casi siempre que llegaba a la residencia, tenía que soportar las miradas de desdén y el que me tuvieran apartada un buen rato.

Esto solo lo hacía la jefa de personal, que parecía la dueña del lugar.

Cuando iba bien vestida y llevaba ropa y joyas de marca, me trataba como a una reina, pero ahora prácticamente ni me miraba. Es curioso lo invisible que te vuelves cuando vives en la calle.

Pasado un buen rato, una de las enfermeras —que tan encantadoras se mostraban conmigo— me acompañó hasta la habitación de mi madre.

Respiré hondo antes de entrar y abrí la puerta.

Por más veces que la visitara, siempre me impactaba verla en aquel estado. Mi madre fue una mujer muy enérgica. Era una auténtica pena que estuviera en esa situación. Podría afirmar, sin miedo a equivocarme, que si ella fuera capaz de hablar me diría que la dejara ir, pero desgraciadamente eso no estaba en mi mano.

Me senté a su lado y le expliqué cómo me había ido el día, evitando comentarle que vivía en la calle. Parecía una tontería, ya que mi madre no me oía desde hacía ya unos meses, pero a mí me daba la sensación de que escuchaba cada una de las palabras que le decía.

Algunas veces me aseaba en la ducha de la habitación o aprovechaba para lavar mi ropa. Lo hacía lo más deprisa que podía, pues quería

pasar junto a mi madre todo el tiempo posible y el horario de visitas era bastante estricto.

Aquel día, como de costumbre, estuve con ella todo lo que me permitieron, leyéndole en voz alta algunas noticias de los periódicos, acariciándola… Cuando un nudo empezaba a formarse en mi garganta, entró la enfermera. Cada día se repetía el mismo ritual:

—Julia, bonita, deberías ir despidiéndote. ¿Quieres comer algo?

—No, gracias, Patricia. Estoy bien.

—Vale, pero te dejo una pastita por si más tarde te apetece.

—Eres un sol.

Patricia se despidió con una sonrisa en la cara. Yo guardé mi pasta en la mochila por si al día siguiente no tenía tanta suerte y no era Patricia la encargada de la habitación. En ese caso, podría ocurrir que no comiera nada.

Cogí a mi madre de la mano, la apreté con suavidad y le di un beso en la frente.

—Hasta mañana, mamá.

Salí de la habitación, como cada día, arrastrando los pies y con un vacío y una tristeza que me impedían incluso llorar.

Era una pena pensar que, de una manera muy egoísta, no quería que mi madre muriera, y eso que ya me dijeron que debía hacerme a la idea. Pero tenerla, aunque fuera en esas condiciones, me parecía menos doloroso que perderla para siempre. Prefería mil veces vivir en la calle y poder ir a visitarla cada día, saber que la encontraría allí, a dejar de verla.

Sin embargo, tenía claro que lo mejor para ella era que muriera, eso no era vida para nadie. Aunque, cuando eso pasara, a mí me dejaría absolutamente sola.

8. La chica del pelo rosa

Unas semanas después

Me incorporé sobresaltada, pero me relajé al darme cuenta de que lo que me había despertado era la bocina de un coche. Desde que dormía en la calle, no recordaba ni una sola vez en la que me hubiera

despertado de un modo tranquilo. La sensación de indefensión, fragilidad y soledad era abrumadora.

Cogí la mochila que hacía las veces de almohada y me preparé para ir a ver a mi madre. Me gustaba llegar a primera hora, justo cuando empezaba el turno de visitas, y apurar el tiempo hasta que me invitaban a marcharme.

Mis tripas sonaron y me miré las manos. Ya no me quedaba ninguna pulsera ni anillo por vender, excepto el de mi madre, y no pensaba deshacerme de él.

Nunca en mi vida me había encontrado tan desamparada. No poseía una casa a la que ir, tenía hambre; siempre tenía hambre y no disponía de dinero para comer, estaba asustada y me sentía sucia. Durante el tiempo que llevaba viviendo en la calle había soltado alguna lágrima; pero por primera vez lloré, lloré con un desconsuelo que me asustó hasta a mí.

—¡Eh, mirad a la mendiga esa como llora!

Me sequé las mejillas con las manos y vi a tres chicos de no más de veinte años dirigirse hacia mí. Un estremecimiento me recorrió todo el cuerpo.

—No entiendo por qué lloras, si estás de puta madre aquí… —Los otros dos le rieron la gracia.

Le dieron una patada a un recipiente vacío que se hallaba junto a mí, pero que no era mío. El sonido hizo que levantara la cabeza, que había

mantenido agachada hasta ese momento.

—Vaya, pues no es tan fea la vagabunda.

¡JODER! Puñetera mala suerte la mía. Uno de ellos se agachó y me agarró de la barbilla con tanta fuerza que me hizo daño. No abrí la boca.

Apartó mi cara con asco y cuando volvió a mirarme vi tanto odio en sus ojos que no entendí a qué se debía, pero sí supe que las cosas iban a ponerse feas. Muy feas.

La gente que pasaba cerca ni siquiera nos prestaba atención. Las personas nunca miraban a los que vivíamos en la calle.

Cuando los tres chicos me rodearon y pensé que de aquella me mandaban directa al hospital, oí a alguien gritar mientras se acercaba.

—Eh, vosotros, niñatos, ¿qué hacéis? —Parecía que venía corriendo, porque su voz se entrecortada. Miré hacia la persona de la que provenía esa voz; si no estuviera muerta de miedo, hasta me hubiera echado a reír. La chica no era mucho mayor que los tres jóvenes, pero sí bastante más bajita y delgada. Tenía el pelo fucsia y cara de enfado. Se plantó frente a ellos con los brazos en jarras—. Apartaos ahora mismo de ella.

Los chicos se pusieron a reír y el más bajito me dio una patada en la barriga que hizo que se me cortara la respiración. Rodeé instintivamente mi cabeza con mis manos y me hice un ovillo. Aunque lo que me dolía era el estómago por la patada que acababan de propinarme, creí que esa posición era la mejor si decidían volver a pegarme.

Pero el siguiente golpe no llegó, así que abrí los ojos lentamente para ver lo que pasaba. Casi se me desencaja la mandíbula al ver a la chica del pelo fucsia repartiendo hostias tan rápido y fuerte que tuve la sensación de que estaba viendo una película.

Cuando los tres salieron corriendo, se acercó a mí. No pude evitar encogerme; era una tontería, esa chica acababa de salvarme de lo que

seguro hubiera sido una paliza, pero su cara era una mezcla de asco y rabia que hizo que me espantase.

—Vámonos de aquí, no les vaya a dar por volver.

Me tendió una mano y la miré a los ojos. Su expresión cambió por completo: una sonrisa iluminaba su cara y hacía que pareciera una persona completamente diferente.

Agarré su mano y salimos de allí lo más rápido que pudimos. Parecía que últimamente me pasaba la vida huyendo.

Llevábamos un rato caminando cuando me di cuenta de que ni siquiera le había dado las gracias.

—Muchas gracias por lo que has hecho por mí. No hay mucha gente que ayude a una persona indigente.

—No tienes por qué darlas. En realidad, no hay muchas personas que ayuden a otras, no importa que seas indigente o no.

—Supongo que tienes razón —asentí, encogiéndome de hombros.

—No nos conocemos, e igual me meto donde no me llaman. Si quieres, puedes pasar unos días en mi piso, no sé si te ayudará. Podrás asearte y comer algo. Será temporal, no gano tanto como para mantenernos a las dos.

La chica con la que compartía piso acaba de irse, puedes quedarte hasta que encuentre a otra que ocupe su lugar.

—No soy la persona más apropiada para decirte esto, pero no puedes ir metiendo a desconocidos en tu casa. O eres muy buena o muy tonta. —

Después de que las palabras salieran de mis labios, me arrepentí; ella me daba la oportunidad que tanto deseaba y necesitaba, y yo la llamaba tonta.

Lo sé, a veces, debía conectar mi cerebro con mi boca.

—Seguramente soy una mezcla de las dos cosas. —Tras decir esto, me guiñó un ojo y supe que era mucho más buena que tonta.

Estar unos días en casa de la chica del pelo rosa no solucionaría mis problemas, pero volver a dormir en una cama y, sobre todo, comer, era algo a lo que no podía decir que no.

—De acuerdo, pasaré unos días en tu casa. Te aseguro que soy una buena persona y que no voy a robarte ni nada por el estilo.

—Lo sé, y más después de lo que me has visto hacer a esos tres.

Imagínate lo que sería capaz de hacerle a alguien que intenta robarme.

Siguió caminando mientras soltaba una carcajada. Fui consciente de que, después de mucho tiempo, esa chica había conseguido que volviera a sonreír.

9. Vicenta, la vecina

La chica del pelo fucsia se llamaba Sara. Vivía bastante cerca del centro, en un pisito pequeño de dos habitaciones que a mí me pareció un palacio.

Lo primero que hizo cuando llegamos a su casa fue cocinar una tortilla de patatas, tuve que contenerme para no abalanzarme sobre ella y

devorarla entera. Hacía mucho tiempo que no comía tan bien. Bueno, en realidad hacía mucho tiempo que no comía tanto.

Al terminar me recliné en la silla y cerré los ojos, qué maravilla sentir el estómago lleno. Sara interrumpió mis pensamientos:

—¿Puedo hacerte una pregunta, Julia? —Me miró con una mezcla de curiosidad y simpatía.

—Puedes hacerme todas las que quieras —le respondí.

—¿Estarías dispuesta a trabajar? Quiero decir, conozco a alguien que podría darte trabajo. Es un curro duro y sacrificado, pero no pagan mal. No sé si proponiéndote esto me estoy metiendo donde no me importa. Sé que solo te ofrecí quedarte unos días y quizá eso es lo único que tú quieres, pero me ha venido a la cabeza que hay un puesto vacante donde yo trabajo y he pensado que igual te interesa. Si no es así, no hay problema, sigue en pie lo de pasar unos días aquí.

Me dieron ganas de llorar. Viviendo en la calle era imposible encontrar trabajo. No podía entregar ningún currículum porque no tenía teléfono ni un sitio donde pudieran localizarme. Me daba exactamente igual que el trabajo fuera duro, estaba dispuesta a trabajar en cualquier sitio. No fui capaz de contenerme y las lágrimas empezaron a derramarse sin control por mi cara.

—Eso sería realmente fantástico, Sara. —Mi voz sonó entrecortada por el llanto.

—Pues perfecto. Esta tarde te vienes al restaurante y te presento a Marcos, mi jefe. No creo que ponga pegas en hacerte una prueba hoy mismo, está desesperado.

—¿Un restaurante? —El llanto se me cortó de golpe.

—Sí, ya sé que los horarios son duros, pero es lo único que puedo ofrecerte. —Se encogió de hombros y a mí me pareció increíble que fuera a trabajar de lo mío, aunque quizá me contrataran para limpiar los lavabos, cosa que haría encantada con tal de tener un empleo.

—¿Por qué estás haciendo todo esto por mí? —pregunté, emocionada.

Era bonito saber que aún quedaba gente buena en el mundo.

—En el restaurante necesitan a alguien y tú necesitas trabajo, no es para tanto. —Sí que era para tanto, no viviría lo suficiente para poder

agradecérselo—. Ahora, una cosa sí que te advierto: Marcos no es mala persona, pero tiene un carácter que da verdadero asco. Te lo digo para que vayas preparada.

—No te preocupes, trabajaré mucho e intentaré pasar lo más desapercibida posible. Estoy acostumbrada a los tíos con un carácter de mierda. —Pensé en Ignacio y el estómago se me revolvió. Lo saqué rápido de mi cabeza, la tortilla estuvo demasiado buena como para que ese imbécil me estropeara el momento.

—Vale, pero luego no digas que no te avisé. Si quieres, puedes darte una ducha antes de irnos. Tienes toallas limpias en el armario que hay detrás de la puerta. En el cajón encontrarás peines para el pelo y, si no recuerdo mal, también hay un cepillo de dientes sin usar.

—Gracias. —Nunca una palabra se quedó tan corta para expresar lo que sentía.

Hacía mucho tiempo que no me duchaba tranquilamente y habría estado bajo el agua durante horas, pero no quería abusar de la hospitalidad de Sara.

Al igual que hacía cuando me aseaba en la residencia, me lavé con prisas y salí pronto. Tenía el pelo tan enredado que empleé un buen rato en dejarlo mínimamente decente, y tuve que buscar unas tijeras porque fui incapaz de desenredar algunos nudos. Cuando terminé me miré en el espejo con detenimiento, llevaba tanto tiempo sin hacerlo... Aunque en la clínica de mi madre había uno, intentaba evitarlo.

Mi aspecto, incluso recién duchada, era deplorable. Había adelgazado muchísimo y se me marcaban demasiado los pómulos, por lo que mi rostro parecía una calavera. Mis ojos y mi boca se veían demasiado grandes para mi cara. Aparté la vista y me puse los pantalones que llevaba en la mochila.

Estaban limpios, pero muy arrugados. Tuve que apretarme el cinturón hasta el último agujero porque hacía ya una semana que se me caían.

Oí a Sara hablar con alguien y me dio apuro salir, pero no podía estar encerrada en el lavabo todo el día.

Al entrar en el salón, junto a ella vi a una señora mayor cuyo porte era espectacular. Las dos se giraron y se callaron al verme.

—Mira, Julia. Ella es Vicenta, mi vecina. No la tengas mucho en cuenta, es algo pesada, muy mandona y empieza a estar un poco senil.

Me sorprendió que Sara hablara así estando ella presente, no pensaba que fuera de esa clase de personas. La imaginé mucho más respetuosa.

—Habló la niña tocapelotas. ¿Tú te crees que esa es manera de presentar a una anciana? —Se acercó hasta mí—. Hola, Julia. Encantada. No hagas ni caso de lo que dice esta loca. —Se calló unos segundos mientras me observaba—. Y otra cosa, bonita, ¿qué te parece eso de comer un poquito más?, no sé si darte dos besos o un bocadillo.

—De verdad, Vicenta, que con los años vas a peor. —Sara puso los ojos en blanco mientras hablaba.

—Lo mío es imposible que vaya a peor —zanjó Vicenta.

Las dos se miraron y sonrieron; pude advertir que hablaban un poco en broma y eso me tranquilizó, aunque no acabé de entender bien la relación que mantenían.

—Bueno, pues ya puedes largarte a tu casa, que nosotras nos tenemos que ir a trabajar. —Sara dio una palmada en el aire mientras acompañaba a Vicenta hasta la puerta.

—¿Julia trabaja contigo? —preguntó la mujer, algo sorprendida.

—Todavía no, voy a proponérselo hoy a Marcos —comentó Sara.

—Julia, bonita, tú no te asustes. Marcos es un gilipollas integral, pero ya sabes que perro ladrador, poco mordedor. —Vicenta me habló con seriedad y yo no pude hacer otra cosa que asentir, aunque empezaba a ponerme nerviosa. ¿Y si ese tal Marcos no me daba el trabajo? Preferí no pensar en eso, iría paso a paso.

—Pues, hala, señora, a su puñetera casa, que seguro que tiene un montón de cosas que hacer. —Ante estas palabras de Sara, la miré con desconcierto.

—Viene mi nieta Natalia a cenar, por si luego os queréis pasar... —La mujer puso su mejor sonrisa.

—Esta noche nos toca trabajar, pero dale recuerdos de mi parte.

—Sabes que no pienso hacerlo. Adiós, Julia. Y, lo dicho, come un poco.

Sara empujó ligeramente a Vicenta para que acabara de traspasar el

umbral y cerró la puerta en cuanto esta salió. Pude oír un insulto que, en la boca de una anciana, me sonó mucho más fuerte de lo que era en realidad.

Sara soltó una carcajada.

—Es una mujer maravillosa, ya la irás conociendo.

Me encantaría pasar tanto tiempo allí como para poder conocerla, pero no quise hacerme ilusiones. Paso a paso.

10. Otra vez no, Sara

¡Vaya día de mierda! Una de mis camareras acababa de dejar su puesto y otra estaba enferma. La hora de la comida en el salón no acabó de salir bien. Dos personas menos era demasiado y, aunque estaba deseando que llegara Sara, era consciente de que iríamos fatal, por mucho que ella fuera capaz de sacar el trabajo mucho mejor que el resto de personal.

Siempre había más faena en las cenas que en las comidas, y si a mediodía ya no servimos bien, no quería pensar en cómo marcharía esa noche.

Mientras terminaba de preparar la cocina para el servicio de la cena, oí la puerta. Dejé lo que estaba haciendo y salí al salón. Sabía que era Sara, ya que ningún otro trabajador era tan puntual y nadie más tenía llave del restaurante.

Me la encontré en medio del salón acompañada por otra persona. Al fijarme bien en ella no pude evitar que la ira se apoderara de mí.

—¡¡Joder, Sara!! No puedo creer que vuelvas a traer a una drogadicta a mi restaurante. Dale lo que sea de la cocina y sácala de aquí, ya. Hay que prepararse para abrir.

—Marcos, no seas tan gilipollas, por favor, o intenta serlo menos de lo habitual. Ella es Julia, y la he traído para que ocupe el puesto de Verónica.

Me fijé mejor en la chica que venía con Sara. Estaba tan delgada y deteriorada que aún no las tenía todas conmigo de que no fuera toxicómana.

—No puedes traerme al local a la primera persona que encuentras por la calle —traté de explicarle mientras me pasaba la mano por el pelo intentando calmarme—. Hemos hablado de esto un montón de veces; no

puedes cambiar el mundo tú sola, y mucho menos meter en tu casa a gente

que no conoces, algún día te llevarás un buen susto.

—Hasta ahora me ha ido bien —respondió con una mirada desafiante.

—Eso no quiere decir que vaya a ser siempre así. —Intenté bajar el tono de mi voz, incluso con lo enfadado que me encontraba.

—Vale, lo que tú digas, pero Julia tiene experiencia. Ha trabajado de camarera en un bar.

—Sara, esto no es un bar. Es un restaurante, y sabes que no es lo mismo.

—Puse dos dedos en el puente de mi nariz tratando de serenarme.

—Mira, Marcos: Verónica se ha ido, Ana está enferma, y no veo por aquí a nadie que vaya a sustituirlas, así que solo tienes a Julia.

Sara puso su mejor cara de niña buena y supe que estaba perdido; tal vez la noche no fuera a ir mal, igual se convertía en una pesadilla.

Mi restaurante no era de estrella Michelín, pero me había costado mucho trabajo y esfuerzo hacerme un nombre en la hostelería para que lo fastidiáramos todo en una sola noche. Aunque, tal y como decía Sara, no contaba con más opciones. Respiré hondo asimilando mi única alternativa.

—De acuerdo, id al vestuario y dale a… a…

—A Julia.

—Eso, dale a la nueva un uniforme que le vaya bien, aunque no creo que tengamos tallas tan pequeñas. Cuando estéis cambiadas volvéis aquí y le explicas cómo va todo. Y espero, por el bien de las dos, que el servicio de la cena salga lo mejor posible.

Me di media vuelta mucho más cabreado de lo que había dejado ver.

Joder, aquello iba a ser un puñetero desastre.

11. Tenían razón, Marcos era muy desagradable

Seguí a Sara hasta el vestuario, que no era otra cosa que un pequeño cuarto con un par de bancos y unas cuantas taquillas. Cuando Sara abrió la suya, me sorprendió y me hizo gracia ver una foto de ella y de Marcos haciendo unas muecas muy simpáticas. La primera impresión que me dio Marcos no fue la del tipo de persona que posa delante de una cámara en esa actitud.

Al sentarme, le pregunté a Sara una cosa que hacía rato rondaba por mi cabeza:

—¿Por qué le has dicho que tengo experiencia, si ni siquiera hemos hablado de ello?

—Porque, si llego a comentarle que no la posees, no hubiéramos tenido nada que hacer. Marcos en el trabajo es un hueso duro de roer, y que conste que lo entiendo. —Sara parecía explicarlo más para ella misma que para mí, daba la sensación de que pensaba en otra cosa. Unos segundos después pareció volver a ella misma y me sonrió mientras reanudaba la conversación—: Vale, ahora me vas a escuchar atentamente. Esto es lo que debes ponerte. —Me dio un uniforme de color negro que supe con seguridad que me quedaría grande, pero no pude evitar llevármelo a la nariz, olía tan bien… ¿Cuánto tiempo hacía que no me ponía ropa limpia y planchada?—. Julia, eso ha sido raro, y lo sabes. No lo hagas con otra persona delante o pensarán que estás como una cabra. —Sonreí, tenía razón.

Mientras nos cambiábamos, Sara me estuvo explicando cómo iba el servicio de mesas. Me fue muy bien para orientarme y conocer un poco el funcionamiento del restaurante, pero la mayoría de las cosas que me decía las sabía de sobra.

Estaba tan contenta que casi rozaba la euforia. Parecía que por lo menos ese día tenía trabajo, y pensaba esforzarme al máximo para mantenerlo.

Nos sobresaltamos al oír que alguien llamaba a la puerta. Una voz fuerte sonó a través de ella.

—¿Se puede?

Ya nos habíamos cambiado y puesto el uniforme, que, como imaginé, me quedaba grande. Cogí mi cinturón y me lo puse para evitar que se me cayera, aunque me bailaba por todos los sitios.

Marcos asomó la cabeza a través de la puerta antes de que contestáramos.

Al verlo, pensé que ese hombre siempre parecía enfadado, mantenía el ceño perpetuamente fruncido.

—Estáis visibles. Perfecto. —Entró y el cuarto me pareció mucho más pequeño ante su presencia.

—Como si no me hubieras visto antes desnuda —comentó Sara.

Me fijé en Marcos y en cómo se ponía los dedos sobre el puente de la nariz y respiraba profundamente, parecía que ese gesto lo ayudaba a calmarse.

—Sara, te agradecería que no me interrumpieras. —Su tono de voz fue tan seco y cortante que me encogí—. En diez minutos abrimos puertas, así que ya podéis ir saliendo. Esto va a ser un puto desastre. Lo sé.

—Eres muy pesimista —soltó Sara. Su jefe la observó intensamente, como si quisiera decirle algo, pero no le contestó.

—Tú —dijo Marcos girándose hacia mí.

—Se llama Julia —lo corrigió Sara.

Marcos la miró, resopló y volvió a dirigirse a mí.

—Julia, intenta servir las mesas sin tirarle nada encima a nadie, habla lo menos posible, pero sobre todo sé educada.

—Lo intentaré —le respondí con desafío. No sé por qué le contesté así, quizá por la manera en la que se dirigió a mí, pero tendría que aprender a

mantener la boca cerrada si quería conservar el trabajo. Marcos me miró con severidad, pero no me contestó, simplemente volvió a posar su vista en Sara.

—Sara, te va a tocar trabajar el doble, ya te compensaré. —Su voz continuaba sonando dura, pero con un matiz de disculpa.

—¿Has acabado? —Sin embargo, la de Sara rezumaba diversión.

—Mmm… Sí —dudó Marcos.

—Vale. Quiero tres días libres y poder cogerlos cuando quiera —dijo Sara de carrerilla y con los brazos en jarras.

—¡¿¿Tres??! —Marcos parecía perplejo.

—Que yo sepa no te he hecho ninguna pregunta, ha sido una afirmación.

Así que marchando, que tenemos trabajo. —Tras decir esto, Sara salió

con la cabeza alta y sin mirar a Marcos. Yo me quedé parada donde estaba, no entendía qué tipo de relación mantenían y me sentía algo cortada.

—¿Piensas quedarte ahí toda la noche? ¡¡Vamooos!! —me ordenó Marcos.

Sara y Vicenta tenían razón, aquel hombre era muy desagradable.

12. La mosquita muerta

Pero ¿qué coño estaba pasando? Salí de la cocina, por primera vez desde que empezó el servicio de cenas, y me quedé totalmente paralizado en la puerta.

Sara y la nueva se coordinaban tan bien que no conseguía creérmelo. El trabajo no solo estaba saliendo, sino que lo hacía en perfectas condiciones.

Ambas llevaban al resto de empleados a su son, sin que estos ni siquiera se dieran cuenta.

Me fijé en la recién llegada. Con el uniforme puesto ya no parecía una drogadicta, pero era tan delgada… Aunque lo que de verdad llamó mi atención fue cómo servía las mesas. Entrecerré los ojos. Esa chica tenía mucha experiencia, demasiada; ¿de dónde la había sacado Sara?

Sacudí la cabeza y me centré en lo importante, que no era otra cosa que la necesidad de que formara parte de mi equipo y además con bastante urgencia, pero intentaría que ella no notara mi desesperación.

Exceptuando a Sara, a David, que era el encargado del turno de mediodía, y a un par más de camareros, todo el personal que pasó por el restaurante duró poco. O no me gustaban, o no acababan de encajar con el resto de los compañeros, o eran ellos los que decidían marcharse. Era difícil encontrar un equipo que cumpliera todos los requisitos, pero viendo cómo se desenvolvía la nueva, casi me atrevería a poner la mano en el fuego por ella, y encima la trajo Sara, por lo que sabía con seguridad que encajaría con el resto de los trabajadores.

Mientras la observaba servir mesas se giró y posó sus ojos en los míos, pero rápidamente bajó la mirada al suelo, y yo me pregunté cuántos secretos escondían esos ojos.

No me gustaba especialmente la gente que iba de mosquita muerta, me ponía bastante nervioso. A mí me gustaban las personas como Sara, que si tenía que hablar no había quien la callara. No obstante, necesitaba a la

nueva, así que volví a meterme en la cocina y perdí la noción del tiempo hasta la hora del cierre.

Al acabar de guardar y recoger todo, salí al salón. El personal se despedía en la puerta. Observé que la nueva se hallaba algo más apartada.

Parecía no querer integrarse, o simplemente era vergonzosa, no lo supe con seguridad.

Se había cambiado y, sin el uniforme y con la ropa con la que llegó, volvía a parecer una drogadicta.

—Enhorabuena a todos. A pesar de que faltaba Ana y de que había una persona nueva, el servicio ha salido perfecto. —Todos asintieron con la cabeza. Yo no era muy dado a las felicitaciones, pero si algo iba bien me gustaba decirlo.

Quería hablar con la nueva, así que me dirigí a ella:

—Tú, ven un momento a mi despacho.

La vi parpadear como un cervatillo asustado y me puse furioso; que no me comía a nadie, ¡joder!

—¡¡Que se llama Julia, coño!! —A Sara no había manera de hacerla callar. Me encantaba.

—¡¡Julia, a mi despacho, ya!!

Subí el tono de voz, pero no era mi intención gritarle y mucho menos que se encogiera y arrastrara lo pies como si, en lugar de a mi despacho, fuera al corredor de la muerte.

Casi tuve que empujarla para que entrara. Estaba acabando con la poca paciencia que tenía, y sabía que debía tranquilizarme; no era buena idea estallar allí, delante de ella, o de lo contrario acabaría asustándola. Y la necesitaba.

—Siéntate. —Obedeció sin abrir la boca y con la cabeza mirando al suelo. Por Dios, qué desesperación de mujer—. ¿Dónde has aprendido todo lo que sabes? —Levantó la cabeza despacio y me miró como si no supiera de qué le estaba hablando—. ¿Cómo es que tienes tanta experiencia? —A ver si así me entendía.

—No tengo experiencia —me respondió. Yo estaba a punto de explotar y debía controlarme; si había algo que odiaba más que la flema que poseía

esa mujer era que me mintieran.

—No me gusta que me mientan. Nunca. —Lo odiaba tanto que dije la frase incluso con rabia. Decidí ponerla a prueba, quizá no era tan tonta como parecía. Así que añadí—: Quiero que trabajes todos los fines de semana, los domingos te pagaré como día no festivo y no te lo incluiré en la nómina.

—Vale —contestó. ¿De verdad, aún quedaba gente así? Si no fuera por lo frenético que me estaba poniendo, me hubiera dado lástima.

—También tendrás que limpiar los retretes. —Después de esta frase, esperé a que saltara.

—Vale —volvió a contestar. Me levanté de la silla con brusquedad y estuve a punto de mandarlo todo a la mierda.

—¿Es que tú no sabes decir a nada que no? ¡Joder! —La agarré con suavidad, pero con firmeza, del brazo. Se me había agotado la paciencia —.

Y si te digo que tienes que acostarte conmigo, ¿también responderás con un

«vale»?

No la vi venir. Antes de poder reaccionar me quedé sin aire en los pulmones y un dolor intenso recorrió todo mi cuerpo. Me tenía agarrado con fuerza de los testículos y se levantó de la silla haciendo que, con el movimiento, aullara de dolor.

—Nunca subestimes a una mujer, por muy desesperada que esté.

Me miró fijamente a los ojos por primera vez desde que llegó, mostraba una seguridad en los suyos que me dejó impresionado.

Apartó su mano de mis partes bajas mucho más despacio de lo que me hubiera gustado. Se dio media vuelta y salió con la cabeza alta, dejándome doblado de dolor.

¿Dónde demonios estaba la mosquita muerta?

13. Duelos verbales

Salí del restaurante con la respiración entrecortada. Sara me esperaba junto a la puerta y al verme se puso en guardia.

—¿Qué ha pasado? —Su voz transmitía curiosidad y enfado.

—Nada. —No quería explicárselo. Necesitaba ese trabajo desesperadamente y, con lo que acababa de pasar con el jefe, no sabía si podría volver al día siguiente o si estaba despedida de forma automática.

Suponía que agarrar a tu superior de sus partes íntimas era motivo de despido inmediato, pero no pude evitarlo. Me sentía cansada de que me trataran como a una mierda, aunque tenía claro que no eran el momento ni la persona más idónea para sacar mi genio.

En caso de ser necesario, al día siguiente le pediría perdón, a pesar de que la sangre me herviría por dentro con cada palabra de disculpa.

—No me lo creo —apuntó Sara—. Mira que Marcos puede comportarse como un auténtico cabrón. Si te ha hecho algo, cuéntamelo, que entro y le digo cuatro cosas.

—Qué va, no ha pasado nada. ¿Podemos irnos?

Me miró de reojo sin estar muy convencida, pero una de las cosas que más me gustaban de Sara era que no hacía demasiadas preguntas.

Esa noche, al meterme en la cama, me dio lástima no poder disfrutarla después de tanto tiempo sin dormir en una; no obstante, me sentía tan cansada que caí en los brazos de Morfeo casi sin deshacerla.

Me desperté sobresaltada y sin saber bien dónde me hallaba, pero poco a poco conseguí orientarme y saboreé unos minutos tumbada. Me acurruqué entre las sábanas limpias que olían a suavizante, no hacía frío, pero notarlas tapando mi cuerpo me otorgaba una sensación de protección algo absurda.

Recordé que, de niña, al sentir miedo me tapaba con la colcha hasta cubrir

mi cabeza, como si un trozo de tela pudiera salvarme de algo. Sin embargo, después de vivir un tiempo en la calle, la protección que me ofrecían esas sábanas era bien distinta; me sentía segura por primera vez en mucho tiempo. Qué frase tan manida esa de que «no sabemos lo que tenemos hasta que lo perdemos», y qué verdad tan grande.

Oí voces en el salón y decidí levantarme para ayudar. No era plan, encima de todo lo que Sara estaba haciendo por mí, pasarme el día remoloneando.

Cuando salí, vi a Sara sentada en la mesa y a Vicenta frente a ella. Un

olor inundó mis fosas nasales y mi boca empezó a salivar.

—Buenos días —las saludé, y las dos se giraron hacia mí. Me pareció bonito haber dormido en una cama y que me esperaran dos personas al levantarme.

—Hombre, ya se ha levantado la Bella Durmiente. —Aunque Vicenta lo dijo con una sonrisa en los labios, un rubor subió a mis mejillas, no quería parecer una persona perezosa.

—Lo siento, no pretendía… —intenté disculparme, pero Sara no me dejó terminar.

—No le hagas caso, ¿no ves que ella es vieja y se levanta a las cinco de la mañana?

—Yo me levanto a la hora que me da la gana, que para eso no tengo que rendirle cuentas a nadie. Anda, ven aquí y siéntate, que he traído porras y a quien más le conviene un poco de grasa es a ti.

—Vicenta, ¿no tienes nada que hacer en tu casa? —preguntó Sara con toda la ironía del mundo.

—Me he levantado a las cinco de la mañana, lo tengo todo hecho —

respondió Vicenta mirando a Sara con chulería, aunque también pude identificar amor en esa mirada.

Tenía la impresión de que los duelos verbales de esas dos podrían durar toda la mañana, así que me senté, me serví un café con leche y cogí una

porra de una bolsa de papel que estaba llena de aceite. Al darle el primer bocado incluso cerré los ojos, hacía muchísimo tiempo que no disfrutaba así de un desayuno.

Al abrirlos vi a Vicenta mirándome, me guiñó un ojo y continuó comiendo. Entendí que, aunque siempre estaba de broma, esa mujer advertía cosas que otros no podían. Me daba la sensación de que era capaz de ver dentro de mí.

Después de desayunar Sara y yo decidimos ir un rato a correr. Vicenta puso el grito en el cielo y se fue a su casa muy enfadada, alegando que de poco iban a servir aquellos desayunos si luego salía a quemar todo lo que comía. Pero la verdad era que, aunque apenas corrí y fue más bien un paseo, caminando rápido (aún no me sentía en forma como

para ponerme a hacer *running*), me sentó fenomenal para descargar un poco de la ansiedad que había acumulado la noche anterior.

Si bien el resto del día lo pasé más o menos bien, al llegar la tarde empecé a ponerme nerviosa. Sara se estaba arreglando para ir a trabajar y yo no supe bien qué hacer, así que decidí que, como nadie me había dicho que no volviera al restaurante, iría y haría como si nada hubiera pasado. Me planteé lo de pedir disculpas y lo dejé como última opción. Si tenía que hacerlo lo haría, aunque me costara una úlcera; pero si podía evitarlo, pues mucho mejor.

14. ¡Porque tú lo digas!

Hacía tiempo que no me sentía tan inquieto. No es que estuviera nervioso, sino que, simplemente, pedir disculpas no era algo habitual en mí, pero debía hacerlo. No entendía qué leches me había pasado la noche anterior con la nueva. Es verdad que mi carácter deja mucho que desear, sobre todo cuando pierdo los nervios, y que también soy bastante cascarrabias, pero lo que hice fue sobrepasar los límites, incluso para mí.

Di vueltas por la cocina sin hacer nada en concreto hasta que me percaté de que David no paraba de observarme con cara rara y le dije que me marchaba a arreglar unos papeles. Aún me miró peor, yo nunca me iba de la cocina antes de empezar un servicio.

Me encerré en mi despacho esperando oír el sonido de la puerta que indicara que habían llegado.

No llevaba ni diez minutos cuando oí la voz de Sara. Me tensé. Pero yo no era un cobarde, así que salí del despacho con mucha más brusquedad de la que pretendía. Recorrí el pasillo de unas pocas zancadas y al llegar al salón me encontré con las dos allí.

—Juana, ¿puedes pasar un momento? Quiero hablar contigo. —Mi voz sonó fuerte y brusca.

—¡Joder, Marcos! Que se llama Julia. Y como no salga en cinco minutos entro a buscarla; no sé qué pasó ayer, pero no me gustó nada la cara con la que Julia salió anoche de aquí.

—Sí, jefa —le respondí. Sara se comportaba como una gallina clueca con la nueva, la había acogido bajo su manto protector y sería imposible que la soltara.

—Lo digo en serio —apostilló. A continuación, se cruzó de brazos y me miró con enfado.

—Lo sé. Julia, pasa a mi despacho. —Bajé el tono cuando me dirigí a la nueva; si no lo hacía, Sara era capaz de entrar con nosotros, y no estaba dispuesto a disculparme con ella delante. Bastante iba a costarme hacerlo solo con Julia.

—¿Tanto te cuesta pedir las cosas por favor?

—Sara, ¿puedes hacer el puñetero favor de cerrar la boca? —Con Sara no había manera de rebajar el tono, por mucho que lo intentara.

Advertí que la nueva nos miraba a uno y a otro sin saber muy bien lo que pasaba. Pero, en cuanto yo la miré a ella, cuadró los hombros, levantó la cabeza y se dirigió a mi despacho con paso firme. Nada que ver con cómo lo había hecho la noche anterior.

Cuando cerré la puerta no supe bien qué hacer ni qué decir.

—Siéntate.

—No me apetece. —No iba a ponérmelo fácil. Estupendo.

—Mira, no me siento cómodo con esto, pero ayer no me comporté del todo bien.

—Te comportaste como un gilipollas —espetó. Yo levanté la cabeza de los papeles que estaba mirando. ¿Quién era en realidad la nueva? Me tenía totalmente descolocado.

—Es cierto, me comporté como un gilipollas, pero me gustaría que formaras parte del equipo.

—De acuerdo —contestó bajando el tono—, pero no pienso trabajar los domingos a precio de laborable, ni voy a limpiar los lavabos, y mucho menos pienso acostarme contigo.

Esto último me lo soltó de manera firme y mirándome fijamente a la cara. Sus ojos mostraban tal desafío que no pude evitar ponerme cachondo; pero ¿qué cojones me pasaba con esa chica? ¡Si ni siquiera me gustaba!

—Vale, pero tendrás que decirme dónde has trabajado para tener tanta experiencia. —En realidad, me daba igual, pero la noche anterior no me

contestó y mi curiosidad se había disparado.

—¡Porque tú lo digas! —La provocación con la que pronunció esa frase hizo que tuviera que acomodarme en la silla. La erección que tenía empezaba a molestarme.

—Julia, recuerda que soy tu jefe.

—Estás en tu derecho de preguntarlo y yo debería responderte, pero no voy a hacerlo, jefe. —La última palabra pareció escupirla.

—No te pases.

—Más te pasaste tú ayer. Podría denunciarte por acoso, ¿sabes?

—Lo sé, y te pido disculpas por ello. No volverá a pasar jamás.

—De eso puedes estar seguro. Podría dejarte sin pelotas.

La sonrisa se me escapó entre los labios. La había subestimado, aquella chica no se parecía en nada a la que había entrado allí el día anterior.

—Sal ya o Sara mandará a la policía.

—Vale.

—Y, por cierto, Julia, me gustas mucho más cuando no callas.

—No es mi intención gustarte.

Sin decir nada más, dio media vuelta y salió de mi despacho cerrando la puerta con mucha más fuerza de la necesaria.

15. Mi nueva compañera de piso Salí del despacho con las piernas temblando y una sonrisa en los labios. No entendía cómo había sido capaz de responder así a Marcos. Entré allí pensando que debería pedirle disculpas y acabé dejándole las cosas muy claras, de una manera, quizá, demasiado brusca, pero por fin empezaba a comportarme como lo hacía antes de conocer a Ignacio y antes de que mi vida se torciera por completo.

Sara me esperaba muy cerca de la puerta.

—¿Todo bien? —quiso saber.

—Todo perfecto.

—No te pregunto si te quedas en el equipo porque Marcos puede tener muchos defectos, pero es muy astuto para el negocio y, después de verte trabajar anoche, sería verdaderamente idiota si no te contratara.

—Hombre, idiota es un rato.

—No voy a llevarte la contraria en eso. Pero, en lo referente al restaurante, puedo asegurarte que sabe lo que hace.

Nos dirigimos al vestuario y mientras nos cambiábamos de ropa le di mil vueltas a un tema que quería plantearle a Sara y no sabía por dónde empezar.

—Sara, quería preguntarte algo. Verás…, yo… —Me paré unos instantes para tomar aire. No me creía con derecho de exponerle aquella cuestión, por eso no acababan de salirme las palabras.

—Vamos, Julia, no creo que sea tan difícil. Solo soy yo. —Para mí, ella era una especie de ángel de la guarda que apareció en el peor momento de mi vida. Así que se trataba de mucho más que «solo ella».

—¿Podría quedarme en tu casa hasta cobrar el primer mes? Prometo pagarte la mitad del alquiler y la comida, o lo que me pidas, pero ahora

mismo no puedo darte nada y prefiero pedirte esto a ti que un adelanto a Marcos. De verdad que te daré lo que quieras, como si es el sueldo entero, ya que este trabajo también te lo debo a ti…

—A ver, Julia, ya contaba con ello. Tengo claro que serás mi nueva compañera de piso. Aunque lo primero que harás en cuanto cobres será ir a la peluquería y comprarte algo de ropa; puedo asumir un mes pagando el alquiler yo sola, pero tú no puedes seguir paseándote con esas pintas.

—Ni hablar, tenemos que comer y no pienso dejar que corras tú con todos los gastos.

—Bueno, ya hablaremos de los detalles en otro momento. Ahora ven aquí, quiero abrazar a mi nueva compañera de piso.

Sara me dio un abrazo de verdad, de esos que colocan piezas que no sabías que andaban rotas. Fue un achuchón tan intenso que no pude evitar que las lágrimas corrieran por mi cara, la mezcla de sentimientos estaba a punto de hacerme sollozar. Uno de los que predominaban era que me encontraba tremendamente aliviada, hubo muchos momentos en los que creí que mi vida nunca volvería a ser la que era. Ahora, y gracias a ella, tenía un techo, un trabajo y comida. Por aquel entonces, muchas de las cosas que para otros eran normales para mí significaban un mundo.

Así, perdidas la una en la otra y yo sin poder parar de llorar, fue como

nos encontró Marcos en el momento en el que abrió la puerta.

—Sara, no me jodas, no quiero escenas aquí. Si quieres liarte con ella lo haces en tu casa, ¿de acuerdo?

—¿Sabes, jefe? A veces eres un completo cabrón —dijo Sara con ira.

Marcos cerró la puerta cabreado y refunfuñando por lo bajo, yo miré a Sara con cara de no entender a qué se refería Marcos.

—Puto pervertido… No entendería de sentimientos ni aunque los experimentara él mismo. —Sara iba metiendo su ropa en la taquilla con tanta furia que en lugar de hablar parecía que escupía las palabras —. Lo

siento, Julia. Marcos no ha tenido muy buenas experiencias con las mujeres y eso lo ha convertido en un imbécil amargado. Y, por si mi querido jefe no te lo ha dejado claro, soy bisexual; no me gusta ponerle etiquetas a mi vida personal, pero así lo entenderás mejor. Suelo salir con hombres, pero también lo he hecho con alguna mujer. En caso de que esto sea un inconveniente para ti, entiendo que no quieras vivir conmigo.

Solté una carcajada tan intensa que Sara se giró para mirarme.

—Mientras no seas traficante de órganos y me abras en canal durante la noche, me importa bastante poco con quién te acuestes. Y no tienes por qué darme tantas explicaciones, de verdad.

En la cara de Sara se dibujó una genuina sonrisa. Era una chica preciosa siempre, pero cuando sonreía se la veía espectacular.

Tiré de una de sus manos y volví a abrazarla; esta vez, algo me reconfortó el alma. No estar sola, poder contar con alguien, era una sensación maravillosa. Nos separamos poco a poco y al mirarnos sonreímos.

—Vamos a currar o ese imbécil degenerado pensará que nos lo estamos montando en el vestuario. —Reí ante su comentario y salí de allí con ganas de comerme el mundo.

Las siguientes horas pasaron tan rápido que apenas fui consciente de nada. Eso sí, notaba los ojos de Marcos puestos en mí en todo momento.

16. Quería a Julia en mi equipo y aMiriam

en

mi cama

Sara era una mujer maravillosa, quizá la más generosa y buena que había conocido en mi vida. No me hacía ninguna gracia que se liara con la nueva, ya que estaba casi seguro de que Julia ocultaba algo y no quería, bajo ningún concepto, que dañara a Sara.

Ella y yo nos habíamos acostado un par de años atrás. Los dos sabíamos que aquello solo era sexo y esa noche nunca se interpuso entre nosotros, aunque tuvimos claro que no volvería a repetirse.

Ahora la veía más como a una hermana pequeña que como otra cosa y mi sentido de protección se agudizaba cuando se trataba de ella. Pero sabía que el comentario que le hice en el vestuario fue inapropiado, así que la llamé para que fuera a mi despacho y poder hablar con ella.

Le eché un vistazo nada más entrar y me percaté de que estaba enfadada, tenía una forma muy peculiar de arrugar los labios cuando se mosqueaba.

La conocía muy bien y sabía que le duraría poco, pero no me gustaba nada estar mal con ella.

—Sara, siento mi comportamiento de antes. —Últimamente me pasaba el día disculpándome.

—A veces eres un capullo.

—Bueno, si es solo a veces… —La vi sonreír un poquito y supe que ya me había perdonado, conocía a pocas personas con un corazón tan grande como el de Sara.

—No estoy liada con Julia.

—No te he preguntado nada. —Levanté los brazos para defenderme.

—Lo sé, pero te lo digo porque creo que te interesa. Además, Julia no es lesbiana.

—¿Cómo lo sabes? —¡¿Y a mí que me importaba?!

—No hubiera podido resistirse a una tía guapa como yo —respondió Sara con cara de guasa.

—Ah, ahora todo queda más claro —añadí, poniendo los ojos en blanco.

—Es broma; lo que sí digo en serio es que tienes vía libre.

—No sé por qué insinúas eso, no me concierne su vida personal en absoluto. Además de que ella no es mi tipo para nada.

—Ya…, me voy a currar un poco.

Cerró la puerta con suavidad y me dejó allí pensando en todo lo que acababa de decirme.

*

Llevaba toda la noche observando a Julia y, cuanto más la miraba, más me sorprendía. Esa tía tenía mucha experiencia, mucha más de la que imaginé en un principio. El salón era una balsa de aceite, jamás en todos los años que el restaurante llevaba abierto funcionó tan bien. Era eficiente, amable con los clientes y sumamente detallista.

Cuando giró los ojos y posó su mirada en mí, un escalofrío recorrió mi cuerpo. ¿Quién era aquella mujer?, ¿de dónde había salido? Y lo más importante, ¿por qué cojones me ponía tan cachondo si ni siquiera me gustaba?

Me recoloqué el pantalón pensando en todo lo que me dijo Sara y en que Julia no era mi tipo para nada. Seguía pensando lo mismo: ella parecía un cachorrito abandonado y a mí me gustaban las leonas, eso sin contar que no tenía ni una sola curva en su raquítico cuerpo. Vale, no me gustaba nada, eso lo tenía claro; pero si pensaba en ella en cualquier situación íntima era incapaz de bajar mi erección, así que me puse a repasar

mentalmente todo lo que necesitaba comprar para el día siguiente y decidí que lo mejor era hacer una llamada para quedar con alguien que calentara mi cama esa noche.

Miriam era una de las mujeres más atractivas que conocía, y lo mejor de todo era que le encantaba el sexo sin compromiso. Cuando a alguno de los dos nos apetecía, nos llamábamos y, si al otro le iba bien, pasábamos unas cuantas horas juntos. Por suerte para mí, Miriam estaba disponible esa noche.

Justo cuando colgaba el teléfono, Julia entró en mi despacho. Volvía a mirar al suelo y tuve que resoplar, me parecía curioso lo que me exasperaba ese simple gesto.

—Dice Sara que salgas un momento, hay unos clientes que quieren hablar contigo.

—¿Y por qué no ha venido Sara a decírmelo? —No entendía bien el motivo, pero disfrutaba enfadándola y haciendo que sacara esa parte de su carácter que me gustaba infinitamente más que aquella maldita sumisión.

—Porque he venido yo. —Y ahí estaba, levantó la mirada y me desafió.

«Ahora no te pongas en plan chula, que reviento el pantalón», pensé para mí.

—Julia, no olvides que soy tu jefe. Te he hecho una pregunta, ¿podrías contestarme?

—¡Porque tú lo digas! —Esta vez dijo la frase en un tono tan bajo que apenas pude oírla. Lo malo fue que la entendí.

—¿Perdona?

—Nada, que Sara estaba ocupada y yo no.

—¿Ves?, cuando hago una pregunta me gusta oír la respuesta.

Se dio media vuelta y, sin apenas darme cuenta, mis ojos se posaron en su culo. Cerró la puerta con fuerza, pero antes de hacerlo me pareció oír que me decía «gilipollas».

Una sonrisa cruzó por mi cara y supe que quería a Julia en mi equipo, pero que, precisamente por eso, necesitaría a Miriam cada noche en mi cama.

17. Miriam

Justo cuando Sara y yo salíamos del vestuario una chica entró en el restaurante. La miré con atención y por primera vez en mi vida tuve envidia de alguien. No me la causaba su aspecto, cada una era como era, pero iba tan guapa, tan arreglada y tan maquillada que lo que antes para mí consistía casi en una obligación ahora me hubiera encantado poder hacerlo.

Toqué mi pelo, completamente áspero después de haber pasado tanto tiempo en la calle lavándome cuando podía y con lo que tenía. Llevaba la cara sin nada de maquillaje y mi cuerpo no era ni la sombra de lo que un día fue. Pensé que, paradojas de la vida, siempre intenté cuidarme para no engordar y ahora, que me veía delgada,

quería engordar para estar como antes. Al pasar la mano por mi cara y notar los huesos de mis pómulos constaté que no se trababa exactamente de eso; no es que estuviera delgada, parecía una calavera. Resoplé y Sara me miró con curiosidad. Luego se dirigió a la chica que esperaba:

—Hola, Miriam. Un segundo, que aviso a Marcos.

Cuando Sara desapareció tras la puerta de la cocina, Miriam me miró de arriba abajo. No pareció interesarle lo que veía, porque rápidamente apartó los ojos de mí.

En pocos segundos Marcos salió. Me fijé en él mientras se acercaba a ella, una enorme sonrisa iluminaba su rostro; nunca lo había visto tan guapo como en esos instantes. Sin embargo, yo me sentí como cuando vivía en la calle, puesto que Marcos pasó junto a mí como si fuera invisible.

—Hola, preciosa. Dame dos minutos y salgo.

—Muy bien. —La voz y los movimientos de Miriam eran muy sensuales.

Toda ella desprendía un erotismo que poseían muy pocas mujeres.

Marcos rodeó con un brazo la cintura de la chica y la acercó hasta él.

Enredó la otra mano en su nuca, agarrando suavemente su pelo, y la besó.

No fue un beso obsceno, pero estaba tan cargado de pasión que me hizo ser consciente de que llevaba un montón de tiempo sin sexo.

Sara me cogió de la mano, lo cual hizo que saliera de mi ensoñación, y me arrastró hacia la salida mientras se despedía de los dos con un simple

«adiós», que no obtuvo contestación.

—Julia, disimula un poco, tu cara era la misma que el primer día que llegaste a mi casa y puse la tortilla de patata frente a ti. —La miré con una mezcla de sorpresa y culpabilidad—. Te advierto que Marcos no te conviene, a no ser que quieras una noche de sexo. Para eso tengo que decirte que te conviene, y mucho —puso una cara muy divertida, incluso bizqueó—, pero luego, al regresar al trabajo, olvídate. Volverá a ser el mismo gilipollas de siempre.

—¿Lo dices por experiencia propia? —Lo solté en broma, pero me sorprendió que Sara tardara tanto en contestarme.

—La verdad es que sí.

—¿Te has acostado con él? —Me dejó perpleja.

—Acabo de decirte que sí.

—Joder, perdona. No lo sabía…, no me esperaba…

—No pasa nada, de eso hace mucho tiempo. Fue solo una vez, los dos sabíamos a lo que íbamos y nunca hemos tenido nada más. Marcos es un capullo, pero es amigo mío y en el fondo lo quiero.

—No tengo ninguna intención de acostarme con él. —Lo decía completamente en serio, lo último que me hacía falta ahora que las cosas empezaban a irme bien era complicarlas así.

—Pues por tu forma de mirarlo hubiera asegurado que no te importaría.

—Cuando he visto cómo se besaban he sido consciente del tiempo que hace que no me acuesto con nadie. —¿Solo había sido eso o algo más?

Sacudí la cabeza para ahuyentar aquel pensamiento.

—Si ese es el problema, tiene fácil solución. Salimos la noche que quieras y buscamos a alguien que rompa tu sequía.

—Creo que aún no estoy preparada.

—Cuando tú me digas. —Sara se encogió de hombros y, cuando creí que no iba a añadir nada más, continuó hablando—: Quería decirte que la chica que has visto en el restaurante es Miriam; lo más parecido a una pareja que Marcos tendrá.

—No sabía que tenía novia. —Me sorprendió después de cómo se comportó conmigo en su despacho, eso me constató lo que ya sabía: era un gilipollas.

A Sara le dio la risa.

—No, Julia, ella no es su novia; simplemente se acuestan juntos, aunque Marcos no suele repetir con nadie. Sin embargo, con Miriam sí, supongo que los dos tienen claro a lo que van. Porque, de lo contrario, no lo entiendo.

—Bueno, ellos sabrán. Estoy cansadísima. —Preferí cambiar de tema porque no me gustaba demasiado ese, aunque no acabé de entender el motivo.

—Pues vámonos a casa.

Cuatro palabras que me hicieron sentir un agradable hormigueo en el estómago. Tenía una casa y alguien con quien compartirla, ¿qué más podía pedir?

18. Sincerándome con Sara

Durante las siguientes semanas estuve compaginando mi trabajo con ir a ver a mi madre casi a diario. No mejoraba ni empeoraba, simplemente seguía igual, y a mí se me partía el alma cada vez que la veía así.

El trabajo en el restaurante me gustaba. No era lo mismo que meterme en la cocina a hacer pasteles, pero no podía quejarme. Aunque echaba muchísimo de menos visualizar un postre en mi cabeza y hacerlo realidad; eso era lo que más me gustaba: inventar, improvisar, innovar…, mucho más que seguir una receta al pie de la letra. Me parecía aburridísimo y siempre acababa cambiando algo.

Aún no había cobrado mi primer sueldo, y cuando lo hiciera pensaba dárselo a Sara, ya que estaba comiendo y viviendo en su casa sin aportar nada. Ella se ofreció a dejarme algo de dinero para comprarme ropa, pero, por mucho que insistió, no lo acepté. Como vio que no cedería, me dejó un par de camisetas que me quedaban algo grandes, porque, aunque había engordado un par de kilos, seguía estando extremadamente delgada.

Sara y yo librábamos por las mañanas. Solo había ido a trabajar un mediodía desde que empecé en el restaurante, ya que nos encargábamos de las cenas.

Así que desayunábamos tranquilamente hablando del trabajo y de muchas cosas más. Esa mañana Sara hizo la pregunta que yo llevaba mucho tiempo esperando:

—Sabes que no suelo meterme en la vida de nadie, por lo que no tienes que contestarme si no quieres, pero siento curiosidad por saber cómo acabaste en la calle.

Tardó mucho en hacerla, pero ella era así, poco entrometida y capaz de respetar mi espacio. Durante unos instantes me planteé no

contestarle, no

por nada en concreto, sino por el miedo que me atenazaba la garganta cada vez que hablaba de Ignacio. No obstante, Sara se había portado muy bien conmigo, así que las siguientes dos horas le expliqué mi vida sin dejarme una sola coma. Fue liberador poder desahogarme con alguien.

—No sé ni cómo expresarme. No soy nadie para opinar ni aconsejar, de manera que lo único que puedo decir es que me alegro muchísimo de haberte encontrado aquel día en la calle. Solo espero no cruzarme nunca con Ignacio, acabaría bastante peor que los chicos que te molestaron, cuando te conocí, en el callejón. —Ese comentario me hizo sonreír por primera vez desde que empecé a hablar.

Quise cambiar de tema. Había sido estupendo poder hablarlo, pero me encontraba sobrepasada por todo lo que sentí al recordarlo.

—¿Y qué me dices de ti? ¿Cuál es tu historia?

—Pues la verdad es que, comparada con tu culebrón, mi vida es muy tranquilita. Nací en un pueblecito de Teruel y tuve una infancia muy feliz, la libertad con la que crece un niño en un pueblo no tiene nada que ver con cómo se cría en una gran ciudad. Pero cuando cumplí los diez años mis padres se mudaron a Madrid, y mi hermano y yo nos vinimos con ellos. Mi abuela insistió mucho en que nos quedáramos con ella y yo lloré lo que no está escrito para que mis padres me dejaran, se me hacía un mundo separarme de todo lo que había conocido hasta ese momento. Sin embargo, mis padres se mantuvieron firmes en su decisión: no se irían a ningún sitio sin sus hijos. Cuando me hice mayor se lo agradecí enormemente.

»Pasados unos años mi hermano regresó a nuestro pueblo, donde se casó; él y mi cuñada, Judith, me han dado a Leo, el sobrino más bonito del mundo. Mi abuela, que tiene ochenta y cinco años, les echa una mano en todo lo que puede, porque tendrías que verla: está estupenda. Yo, en cuanto tengo unos días libres, me escapo a verlos. Siempre me he dedicado a la hostelería y, aunque estoy muy contenta trabajando para Marcos, me

gustaría hacerlo en algo mucho más pequeño, que tuviera más contacto con la gente; no sé si me explico…

—Te explicas perfectamente. Mi sueño siempre ha sido montar una cafetería pequeñita y acogedora donde servir mis propios postres. Un lugar en que el cliente se sienta tan a gusto que pueda desconectar de

todo.

—Suena maravilloso. Aún no puedo creerme que seas repostera. Podrías hablar con Marcos para que te traslade a la cocina.

—¿Los dos en la misma cocina? Tú estás loca. Prefiero que no se entere, así que te agradecería enormemente que no le comentaras nada. —Vi la cara de picardía que puso Sara y dudé mucho que fuera a cumplirlo.

19. El regalo de Vicenta

Continuábamos sentadas en el sofá cuando sonó el timbre, haciendo que me sobresaltara e interrumpiendo nuestra conversación.

Sara se levantó y se dirigió hacia la puerta. Yo cogí mi vaso de café y lo paladeé, recreándome en su sabor amargo y pensando en que nunca me había sentido mejor que en ese momento, en la casa de una chica a la que hacía pocas semanas que conocía. Pero la vida me había regalado una segunda oportunidad y pensaba disfrutar de cada instante.

—¿Se puede saber dónde vas con todo eso? —preguntó Sara alzando la voz, tras lo cual yo me levanté y dejé el vaso de café encima de la mesa.

—Anda, niña, cállate ya y ayúdame, que no haces más que hablar. —La voz de Vicenta me tranquilizó; a Sara no le pasaba nada, solo se trataba de sus constantes riñas. Volví a sentarme sonriendo.

—Y eso lo dices tú, que no cierras el pico ni debajo del agua —le rebatió Sara.

Continuaron discutiendo hasta llegar al salón y entraron cargadas con un montón de bolsas. Las dejaron en el suelo y Vicenta se dirigió a la cocina.

—Sírvete lo que quieras, como si estuvieras en tu casa. —Sara hablaba con ironía, pero mostraba una sutil sonrisa.

—Eso mismo estoy haciendo —contestó Vicenta desde la cocina.

Salió con una taza en un mano y un paquete de galletas en la otra. Se sentó junto a mí y yo tragué saliva, esa mujer tenía algo que conseguía ponerme en guardia.

—Mira, bonita, me da a mí que si tenemos que esperar a que te compres algún trapo yo me habré muerto antes. Así que le he pedido a mi nieta María y a su amiga Alba que me den algo de ropa que ya no usen; a Natalia he preferido descartarla porque sus prendas no te sentarían bien. He

seleccionado lo que me pareció más de tu estilo, ya que mi nieta es algo recatada y pijita y creo que su manera de vestir no va demasiado contigo.

De Alba me he quedado con casi todo, creo que te irá bien.

—¿Desde cuándo eres asesora de imagen, Vicenta? —comentó Sara con cierto recochineo.

—Soy lo que me da la gana, niña. Esa es la ventaja de ser vieja, que tienes experiencia en todo. —Puso una cara muy graciosa, y Sara y yo sonreímos.

Sara se calló e hizo como si se cerrara la boca con una cremallera, pero el cariño que transmitía su mirada dejaba claro que Vicenta era alguien muy especial para ella.

—Pues, hala, ya puedes levantarte y empezar a probarte ropa —sentenció Vicenta.

—¿Ahora? —No me apetecía nada.

—No, el año que viene si te parece; ¿no ves que a mi edad no tengo tiempo que perder? Andando.

No tuve más remedio que pasarme la siguiente hora probándome todo lo que Vicenta me había traído. Yo nunca había sentido un interés especial por mi indumentaria, pero debía reconocer que, después de tanto tiempo vistiendo con las mismas prendas, era fantástico verme otra vez como una persona «normal».

Hubo un montón de cosas que guardé para cuando cogiera algo de peso, pero con otras pude hacer un apaño y ponérmelas de inmediato. Lo que más me gustó fueron un par de tejanos que me quedaban bastante bien.

—Bueno, pues ahora que ya tenemos el tema de la ropa solucionado, hay que hacer algo con ese pelo. —Vicenta parecía estar pasándoselo fenomenal.

—Vicenta, de verdad que le agradezco lo que está haciendo por mí, pero ahora mismo no puedo gastarme dinero en mi pelo, tengo otras prioridades.

—Lo primero es que como vuelvas a tratarme de usted te pego un collejón. Y lo segundo es que, aquí donde me ves, soy una mujer de negocios y vengo a hacer un trato contigo.

—Pues ust… tú dirás.

—¿Qué sabes hacer? —me preguntó Vicenta.

—¿Perdón? —le respondí. No tenía la menor idea de dónde quería ir a parar.

—Dime algo que se te dé bien, alguna cosa con lo que pudieras pagarme.

—Sabe hacer postres —intervino Sara a la vez que me guiñaba un ojo. Yo cada vez estaba más desconcertada.

—¡Pues perfecto! A mi edad no tengo tiempo para que me enseñes, además de que me aburre muchísimo la cocina, pero de eso no tiene que enterarse nadie. Quiero que hagas pasteles para mí y yo diré a mi familia que me he apuntado a un curso de cocina y que los he hecho yo.

Sara escupió el café que estaba bebiendo en esos momentos.

—Vicenta, tu familia te conoce, no se van a tragar que esos pasteles los has hecho tú.

—Quiero mucho a mi familia, pero no son muy espabilados, y si les digo que lo he cocinado yo, no me tose ni Dios.

—De acuerdo; si cocino para ti, ¿qué saco yo a cambio? —Vicenta me sonrió de una manera tan genuina que lo hice yo también.

—Me gusta esta chica. —Se dirigió a Sara cuando hizo este comentario.

—A mí también. —Sara se encogió de hombros al contestar.

—De acuerdo, pues tú me ayudas con los postres y yo a cambio te he reservado hora en un salón de belleza del centro. Ahora te paso la dirección.

—Pensé que no sería difícil anular la cita alegando cualquier excusa.

—¿Qué día tengo que ir? —Ingenua de mí, aún no conocía a Vicenta.

—En media hora —contestó con una sonrisa de oreja a oreja.

—Pero yo no quiero ir a un salón de belleza. —Protestaba como una niña pequeña, pero es que necesitaba muchas cosas antes de perder el tiempo en eso.

—Tú no sabes ni lo que quieres, bonita. Te parecerá una cosa frívola, pero es importante estar bien con una misma y llevas demasiado tiempo sintiéndote inferior al resto. No es que un buen corte de pelo y algunas cosas más lo vayan a conseguir, pero por algo hay que empezar.

Tenía bastante razón en lo que decía. Sin embargo, no me atreví a decirle que el salón de belleza al que ella iba no sería de mi estilo; prefería callar y prepararme para un corte de pelo ochentero. Estaba claro que Vicenta era una persona que no dejaría de sorprenderme jamás.

Terminamos de desayunar hablando de cosas triviales. Después recogimos rápido porque Vicenta no quería que llegáramos tarde y nos metió muchísima prisa.

Sara se empeñó en acompañarme y cogimos el metro para llegar hasta allí. Caminamos buscando la dirección y, al dar con el salón, Sara soltó un silbido.

—Desde luego Vicenta ha visto algo en ti, porque este es uno de los mejores salones de Madrid. —Me fijé en la entrada; aunque no lo había visitado nunca, sabía que aquel establecimiento no sería precisamente barato.

—Pero no voy a poder devolverle el dinero… —le dije a Sara.

—¿Te crees que lo aceptaría? Ya la has oído, quiere pasteles.

—Para devolverle este favor tendré que hacerle un montón.

—Pues hazlos, pero ni se te ocurra mencionarle nada de que le vas a dar el dinero.

—Parece una mujer con un carácter muy fuerte. —Tras mi comentario, a Sara le dio la risa. Cuando se le pasó me respondió.

—«Un carácter fuerte», dices; no la conoces bien.

Las dos entramos en el centro de belleza sonriendo.

20. Yo misma

Acudir a salones de belleza era una cosa habitual en otro tiempo, quizá no hacía tanto, pero a mí me parecía que eso pertenecía a otra vida. Supongo que por eso disfruté tanto de las siguientes horas. Las pasé yendo de mano en mano: mientras una de las chicas se encargaba de lavarme la cabeza, otra me arreglaba las uñas.

—Tienes el pelo fatal, ¿qué te ha pasado? —La peluquera que me peinaba me hizo la pregunta sin darle importancia, pero yo me quedé en blanco y no supe qué contestarle. Mi cabello estaba muy estropeado por haberlo lavado con lo que tenía y no cuidarlo durante todo el tiempo que estuve en la calle, pero no podía contestarle eso.

—Pues, chica, que fue a una peluquería que tiene fama de ser buenísima y le fastidiaron la melena, con el pelo tan precioso que tenía… —Sara, siempre tan pendiente de mí, salió en mi ayuda.

—Ay, no es la primera a la que le pasa, ¡qué desastre! Espero que no vuelvas a pisarla jamás —dijo la chica mirándome.

—No, nunca más. —Con esa respuesta se dio por satisfecha y Sara me guiñó un ojo. Yo suspiré aliviada por no tener que dar ninguna otra explicación.

Pasado un buen rato (mucho más de lo que me hubiera gustado) la peluquera me aseguró que habíamos terminado. Yo tenía tanta prisa por irme que casi me levanté sin apenas mirarme. Casi.

Al elevar la vista y observarme en el espejo no pude creer que el reflejo que me devolvía fuera el de la misma persona que hacía unas semanas dormía en la calle.

Sara tenía razón: el salón que eligió Vicenta era espectacular, y eso que yo estaba acostumbrada a ir a salones muy buenos.

Salí de allí con unos cuantos productos de maquillaje (insistieron en que ya los había pagado Vicenta) y un corte de pelo maravilloso. Me lo dejaron por debajo de los hombros y me hicieron unas mechas castañas que le devolvieron a mi pelo el brillo que había perdido.

Nunca podría devolverle a Vicenta el favor que me había hecho. Ni con todos los pasteles del mundo. Ella tenía razón, era importante sentirse bien con una misma y empezar por el físico ayudaba bastante, aunque quedaran pendientes muchos otros aspectos.

*

Pensé que después de echarme la siesta me despeinaría, pero nada más levantarme me coloqué frente al espejo y seguía con el pelo impecable.

Incluso después de un par de horas durmiendo continuaba exactamente igual. Me puse unos tejanos y una camiseta blanca de manga corta. Me maquillé muy ligeramente y dejé que el pelo me cayera por los hombros con las mismas ondas que me habían hecho esa mañana en la peluquería.

Había llevado vestidos de marca y estado en las manos de los mejores peluqueros, pero nunca me sentí tan bien y tan cómoda como con esos simples tejanos y esa camiseta. Supe que lo que me hacía estar bien era que, por primera vez en mucho tiempo, volvía a sentirme yo misma.

Salí del lavabo y me dirigí al salón en busca de Sara. Nos tocaba trabajar y me había entretenido más de lo normal arreglándome, ahora nos tocaba darnos prisa o llegaríamos justas.

Me planté frente al sofá donde estaba echada Sara.

—Tenemos que irnos o acabaremos llegando tarde.

—¿Quién eres tú y qué has hecho con mi amiga? —La palabra «amiga»

me reconfortó.

—Vamos, no seas exagerada, que solo son unas mechas y un corte de pelo.

—Es mucho más que eso, y lo sabes. Vicenta tenía razón, como siempre; no sé cómo cojones lo hace, pero paso de decírselo, que se le sube a la cabeza. Aunque en el momento en que te vea lo sabrá y no habrá quien la aguante.

—La verdad es que hacía mucho tiempo que no me sentía tan bien.

—Se te nota. Vas a tener que hacer una cantidad ingente de pasteles… Lo sabes, ¿verdad? —Las dos sonreímos.

—Lo sé, pero no me importa. Te debo mucho a ti, y ahora también le debo mucho a Vicenta.

Como si la hubiéramos llamado, en ese momento sonó el timbre. Sara se dirigió a la puerta arrastrando ligeramente los pies. Lo primero que hizo Vicenta al entrar en el salón fue acercarse a mí.

—No voy a hacer como el resto de viejas que conozco y voy a ahorrarme el comentario de que con un par de kilitos estarías mejor. Lo que sí debo decirte es que estás realmente guapa, y no hablo de tu pelo o del maquillaje, eso es lo de menos; hablo de ti. No quiero preguntar, no es mi estilo. Pero me alegro de que la loca esta te trajera aquí. —Sonreía y había dulzura en su voz. Se me hizo un nudo en la garganta—. Y ahora andando, de lo contrario llegaréis tarde y el imbécil de vuestro jefe os echará la bronca.

Recogimos un poco y nos fuimos al restaurante. No pude dejar de sonreír durante todo el camino.

21. Edu

Me pasé la noche metido en la cama con Miriam. Me encontraba agotado, pero valió la pena. Aunque dudaba que estuviera haciendo lo correcto. Yo solo quería sexo y hasta ese momento creí que Miriam también, por eso me extrañó que propusiera ir a comer fuera. Nunca, en todo el tiempo que duraba lo que fuera que teníamos, salimos de mi casa o de la suya, incluso a veces ella se iba al terminar, ya que prefería no pasar la noche conmigo.

Le dije que no me apetecía comer fuera y se marchó sonriendo, pero me quedé con la mosca detrás de la oreja. Debería hablar con ella y volver a marcar los términos de nuestra «no relación».

Decidí sacar a Miriam de mi cabeza y pensar en otra cosa. Ese día empezaba en el restaurante un chico nuevo, el negocio cada vez iba mejor y tenía que ir ampliando mi plantilla. Le había hecho la entrevista unos días atrás y me gustó desde el primer instante, teníamos un montón de cosas en común, y lo más importante era que tenía experiencia tanto en salón como en cocina. Necesitaba a alguien que pudiera cubrir esos puestos dependiendo de lo que hiciera falta en cada momento, y aunque al principio me mostré reacio, porque si tienes experiencia en las dos cosas normalmente quiere decir que no dominas ninguna, con Edu me apetecía arriesgarme.

Fui el primero en llegar al restaurante. Estaba de buen humor; pasarse toda la noche y parte de la mañana en la cama con Miriam ayudaba a sentirse contento.

Me encerré en mi despacho y a los pocos minutos llamaron al timbre.

Mientras caminaba para abrir, vi a Edu a través del cristal. Era puntual el tío.

—Hola, llegas pronto.

—Es el primer día, quiero saber cómo funciona esto antes de empezar. —

Cada vez me gustaba más.

—Perfecto; pues ven, que te lo enseño.

Estuve un rato explicándole el funcionamiento de todo. Se mostraba receptivo y, aunque hacía bastantes preguntas, se notaba que sabía de qué iba trabajar en un restaurante. Al salir de la cocina oí la puerta abrirse, debía tratarse de Sara y de la nueva.

Cuando las dos entraron en el salón mis ojos se posaron en Julia. ¿Qué coño se había hecho? No podía creer que la mujer que acababa de entrar en mi restaurante y aquella a la que confundí unas semanas antes con una drogadicta fueran la misma. Estaba preciosa.

Antes de poder hablar, observé que Edu daba dos pasos en su dirección.

—¿Julia? —Vi cómo él le ponía la mano en el hombro.

—¿Edu? ¿Qué haces tú aquí? —Al formular la segunda pregunta la voz de Julia se quebró ligeramente. ¿Era miedo lo que lo había provocado?

—Trabajo aquí, empiezo hoy —le contestó él con una deslumbrante sonrisa.

—Ah, muy bien. ¿Puedes acompañarme un momento a la calle? —

inquirió Julia, y acto seguido lo cogió de la mano y lo sacó del restaurante con bastante premura.

Yo no sabía de qué se conocían, igual habían sido pareja o algo similar.

En un principio pensé que Julia era lesbiana, pero ya sabía —por lo que me comentó Sara, sin que yo le preguntara— que le gustaban los hombres, si bien con esa mujer todo resultaba un misterio.

Mientras salían, se miraban y sonreían de manera extraña, con demasiada complicidad para mi gusto. Noté algo raro en el estómago, así que preferí dejar de observarlos. Sin embargo, me resultó imposible despegar los ojos del culo de Julia, que, embutido en esos tejanos y a pesar de lo delgada que seguía estando, se veía espectacular.

Cuando me giré para irme, vi cómo Sara me observaba con cara rara, así que me fui directo a la cocina.

—¿No vas a decir nada del cambio de Julia? —Ya había llegado a la puerta, pero me paré para contestarle.

—Es una trabajadora más, no tengo nada que opinar.

—Ya. —Cuando me había dado media vuelta para entrar, Sara volvió a hablar—: Marcos...

—¡¿Qué?! —Los comentarios de Sara estaban consiguiendo cabrearme.

—Vigila, no te vayas a resbalar con las babas.

Sara me conocía muy bien y se había percatado a la primera de que Julia me gustaba, creo que lo supo incluso antes que yo.

No le contesté, pero la miré con cara de enfado. Ella se fue riéndose hacia los vestuarios como si hubiera dicho la cosa más graciosa del mundo.

Yo eché un vistazo por última vez fuera del restaurante, justo donde se encontraban Julia y Edu. No tenía que haberlo hecho, porque estaban fundidos en un abrazo bastante efusivo.

22. Ni yo misma lo entendía

No podía creerme que Edu estuviera allí. Me sorprendió muchísimo verlo después de tanto tiempo, era como si perteneciera a otra vida. Pretendía explicarle un montón de cosas y lo único que se me ocurrió fue sacarlo del restaurante para poder hablar sin que nadie más nos oyera. Me daba miedo que, si nos quedábamos dentro, se le escapara algo delante del jefe. No entendía bien el motivo, pero no deseaba que Marcos conociera nada de mi vida anterior.

—¿Qué haces aquí, Julia? —me dijo nada más poner un pie en la calle.

—Eso mismo me pregunto yo. —No le contesté porque necesitaba ganar tiempo para poner mis pensamientos en orden.

—Me cansé de trabajar en la cocina del hotel, ya sabes cómo funcionaba, y encima cuando te marchaste pusieron a otra persona en tu lugar que hizo mi labor mucho más difícil. Mandé unos cuantos currículos y, al recibir la llamada de Marcos, no me lo pensé dos veces. —Edu y yo compartimos muchos días de trabajo en el hotel. Era un tío increíble, con el que resultaba muy fácil trabajar, conectamos desde el primer momento.

—¿Y tú? ¿Qué haces aquí? Desapareciste sin decir nada, ni siquiera te despediste de mí. —Hubo cierto matiz de tristeza en su voz.

—Lo siento, de verdad… Es complicado… Prometo explicártelo todo en cuanto tengamos un rato libre, ahora no es el momento. —No pude despedirme de él porque mi huida fue totalmente precipitada. Quería contarle lo que me pasó, por lo menos una gran parte, pero debía esperar, era una larga historia y teníamos que entrar ya a trabajar.

—Vale, pues mañana te invito a desayunar y me cuentas. —Edu tenía una sonrisa preciosa.

—De acuerdo, ¿te importa si viene Sara? —Lo vi dudar unos instantes

—No, claro que no. —Me atrajo hacia él y nos fundimos en un reconfortante abrazo—. Me alegro de volver a verte.

—Y yo.

Entramos en el restaurante bromeando y con las manos aún entrelazadas.

Marcos sacó la cabeza por la puerta de la cocina y gruñó (cosa bastante habitual en él).

—Julia, a mi despacho. Ahora. —Por lo visto esa frase le encantaba, aunque esa vez sonó mucho más autoritaria que el resto de las ocasiones que la pronunció. Puse los ojos en blanco.

Me dirigí caminando sosegadamente hacia el despacho de Marcos; a diferencia de otros momentos, mantenía mi cabeza bien alta. A ver qué quería ahora. Me giré para comprobar si venía detrás y noté que sus ojos permanecían fijos en mi culo. Levanté una ceja al mirarlo y él bajó la cabeza, un gesto nada normal viniendo de Marcos. Por el momento iba ganando yo, ya veríamos qué pasaría una vez que entráramos en su terreno.

Cerró la puerta con delicadeza y se sentó tranquilamente en su silla.

—Siéntate, Julia.

—No me apetece.

—De acuerdo. Solo te he hecho venir porque pretendo advertirte sobre algo. No consiento líos en el trabajo. Si la cosa termina mal acabáis trayendo los problemas aquí, y no me gusta que mi negocio se vea salpicado por eso.

—No entiendo lo que quieres decir. —Lo había captado perfectamente, pero no podía creer que fuera eso lo que estuviera insinuando.

—No te hagas la tonta conmigo, que sé que no lo eres. ¿Primero Sara y ahora Edu?

—Entre Sara y yo no hay nada, aunque no creo que eso te importe y no sé dónde quieres ir a parar exactamente. —«Vamos, dilo sin rodeos», pensé.

—Entre Sara y tú quizá no, pero por lo visto con Edu es otra historia,

¿no?

—Eso es algo que no te incumbe, y sigo sin comprender qué quieres decirme. —Lo entendía muy bien, pero quería oírlo de su boca.

—Que, si Edu y tú queréis follar o salir o lo que os dé la gana, no toleraré que eso salpique a las horas en las que estáis trabajando.

Por fin fue directo y lo soltó sin ambages. Intenté serenarme, pero una rabia intensa empezó a recorrer mi cuerpo. Apoyé mis manos sobre la mesa y acerqué mi cara todo lo que pude a la suya. Aunque la camiseta no era muy abierta, sabía que en esa posición le mostraba una visión completa de mi escote. Me daba igual.

—Primero, que yo follo o salgo o lo que sea con quien quiero y tú no eres nadie para decirme lo que debo hacer. Que yo sepa no he firmado ningún papel en el que se me prohíba salir con compañeros de trabajo. Y segundo, que para follar hacen falta dos y en esta habitación solo estoy yo; ¿por qué no está la otra parte implicada?

—Porque quería decírtelo a ti. —Su voz titubeó y supe que lo tenía donde pretendía.

—Pues te has equivocado de persona, y no lo digo por Edu, lo digo

porque soy tu empleada y te estás tomando conmigo unas libertades que no tocan.

—No quiero follones en el trabajo.

—Pues da ejemplo y aplícatelo tú. —Me miró sorprendido.

—¿Por qué lo dices?

—Primero, porque te has acostado con Sara, y segundo, porque quieres hacerlo conmigo.

No sé cómo fui capaz de soltar aquello, pero tenía la certeza de que si no quisiera llevarme a la cama no estaría haciéndome esa especie de interrogatorio.

En sus ojos vi rabia y asombro. Decidí que era el momento de retirarme.

Marcos tenía una manera de mirarme tan intensa que hacía que las piernas me fallaran.

Antes de llegar a la puerta sus manos cayeron sobre ella, una a cada lado de mi cabeza. Estaba acorralada por él. Y, lejos de asustarme, la proximidad de su cuerpo en mi espalda consiguió un efecto muy diferente en mí.

—Lo siento, Julia. No sé qué me pasa contigo. —Su voz era apenas un susurro y su aliento rozó mi cuello haciendo que me estremeciera.

No quería darme la vuelta, ya que me quedaría justo de cara a él y no estaba segura de lo que pasaría después. Bajó una de sus manos y la posó en mi cintura haciendo que su dedo pulgar rozara mi piel por debajo de la camiseta. La piel se me erizó.

—Marcos, será mejor que me dejes salir. —Mi voz sonó entrecortada.

Él bajó la otra mano, dejándome libre la puerta para que la abriera cuando quisiera. Pero no conseguía moverme de donde estaba. Algo que no lograba comprender me atraía hacia él.

Di la vuelta con lentitud y me quedé frente a Marcos. En su mirada había fuego y me perdí en ella. Puse mi mano sobre su mejilla, la barba de pocos días me pinchó ligeramente. Lo acaricié y fui acercándome despacio. Él no se movió. Apenas quedaban unos centímetros para unir nuestros labios y la respiración de Marcos se

aceleró, la mía llevaba acelerada desde el primer contacto. Estaba a punto de besarlo cuando unos golpes en la puerta me sobresaltaron.

—Marcos, haz el puñetero favor de dejar salir a Julia ya. Vamos tarde. —

La voz de Sara consiguió que reaccionara y abandonara esa especie de trance en el que me encontraba absorta.

Abrí la puerta y me fui disparada hacia los vestuarios. Lo que acababa de pasar con Marcos era algo que ni yo misma entendía.

23. El desayuno

Esa mañana me desperté pronto. Cuando entré en el salón, Sara ya estaba sentada en el sofá con una café en las manos.

—Qué madrugadora. —Ese comentario hizo que me ruborizara. Sabía que Sara no lo había dicho con doble sentido, pero me sentí como una perezosa. Ella se dio cuenta y como si me hubiera leído el pensamiento continuó hablando—: Me encantaría poder quedarme en la cama o dormir hasta tarde, pero cuando abro un ojo soy incapaz de permanecer en ella. No sabes la envidia sana que me produces. —Me guiñó un ojo y mi incomodidad se esfumó.

Observé la taza que bebía; se la llevaba a los labios con lentitud, saboreando cada trago, su cara se transformaba con cada sorbo. En ese instante se me encendió la bombilla y me acordé de algo.

—Vamos a desayunar con Edu, ¿te acuerdas? —Por lo visto lo había olvidado.

—Sí, pero necesitaba un café para ser persona y poder mantener una conversación sin gruñir. —Cómo la entendía.

—¿Ha sobrado un poco? A mí también me vendría bien.

—Sí, en la cocina está la cafetera.

Me dirigí hacia allí y me serví una buena taza de bebida mágica. A mi mente vino la imagen de Lupe, con Ignacio diciéndole que fuera ella la que me sirviera el café. Un escalofrío me recorrió; intenté sacar ese pensamiento de mi mente, no había cabida para él. Ahora tenía trabajo, un techo y a Sara, y no deseaba que aquel mal recuerdo empañara mi nueva vida.

Apuré con rapidez el líquido y volví al salón.

—Pues me visto y salimos. —Sara no contestó, pero asintió con la cabeza.

Elegí unos tejanos cortos y una camiseta negra, bastante estrecha para mi gusto, pero no estaba yo para ponerme tiquismiquis con la ropa.

Sara llevaba una minifalda tejana con bambas y una camiseta mucho más apretada que la mía, si eso era posible. Su pelo se veía incluso más fucsia, había ido a la peluquería hacía unos días y eso hizo que el color resultara más intenso. Se maquilló ligeramente y estaba preciosa. Como siempre.

Íbamos bien de tiempo, por ello decidimos caminar hasta la cafetería donde habíamos quedado con Edu. Durante todo el trayecto no paramos de hablar de diferentes cosas.

—No a todo el mundo le queda bien ese color de pelo —le dije a Sara en un momento de la conversación en el que nos centramos en la apariencia.

—Bah, eso son chorradas, te queda bien con lo que te sientes cómoda. Si te pones este color y estás pensando todo el tiempo que no te queda bien, eso es exactamente lo que transmites.

—Supongo que sí. Oye, Sara, ¿no sales con nadie? —Cambié radicalmente de tema, pero sentía curiosidad y parecía una pregunta tabú, ya que ninguna de las dos la había formulado antes.

—¿Y tú, Julia?

— *Touché.* Lo siento, no era mi intención…

—Julia, es broma. Si no hablamos entre nosotras de esto, ¿con quién pretendes hacerlo?, ¿con Marcos? —Sara me miró de una forma extraña y casi me atraganté con mi propia saliva—. Ahora mismo no salgo con nadie.

La relación con el último tío con el que estuve fue complicada. Cuando le dije que también me gustaban las tías, dio por hecho que me iban los tríos, y no es mi caso. He mantenido más relaciones con hombres, pero me he acostado con alguna mujer que también me ha atraído, aunque prefiero hacerlo de uno en uno. —Sara me guiñó un ojo. Hablaba como si no le afectara, pero yo sabía que no era así.

—Lo has pasado mal, ¿eh?

—Claro que lo he pasado mal; no obstante, lo pasé mucho peor en el pasado, te lo aseguro. Aunque ese tío me gustaba, pero bueno… Si una persona no es capaz de aceptarme como soy, es que no es para mí.

—Amén, hermana.

Las dos sonreímos y continuamos caminando en silencio. Cuando casi habíamos llegado, Sara volvió a hablar:

—¿Qué hay entre tú y Edu? —La miré sorprendida.

—Nada, somos amigos.

—Puede que tú seas su amiga, pero te aseguro que él no te mira como tal.

Ya le había explicado a Sara de qué conocía a Edu y cuál era nuestra relación. La pregunta me dejó algo descolocada.

No pude contestarle porque llegamos a la cafetería donde Edu nos esperaba. Se acercó al vernos y nos saludó. Al sentarnos en una de las mesas libres, un silencio algo incómodo nos acompañó durante unos instantes.

—¿Desde cuándo te quieres follar a Julia? —Se me desencajó la mandíbula, prefería infinitamente más el silencio incómodo a la pregunta que acababa de soltar Sara.

—Perdón, ¿cómo dices? —Edu parecía tan alucinado como yo.

—No te hagas el tonto conmigo. Ya me has oído; igual tú no eres consciente, pero yo sí he notado cómo la miras.

—Sara, creo que esa pregunta está fuera de lugar. —Lo dije mientras la miraba intentando mostrarme severa, pero estaba convencida de que no me había salido muy bien. Sara era mi niña mimada y me veía incapaz de regañarla con dureza.

—Vaya, ya veo que lo tienes todo, porque además de lista eres muy observadora. —Edu no hizo ni caso a mi comentario y se dirigió a Sara. No era un piropo, la voz de él bajó hasta sonar casi fría.

—Lo sé, soy un dechado de virtudes —aseveró ella con clara ironía.

—Sí, estoy seguro. —Se miraron con desafío y con algo más que no

supe identificar.

No podía volver a abrir la boca, la conversación me parecía surrealista.

Daba la sensación de que Sara y Edu se retaban con las miradas. Menos mal que se acercó el camarero y, después de pedir, fui capaz de recuperar el habla.

—Y dime, Edu, ¿qué tal estás?

—No he venido a hablar de mí, creo que eras tú la que tenía muchas cosas que contarme. —Sara resopló y cuando me giré hacia ella vi que se levantaba de la silla dando un bote.

—Mirad quién viene por ahí… —Sara empezó a hacer aspavientos con las manos. Al girarme vi a Marcos dirigirse hacia nosotros con cara de mosqueo, es decir, su semblante habitual. Pude percibir el momento exacto en el que analizó la situación. Miró alrededor intentando encontrar algo que le hiciera cambiar de dirección para no encontrarse con nosotros, pero ya estaba demasiado cerca y hubiera resultado de una mala educación extrema.

Aunque viniendo de Marcos…

—Hola, ¿qué tal? —Su voz sonó carente de todo entusiasmo.

—Pues aquí estamos; yo, por lo visto, aguantando la vela, así que siéntate con nosotros y de esa forma la cosa estará más equilibrada. —Sara retiró una silla y se la ofreció a Marcos.

Él puso cara de horror, pero agarró la silla que le ofrecía Sara y se sentó entre ella y yo. Lo último que me apetecía era tenerlo tan cerca.

—Bueno, Julia. Pues explícame, ¿qué pasó con Ignacio?

Noté los ojos de Marcos sobre mí. No quería hablar de mi vida anterior delante de él, pero parecía que no me quedaba más remedio que contestar algo si quería seguir siendo educada.

—Lo dejamos. —No era del todo cierto, pero no me apetecía profundizar en lo que pasó.

—¿En serio? Vaya, hacíais muy buena pareja, aunque había algo en él que nunca acabó de gustarme —comentó Edu encogiéndose de hombros.

—Qué sorpresa... —Sara no parecía ella, ¿de dónde sacaba tanto sarcasmo? ¿Y por qué su voz transmitía amargura y resentimiento?

También lo hacía con Vicenta, pero la manera de hablar que utilizaba con Edu no tenía nada que ver, porque, por muchas pullas que le soltara a su vecina, siempre había un fondo agradable y de amor. Con Edu se mostraba irascible y maleducada—. ¿Ya te la querías tirar cuando estaba con su ex?

—¡Sara! —Quise que la tierra me tragara.

—¿Qué quieres, Julia? Solo siento curiosidad. —Sara me miró con los mismos ojillos que ponía el gato de Shrek.

Marcos parecía ajeno a la conversación, se comía el bocadillo que había pedido mientras nos miraba como si estuviera viendo un programa de televisión.

—¿Siempre eres así de maleducada? —Edu se puso serio de verdad.

—Esto no es tener mala educación, esto es ser sincera.

—Pues si hay que ser sinceros que por mí no quede —respondió Edu mirando a Sara a la cara. A continuación, siguió hablando sin retirar la vista de ella—: Julia me atrajo desde el primer momento en que la vi, era una mujer preciosa. Lo sigue siendo, aunque ahora está algo cambiada. —Qué educado, ahora estaba mucho peor que cuando él me conoció—. Pero era la pareja de mi jefe y no soy de los que se meten en medio de una relación.

Sara permaneció callada unos instantes, como si estuviera sopesando las palabras de Edu.

—Pues ahora tienes vía libre —intervino mi amiga.

—Lo sé —corroboró Edu, y se recostó hacia atrás en la silla sin dejar de mirar a Sara.

—¿Eras la pareja de su jefe? —Marcos habló por primera vez desde que se sentó.

—Sí. —No supe qué más contestar. Él se levantó de la silla como si esta quemara.

—Tengo que irme —aclaró, clavando su mirada en mí.

—Me voy contigo, dejo a estos dos tranquilitos —dijo Sara sacándole

la lengua a Edu. Marcos y ella se marcharon sin ni siquiera decir adiós.

—Vale, ahora que por fin se han ido, explícamelo todo. —Edu se inclinó hacia mí para prestarme toda su atención, y por segunda vez desde que Ignacio me dejó en la calle conté mi historia. Edu no me interrumpió en ningún momento, aunque su cara de horror a medida que yo hablaba me lo decía todo.

—No puedo creer que te echara a la calle. ¿Por qué no me llamaste?

—No tenía ni tu móvil, ni tu dirección…, nada. —En realidad, ni siquiera se me pasó por la cabeza llamar a ninguno de los empleados de Ignacio.

Habían sido compañeros míos, pero desde que entré a trabajar me vieron como la pareja, enchufada, del jefe. Aunque era verdad que con Edu siempre me llevé bien.

—Siento mucho que tuvieras que pasar por todo eso. —Su voz sonaba sincera.

Sí, yo lo sentía más que nadie, pero me daba la sensación de que aquello pertenecía a una época lejana de mi vida. Quizá eran las ganas que tenía de borrarlo de mi cabeza.

Edu y yo continuamos hablando de todo, hasta que nos dio la hora de comer. Decidimos cambiar de local y almorzar juntos.

Con Edu me sentía bien. Era agradable estar cómoda con alguien del sexo opuesto. Con Marcos siempre me encontraba tensa o enfadada, no quería pensar demasiado en por qué mi cuerpo reaccionaba así en su presencia.

24. Cuando mi vida cambió

Caminaba a paso rápido y a Sara le estaba costando seguir mi ritmo. La cabeza iba a explotarme de un momento a otro. Cuando Julia entró por primera vez en el restaurante lo último que pensé fue que tuviera una vida acomodada. ¿Quién era esa mujer? Cuanto más sabía de ella, menos cosas me encajaban.

—Quita esa cara de mosqueo. —Finalmente, Sara me alcanzó.

—No estoy mosqueado.

—Lo que tú digas, pero tu expresión no dice lo mismo. Ya puedes dejar de fingir conmigo. Te gusta Julia, no pasa nada. —Se encogió de hombros como si hubiera dicho una obviedad.

—¿Tú estás loca? ¿Cómo puedes pensar que me gusta… esa? —La última palabra la escupí.

—Porque te conozco. —Me callé durante un momento, a Sara no podía engañarla.

—No es eso, simplemente me gustaría meterla en mi cama.

—En estos momentos de tu vida, para ti las dos cosas significan lo mismo. Meter a las tías en tu cama es lo más parecido que estarás nunca de tener una relación.

—Ya he tenido más de una relación y no pienso volver a caer.

—Pues sigue con la vida que llevas, es genial. Jodidamente vacía, pero maravillosa. —Enfatizó la ironía en cada una de las palabras que pronunció.

—Me gusta mi vida, estoy feliz con ella. —¿Lo estaba?

—No te engañes; has elevado unas barreras con las que te sientes cómodo y protegido, cosas que no tienen nada que ver con la felicidad.

—Por cierto, Sara, ¿sabes quién es el ex de Julia? —Decidí cambiar de tema o al final Sara me soltaría un sermón.

—Sé muchas cosas de Julia y no pienso contarte ninguna, pero como le hagas daño te arrancaré las pelotas.

—Vaya, pensaba que tu amigo era yo.

—Y lo eres, pero eso no quita que seas un capullo con las mujeres.

—Sabes que no es verdad, yo dejo claro lo que quiero y lo que espero desde el principio.

—Lo sé, pero creo que Julia es incapaz de separar el sexo del amor.

—Pues en el siglo en el que vivimos debería aprender. —Sara me miró con tanta seriedad que me arrepentí de haber dicho eso. Pero continué hablando y seguí metiendo la pata, cosa muy propia de mí—: Si es así, espero que no se acueste con Edu. —Sara se paró y comenzó a reír a carcajadas, miedo me daba. Cuando se le pasó, se acercó hasta mí—. ¿Se

puede saber de qué te ríes?

—De ti. En fin, ya te darás cuenta tú solito. Pero voy a aclararte algo, porque parece que no te enteras de nada: a Julia no le gusta Edu. Sin embargo, está en un momento de su vida tan vulnerable que no me extrañaría nada que acabara acostándose con él. —Imaginarme a Edu y a Julia en la misma cama despertó un sentimiento en mí que llevaba mucho tiempo dormido.

—Bueno, que haga lo que quiera.

—No vayas de machito frío e insensible conmigo. Te conozco desde hace mucho y hasta cierto punto te entiendo, de verdad que sí. Lo que nos pasó fue una putada, pero deberías empezar a superarlo.

—Está más que superado. —Intenté que mi voz sonara con toda la seguridad posible.

—Y una mierda; pero, si eres incapaz de reconocerlo frente a mí, por lo menos deberías hacerlo contigo mismo.

—Sabes que no me gusta hablar de eso. —Aceleré aún más el paso, aquel tema me ponía de los nervios. A Sara no le costó alcanzarme.

—Lo sé, llevas dos años evitando hablarlo, pero creo que ya es hora de que lo afrontes.

—Y tú, ¿lo has superado? Lo tienes tan superado que eres incapaz de mantener una relación de más de dos meses con alguien. —Lo dije a modo de acusación y nada más soltarlo me maldije a mí mismo. Lo último que pretendía era hacerle daño a Sara, a ella nunca.

—Por lo menos lo intento. —Su voz sonó algo triste, me entraron ganas de abrazarla.

—Yo también lo intento.

—No me hagas reír; tú lo único que haces es satisfacer tus apetitos sexuales, sin sentimientos y sin afecto de por medio, ya no hablemos de amor.

—No quiero volver a enamorarme, nunca. —Sabía que era una afirmación inmadura e infantil, pero lo sentía así.

—Eso no depende de ti, lo sabes.

—Pues haré todo lo posible por evitarlo. —Me estaba enfurruñando aun

sabiendo que Sara tenía razón, pero no sería yo quien se la diera.

Sara sonrió de una manera muy peculiar que me hizo soltar un gruñido.

Últimamente siempre gruñía; ¿en qué momento me convertí en una persona tan arisca?

Para esa pregunta tenía la respuesta. Era así desde hacía exactamente dos años. Desde que mi vida cambió por completo.

25. Maldita noche

Dos años antes

Ese día me sentía especialmente contento. Acababa de llegar al restaurante para que Noelia pudiera irse a casa. Intentábamos compaginar nuestros horarios para descansar más, aunque nos viéramos algo menos.

Con un gesto de cabeza saludé a Sara, que siempre estaba en mi turno.

Me gustaba trabajar con ella, nos entendíamos.

Me metí en la cocina y me puse a trabajar sin dejar de pensar que cuando llegara a casa, unas cuantas horas más tarde, Noelia estaría allí, como cada noche. Era bonito saber que alguien me esperaba al volver del trabajo.

Pasaríamos el día siguiente fuera, ya que librábamos. Los días que no teníamos que trabajar intentábamos hacer siempre algo diferente: salíamos de la ciudad y visitábamos pueblos o simplemente paseábamos por la montaña. A nosotros nos gustaba decir que nos íbamos «de excursión». Nos encantaba prepararlo y organizarlo todo, una lástima que solo tuviéramos un día a la semana para hacer esas escapadas. Eso sí, las disfrutábamos mucho.

*

La noche estaba yendo estupendamente, hasta que hubo un apagón. Se fue la luz de toda la calle y cuando volvió, dos horas después, el restaurante estaba completamente vacío. Así que decidí que ese día cerraría antes, a esas horas ya no iba a entrar nadie.

—Marcos, ¿te importa que espere a Toni en tu casa? Aún faltan más de dos horas para que venga a buscarme y no quiero esperarlo en la calle —

me explicó Sara.

—No entiendo por qué se empeña en venir a recogerte, ya son ganas.

Podría acompañarte yo hasta la puerta de tu casa —le respondí.

—Se lo he dicho mil veces, pero le hace ilusión al chico, qué le vamos a hacer. —Sara puso cara de idiota, y es que estaba coladita por Toni.

—Sí, yo también se lo he comentado, pero dice que no le cuesta nada. —

Me encogí de hombros—. Claro que puedes venirte, sabes que por mí no hay problema. Puedes dormir un rato en mi sofá. —Tenía ganas de llegar a casa y hacerlo con Noelia, pero con Sara allí me tocaría esperar hasta el día siguiente. Aunque no me importaba en absoluto, es más, me gustaba ayudar a Sara.

Nos fuimos caminando hasta mi casa, Sara iba explicándome una anécdota que había presenciado un par de noches antes en el restaurante y de la que ya no logro recordar absolutamente nada.

Lo único que no soy capaz de olvidar fueron los sonidos que oí al abrir la puerta de mi casa. Al principio me asusté. Imaginé que algo malo le pasaba a Noelia y salí corriendo hasta llegar al comedor, donde me quedé completamente paralizado: había una pareja que se lo estaba montando contra la pared de mi salón.

Tardé en reaccionar y solo lo hice cuando oí el grito desgarrado que salió de la garganta de Sara. La vi dirigirse hacia donde estaba Noelia y acto seguido ponerse a darles puñetazos. Mis piernas, de modo casi automático, me acercaron a ella y la agarré, más por inercia y por mantenerme ocupado que por haber reaccionado ante la situación. Al apartar a Sara pude ver que el tío que se estaba tirando a Noelia era Toni.

Putas coincidencias de la vida. Los presentamos nosotros y habíamos salido muchas veces los cuatro juntos. Un montón de imágenes de todos los

momentos vividos empezaron a pasar por mi cabeza, pero Sara se movía entre mis brazos como una culebra, así que la saqué de allí porque estaba a punto de darle un ataque de ansiedad. Cuando llegamos a la calle centré toda mi atención en ella, no quería pensar en nada más.

—Sara, respira, tranquila. —Mi voz transmitía más calma de la que yo mismo sentía.

—¡Y una mierda! Yo los mato, joder. Noelia era mi amiga y él, él…

—¡Respira! Escúchame. Vas a respirar profundamente y vamos a subir ahí

arriba a que nos den una explicación.

—Marcos, que respire tu abuela. —Sara tenía la cara desencajada—. Si subo ahí arriba me sacan esposada, porque les pego. No quiero hablar con ellos, ¿acaso no te ha quedado claro? ¿Qué mierda de explicación necesitas?

—Necesito respuestas. ¿Desde cuándo? ¿Por qué?

—Y eso qué más da. A mí lo único que me interesa es que estaban follando como animales en tu casa, porque sabían que nosotros estábamos trabajando y no llegaríamos hasta dos horas más tarde. Me importa una mierda desde cuándo lo estén haciendo. Me han engañado, los dos, y no quiero volver a verlos. Nunca.

Estuve un rato intentado hacer que respirara, resultaba curioso que tuviera que ser precisamente yo quien la tranquilizara. Cuando me aseguré de que estaba más calmada, la metí en un taxi y la envié a casa de una amiga.

Yo sí volví a pedirles la explicación que tanto parecía necesitar, pero, como dijo Sara, no sirvió de nada. Bueno, en realidad sirvió para hundirme aún más y darme cuenta de que acababan de romperme el corazón.

Subí por las escaleras para tomarme mi tiempo y pensar lo que quería preguntar e intentar estar preparado para lo que iban a contestarme. Lo sé, en aquella época era un ingenuo.

Cuando llegué habían tenido el detalle de vestirse y, como si supieran que regresaría, estaban sentados en el sofá, esperándome. En lo primero que me fijé fue en sus manos, fuertemente agarradas. Una intensa rabia me asaltó de forma tan brusca que me asusté.

Lo que me pareció más curioso fue el hecho de que me hubiera afectado más verlos cogidos de las manos que follando contra la pared de mi salón.

Me senté frente a ellos; por el rostro de Noelia empezaban a deslizarse unas lágrimas. No me dio ninguna pena, pero me sorprendí por el impulso de querer limpiárselas.

Me recliné en el sillón y no hizo falta preguntar nada, Toni empezó a hablar.

Llevaban meses viéndose, nos estuvieron engañando a Sara y a mí durante semanas. Los dos lloraban mientras me explicaban cómo pasó.

—Nos hemos enamorado, amigo, no podíamos hacer nada contra eso. —

No lo dijo con desafío ni con prepotencia, fue más bien la confirmación de un hecho, pero me entraron ganas de partirle la cara.

—Primero, yo no soy tu amigo. Ya no. Y segundo, sí podríais haber hecho algo. Deberíais habernos dejado a Sara y a mí y luego hacer lo que os diera la gana.

Mis ojos no podían dejar de mirar a Noelia, que lloraba desconsoladamente. No me devolvió la mirada en ningún momento. Yo estaba locamente enamorado de ella y me había mentido y engañado.

Decidí salir de allí antes de que mi paciencia se agotara (ya se encontraba al límite) e hiciera alguna tontería. Lo único que le pedí a Noelia fue no volver a verla.

A la mañana siguiente, ella recogió sus cosas y se fue de nuestra casa.

Recuerdo que ese día recorrí todas las habitaciones una y otra vez, sintiendo el vacío de su ausencia y de cada una de las cosas que se llevó.

Mi casa ya no parecía la misma, era como si con ella se hubiera llevado su esencia.

Siete días después me enteré, por un cliente del restaurante, que Noelia estaba viviendo con Toni. La manera que tuvo de decírmelo hizo que constatara el poco tacto y lo poco discreta que puede llegar a ser la gente.

Sara había vivido en casa de Toni mientras estuvo saliendo con él, así que me pidió venir a la mía hasta que encontrara un piso de alquiler. Una semana más tarde, justo el día que nos enteramos de que ellos ya vivían juntos, y después de beber más de la cuenta, acabamos acostándonos. Lo hicimos más por desahogo y venganza que por otra cosa, pero nada más levantarnos decidimos que no volvería a pasar jamás y quedamos como buenos amigos. Al poco tiempo Sara se fue de mi casa para compartir piso con otra chica, y yo me quedé completamente solo.

Noelia y yo, además de pareja, éramos socios en el negocio. Llegamos a un acuerdo y tuve que pedir un préstamo y endeudarme hasta las cejas para poder comprarle su parte.

A partir de ahí me centré en mi trabajo y durante bastante tiempo viví por y para mi restaurante. Hacía un año que había conseguido llevar una existencia más o menos normal. Volví a salir con tías y de momento no quería cambiar mi modo de vida por ningún otro. Me costó mucho levantarme después de ese palo y no estaba dispuesto a volver a pasar por lo mismo.

No quería entregar mi corazón a nadie. Nunca volvería a enamorarme y, aunque Sara dijera que no dependía de mí, haría todo lo posible por conseguirlo.

26. Me había perdido algo

Cuando llegué a casa, Sara estaba tumbada en el sofá. Me senté en un ladito y la miré con curiosidad.

—¿Qué te ha pasado hoy? —le pregunté con voz dulce.

—Lo siento, Julia, de verdad. Es que Edu me recuerda a alguien a quien llevo mucho tiempo intentando olvidar. Pero eso no es excusa, me he comportado de una manera horrible y te he hecho sentir mal a ti, que era lo último que pretendía.

—No te preocupes por mí, simplemente me ha extrañado tu conducta.

Normalmente eres la persona más simpática y agradable que conozco, por eso te propuse que me acompañaras, por si me encontraba incómoda con Edu, ya que hacía mucho tiempo que no lo veía.

—Pues habrás comprobado que no ha sido una buena idea. ¿Ya estáis saliendo?

—No tengo ninguna intención de hacerlo, lo que me gustaría averiguar es por qué a ti te afecta tanto que salga o no con Edu. —Estaba claro que Sara sentía cierto interés por Edu, solo hacía falta que ella se diera cuenta.

—No me afecta en absoluto. Además, nunca me liaría con un tío que está loco por ti.

—No creo que Edu esté loco por mí. Simplemente le gusté hace mil años, supongo que pasar tanto tiempo juntos tuvo algo que ver. Pero ya no soy la persona que él conoció y dudo mucho que siga sintiendo lo mismo.

—Quizá no se trate de un sentimiento muy romántico, pero quiere meterse entre tus piernas, eso te lo aseguro.

—¡¡Sara!!

—¡¡Julia!! No te escandalices por eso, no pasa nada.

—Ya lo sé, pero no hace falta hablar así.

—Vale, pues a Edu le encantaría llevarte a cenar, ver las estrellas y la luna, dar un paseo agarrados de la manita… y luego follar contigo.

Me dio la risa, no pude aguantarme; Sara no tenía remedio. Me tumbé encima de ella y le di un sonoro beso en la mejilla.

—Me voy a la ducha, petarda.

Iba bien de tiempo, por lo que disfruté del agua templada recorriendo mi cuerpo. Al salir me sentía como nueva, pero cuando miré el reloj me percaté de que había pasado más tiempo del necesario bajo la ducha, así que tenía que darme prisa, era casi la hora de salir para el trabajo. Era martes (día normalmente flojo) y esa noche no habría demasiada faena, así que se haría larga. Las jornadas de ese tipo no me gustaban, porque el tiempo siempre pasaba más rápido cuanto más ocupada estaba.

*

Como ya imaginé, había poco que hacer en el restaurante. Así que Edu entró en la cocina para ayudar a Marcos a recoger y limpiar, y yo me encargué de organizar el almacén.

Llevaba un buen rato cambiando cajas y haciendo recuento de lo que teníamos y lo que debíamos pedir cuando oí un carraspeo detrás de mí.

Mi posición no era la más adecuada, me había agachado a buscar una botella que se coló debajo de una caja y tenía el culo completamente en pompa. Casi recé para que no fuera Marcos el que estuviera en la puerta.

Pero ¿desde cuándo a mí me hacía caso ningún dios? Cuando salí de allí y miré a Marcos a los ojos, estos eran una mezcla de diversión y deseo. De pronto el almacén me pareció demasiado pequeño.

—Necesitaría que miraras también las neveras. —Su voz sonó algo ronca, o quizá solo me lo pareció a mí.

—En cuanto acabe aquí me pongo con las neveras. Jefe. —No quise decirlo en ese tono, pero cuando la palabra «jefe» salió de mi boca sonó de

lo más sugerente.

Antes de que me diera tiempo a reaccionar, Marcos dio dos zancadas y se puso a mi lado.

—No utilices ese tono conmigo.

—No sé de qué me hablas.

—Lo sabes perfectamente. —Pasó su mano por mi cuello y se acercó a mí. Pegó sus labios a mi oído—. No juegues con fuego, Julia, si no quieres quemarte. —Fue un susurro tan sensual que las piernas me fallaron, pero cuando me dio un beso justo debajo de la oreja tuve que apoyarme en una de las estanterías para no caerme.

Se apartó poco a poco de mí y en el momento en que nuestros ojos se cruzaron algo cambió en los suyos. No supe identificar de qué se trababa, pero me hice una idea con sus siguientes palabras.

—Aunque creo que eres de esas a las que les gusta quemarse... No sería el primer jefe con el que te lías, ¿verdad?

Todo el calor que segundos antes recorrió mi cuerpo desapareció, fue como si me hubiera echado un jarro de agua fría. Por un momento me quedé sin palabras, pero después pensé que estaba cansada de callar.

—Me encanta quemarme. —Me acerqué a él poco a poco y acaricié su brazo mientras le hablaba. A diferencia de lo que me pasaba con Ignacio, junto a Marcos me sentía fuerte—. Aunque mi anterior jefe conseguía incendiarme muchísimo más de lo que tú lo conseguirás jamás. —Si él supiera.

Marcos se apartó de mí como si mi mano quemara. Durante un instante vi cierto dolor en sus ojos, pero se recolocó con rapidez y esperé a que volviera a atacar. Aunque no lo hizo. Simplemente se dio media vuelta y desapareció por la puerta sin decir nada. Sabía que me había perdido algo, pero no tenía ni puñetera idea de lo que era.

27. El beso

Habían pasado un par de meses desde que Sara me encontrara en la calle.

Mi vida cambió de tal manera que en ocasiones me daba pavor volver a quedarme sin nada; por mucho que Sara insistiera en que eso no volvería a pasarme, era un miedo difícil de ahuyentar.

Ya casi tenía el mismo peso que antes de verme viviendo en la calle,

por lo cual podía ponerme toda la ropa que me dio Vicenta en su día. Pero lo más importante era que poco a poco iba recuperando la autoestima y volvía a ser yo misma.

Todos los domingos cocinaba un pastel para Vicenta y en esos momentos era consciente de lo que echaba de menos dedicarme a la repostería.

Trabajar en el restaurante era fantástico, un auténtico regalo, pero lo mío siempre fue estar en la cocina.

Mi relación con Sara se afianzó a pasos agigantados y ya la consideraba una amiga; de hecho, la mejor amiga que tenía, o más bien la única.

Vicenta también se convirtió en una pieza clave en mi vida, y es que cada domingo dudaba más que me hubiera pedido los pasteles a cambio del favor que me hizo en su día. Se sentaba frente a mí y soltaba frases del tipo: «has nacido para la repostería, ¿te has planteado alguna vez dedicarte a esto?»;

«cuando cocinas te cambia la cara, deberías apostar por ti…». Y un sinfín de comentarios que me daban alas, aunque entendía que en esos momentos no podía arriesgarme a nada y tener un trabajo real era lo más importante para mí. Gracias a ese trabajo pude ahorrar algo de dinero que, aunque era una miseria, me daba cierta seguridad.

Ese día me esmeré más de lo normal con el maquillaje y el pelo.

Resultaba curioso: cuanto mejor me veía, más ganas tenía de arreglarme.

Sara y yo salimos, como cada noche, riendo y hablando de todo un poco.

Había comenzado a hacer frío y caminábamos ligeramente encogidas. Al llegar el restaurante, Marcos y Edu nos esperaban en el salón. Mi relación con Edu era cordial, quedábamos de vez en cuando, pero no pasábamos de ahí. De momento no tenía ganas de estar con ningún hombre y él jamás me insinuó nada. Nos veíamos como amigos. Nada más.

Mi trato con Marcos era completamente nulo; después del incidente en el almacén no volvimos a hablar, y mucho menos a estar solos. Nos dirigíamos la palabra para comentar cosas relacionadas con el trabajo y poco más.

Esa noche, al entrar en el restaurante, noté cierto nerviosismo. Era difícil de explicar, pero los compañeros se encontraban alterados. Supe que no me había equivocado cuando Marcos caminó hasta nosotras con cara seria y nos lo explicó.

—Os estábamos esperando. Hoy viene a cenar una persona importante, así que necesito a Edu en la cocina conmigo. Julia, ¿puedes venir un momento a mi despacho? —Lo soltó todo de carrerilla y dijo la última frase sin mirarme a los ojos.

—Sí, claro. —Hacía mucho tiempo que no hablábamos a solas.

Caminé detrás de él y la vista se me fue, sin querer, hasta la parte baja de su espalda. Era gilipollas, pero tenía que reconocer que bueno estaba un rato.

Marcos se puso a un lado y me hizo pasar. Entré con cierta incomodidad, no me apetecía estar a solas con él. Cuando estuve dentro cerró la puerta suavemente.

—Siéntate. —A diferencia de otras veces, su voz no sonó brusca, aunque tuve la sensación de que se estaba conteniendo.

Una vez que los dos estuvimos sentados, él empezó a hablar:

—Quiero que tú te encargues de la mesa siete, que es donde tiene hecha la reserva la persona de la que os he hablado antes. Por favor, saca toda tu magia, necesito que se lleve buena impresión del restaurante. —Me sorprendieron tanto el tono como las palabras de Marcos. Parecía que el incidente del almacén quedaba olvidado.

—¿Crees que tengo magia? —¿Estaba coqueteando con mi jefe?

—En el trabajo sí. —Eso fue un zasca en toda la boca.

—Perfecto, haré lo que pueda —le respondí con cierta brusquedad.

—Quiero que hagas más.

Nos habíamos levantado de las sillas y Marcos se acercó hasta donde yo estaba. No esperaba que cogiera mis manos, me pareció un gesto demasiado íntimo para la relación que manteníamos.

—Te lo pido por favor, necesito que atiendas a esta persona lo mejor que sepas. —Me miraba intensamente y tuve que tragar saliva.

—De acuerdo. —Apenas me salieron las palabras en un susurro.

—Gracias.

Nos quedamos más tiempo del necesario mirándonos el uno al otro, ¿qué estaba ocurriendo? Marcos pasó una mano por mi nuca, me acarició con el pulgar la parte de detrás de la oreja y me atrajo hacia él con suavidad, no fui capaz de hacer nada. Nuestros labios se juntaron a medio camino y nos fundimos en un beso dulce al principio y caliente, muy caliente, después.

Sara eligió ese preciso momento para entrar en el despacho sin llamar.

—Perdón, perdón, ya me voy.

Ni siquiera tuve tiempo de girarme a verla cuando ya había vuelto a cerrar la puerta.

—Lo siento de verdad, Julia, he sido incapaz de controlarme y te pido perdón por ello. —Pedirme perdón, después del beso que acabábamos de darnos, era lo último que me apetecía oír, así que me fui de su despacho dando un portazo.

28. Un trío

Me desvié del camino y entré en el lavabo antes de llegar al salón. Miré mi reflejo en el espejo, debía serenarme. Me mojé la nuca, esperaba que eso funcionara. Me sentía muy acalorada, pero también estaba muy enfadada.

El beso que acabábamos de darnos Marcos y yo había sido correspondido por mi parte, ¿no se dio cuenta? Y, entonces, ¿por qué me pedía perdón?

Respiré despacio un par de veces y salí de allí dispuesta a impresionar a mi jefe con el trato impecable que le brindaría a ese cliente tan importante que nos visitaba aquel día.

La noche había empezado fatal, pero lo que no podía imaginar era que estaba a punto de empeorar. Mucho. Mucho más.

*

Nos encontrábamos a tope de faena, no paré ni un instante, y eso que aún no era la hora punta. Estaba hablando con una compañera sobre el servicio de una mesa que ya se marchaba, comentó algo que me hizo sonreír, no recuerdo qué fue exactamente. Lo que sí recuerdo es

que al darme la vuelta me quedé helada. Juro que faltó poco para que me desmayara. Me paralicé y un nudo frío apretó mi estomago con fuerza, haciendo que me faltara el aire.

Entraba en el restaurante la última persona con la que deseaba encontrarme, y mucho menos allí, ya que no tenía forma de huir. Él me vio nada más traspasar el umbral y vino directo hacia mí.

—Vaya, te veo muy bien, nena. Estás realmente preciosa.

Me dio dos besos demasiado cerca de los labios y con su mano tocó mi cintura, lo cual hizo que me tensara. Me sentía ligeramente mareada y se me

había revuelto el estómago. Respiré hondo y, sin decir una palabra, los acompañé hasta su mesa de forma mecánica.

Lo acompañaba otro hombre que me miraba de manera más lasciva que Ignacio, y eso era mucho decir.

Les tomé nota aguantando el escrutinio que me realizaron los dos y nada más terminar me fui sin abrir la boca. En cuanto estuvieron listos los primeros platos se los llevé y volví a marcharme lo más rápido que pude. Al salir de la cocina, Sara se interpuso en mi camino.

—Julia, ¿qué te pasa? Has perdido todo el color de la cara, ¿te encuentras bien? —Su voz sonaba cargada de preocupación.

—Luego te lo explico. —No podía articular bien las palabras. Parecía que Ignacio seguía teniendo ese poder sobre mí; era verlo y perdía la capacidad de hablar.

Justo en el momento en que me di la vuelta para volver al salón, Marcos me cogió del brazo con suavidad y me metió en la cocina.

—¿Qué tal va todo? Tenemos demasiado trabajo aquí y no he podido salir ni siquiera a echar un vistazo.

—Bien, bien —respondí sin mirarlo a la cara. No quería que percibiera lo incómoda que me sentía al tener a Ignacio en el salón.

—¿Seguro, Julia? Te noto algo ausente. —Marcos no era tonto y empezaba a intuir que algo raro pasaba.

—Estoy bien. —Liberé mi brazo y volví al salón. No deseaba estar allí, me hubiera encantado volver a mi casa y meter la cabeza debajo de

las sábanas, pero esa opción quedaba descartada.

No conseguía hablar, no era capaz de reaccionar y puse el modo automático los siguientes veinte minutos.

Cuando volví a acercarme a la mesa para llevarles el siguiente plato, Ignacio ya estaba preparado para atacar, lo percibí al notar que su forma de

mirarme había cambiado sutilmente. Seguía habiendo lascivia, pero con algo más que identifiqué rápidamente: maldad.

—Acércate un segundito, Julia. —Me aproximé un poco, pero mantuve la suficiente distancia como para que no me tocara—. Le contaba a Álvaro lo buena que eres en la cama y hemos pensado que podrías venirte esta noche con los dos, ¿qué te parece? Sé que disfrutarías mucho haciendo un trío con nosotros. Te pagaré, por supuesto. —Su sonrisa de suficiencia me puso mala. Hijo de puta. Ahora sí que reaccioné, acerqué mi rostro hasta dejarlo a escasos centímetros del suyo.

—Verás, Ignacio, puedes meterte tu dinero por el culo. —Seguidamente le tiré por la cabeza toda la carne en salsa que había pedido. Él chillaba y me insultaba (la salsa igual quemaba un poco), pero no me dio ninguna pena. Me fui directa al vestuario con la cabeza bien alta. Mientras avanzaba podía oír los murmullos de desaprobación de la gente que seguía cenando.

Me dio igual, no me importó nada, aunque sabía que pagaría caras las consecuencias de aquel acto.

29. Una noche para olvidar

Aún no me había quitado el uniforme cuando la puerta del vestuario se abrió. La primera en entrar fue Sara, hasta ella había perdido algo de color.

—Pero, Julia, ¿qué ha pasado?

—Yo… —No pude acabar de hablar porque Marcos abrió la puerta con fuerza, hecho una furia. Todo el color que nos faltaba a nosotras lo tenía él.

—Sara, sal de aquí. Ya. —Sara cerró la boca, y eso me dio una idea de lo jodidas que estaban las cosas.

En cuanto Sara cerró la puerta tras de sí, Marcos bramó:

—No me puedo creer que seas tan cabrona. ¿Todo esto por un beso?, ¿de verdad? Sabías cómo joderme y lo has hecho bien, ¿eh?

—Marcos…, yo… —Demasiadas conmociones para una sola noche, era incapaz de enlazar dos palabras.

—No quiero saber nada, estás despedida. Recoge tus cosas y lárgate de aquí.

Cerró la puerta con rabia y yo no podía creerme cómo la aparición de Ignacio había vuelto a destrozarme la vida.

Fui incapaz de moverme del vestuario en mucho rato. Sara entró un par de veces, pero yo lloraba tanto que no podía hablar, y conmigo fuera de juego ella tenía el doble de trabajo en el salón, por lo que no podía quedarse junto a mí hasta que me tranquilizara.

Perdí la noción del tiempo y no fue hasta que vi a Sara cambiarse para irnos a casa cuando supe que habían pasado horas.

—Julia, cariño… Deja de llorar, va a darte algo. Todo tiene solución y, aunque ahora lo veas muy negro, encontraremos la manera, ya verás.

—Me… Me ha despedido. —Volví a sollozar.

—Lo sé, lo que no entiendo es qué demonios te ha pasado para comportarte así.

—La visita importante era Ignacio. —Los ojos de Sara se abrieron tanto que parecía que iban a salirse. Su mirada me dio fuerzas para continuar—.

Me ha propuesto hacer un trío; pagándome, claro. —Solté un sollozo, por lo visto aún me quedaban lágrimas.

—Hijo de puta. —Lo dijo con tanto desprecio que estuve a punto de sonreír.

—Eso mismo he pensado yo.

—No se lo has explicado a Marcos, ¿verdad?

—No me ha dejado hablar.

—Es raro, porque Marcos jamás toleraría un comportamiento así, lo

hubiera echado él mismo. No soporta a los babosos que se pasan con nosotras. De hecho, no vuelve a dejarlos entrar nunca.

—Él cree que he actuado así por despecho.

—¿Tiene algo que ver el beso que he presenciado? —Sara era una persona muy perspicaz.

—Bingo.

—Anda, vámonos a casa, porque hoy será imposible mantener una conversación con él, está completamente ofuscado.

—Sara, no pienso hablar con él. Se ha comportado como un completo imbécil, y lo que es peor, ¿qué tipo de persona cree que soy para acusarme de algo así? Necesito el empleo, pero puedo trabajar en cualquier otra cosa, ahora ya no vivo en la calle.

—Así se habla, preciosa. ¡Que le den! Mejor dicho, ¡que les den! Ya encontraremos una solución.

Salí del restaurante con la cabeza bien alta. Ni siquiera me molesté en mirar a Marcos una sola vez, ¿para qué? Él ya me había juzgado.

30. Mi madre

Si pensaba que Ignacio no haría nada después de cómo me comporté con él la noche anterior, estaba muy equivocada. Ingenua de mí, parecía que no lo conocía.

Ese día, como todos, después de desayunar me vestí para ir a visitar a mi madre. Ahora cogía un autobús que me dejaba en la puerta, hay que ver lo que había cambiado mi vida en cuestión de meses.

Al entrar me fui directa al mostrador para saludar a Patricia, siempre intercambiábamos unas palabras antes de que yo me dirigiera a la habitación de mi madre. Se portó muy bien conmigo y era con la enfermera que mejor me llevaba.

—Buenos días, Patricia.

—Hola, Julia. Quería llamarte, pero no he encontrado ningún número tuyo en la ficha de tu madre. —Me puse en alerta.

—¿Le ha pasado algo?

—No, no, tu madre sigue igual. —Respiré aliviada, pero Patricia

rehuía mi mirada y eso no me gustaba nada—. Toma, apunta aquí un número, por favor. —Me pasó una hoja y un boli y anoté el único número de teléfono que se me ocurrió.

—Te escribo el de mi compañera de piso, se llama Sara. Yo no tengo móvil, así que llamadla solo si se trata de una emergencia, por favor. Ella me localizará rápidamente.

—De acuerdo. Verás, lo que quería decirte es que… —Patricia no pudo acabar de explicármelo porque apareció su jefa.

—Buenos días, Julia. ¿Podrías acompañarme?, hay algo de lo que deseo hablar contigo.

La seguí, pero antes me giré a mirar a Patricia, parecía querer disculparse con gestos. No entendí nada.

A la mujer a la que perseguía por los pasillos nunca le caí bien. Cuando iba vestida de marca me hacía la pelota, aunque no me tragaba, pero al quedarme en la calle lo comprendí rápidamente; su trato despectivo me confirmó su antipatía hacia mí. Hacía mucho que no hablaba con ella y estaba preocupada, quizá la salud de mi madre había empeorado.

Al entrar a su despacho no se anduvo con rodeos, soltó la bomba nada más sentarse. La indiferencia y el desprecio que utilizó me dejaron perpleja, era como si me estuviera hablando de su serie favorita. No borró la sonrisa de su cara en ningún momento.

—Pues verá, Julia. Ha llamado el señor Ignacio para comunicarnos que a partir de este momento no se hará cargo de ninguna factura de su madre, así que necesitaría otro número de cuenta para cargar el pago. —No supe qué hacer ni qué decir. Mi interlocutora lo percibió y continuó hablando—: En caso de que no pueda abonar el presente mes, deberá llevarse a su madre antes de que acabe la semana.

—Pero tendrán que dejarme un tiempo, ahora no puedo… Yo…

—Le dejo hasta final de semana, el señor Ignacio se ha mantenido firme en que hoy será el último día que paga. —¿Con qué clase de persona estuve saliendo durante un año?

—De acuerdo, pues si tengo hasta finales de semana, el viernes le diré algo.

—Le agradecería que lo hiciera el jueves, tenemos lista de espera,

¿sabe?

—Su sonrisa se ensanchó, confirmándome que estaba disfrutando con aquello.

—Entendido. —Estábamos a miércoles, debía decirle algo al día siguiente. No disponía de tiempo y era imposible que pudiera hacerme cargo del pago de esa clínica, un mes costaba lo que yo ganaba en un año en

el restaurante. Eso sin contar que tenía que comer y vivir, y lo más importante: estaba sin trabajo.

No sé cómo lo conseguí, pero pude contener las ganas de llorar hasta que entré a ver a mi madre. En ese instante me abalancé sobre ella y lloré hasta que no me quedaron lágrimas.

Le expliqué lo que me había hecho Ignacio, por todo lo que pasé. Todo.

Me desahogué con ella como no lo había hecho desde que cayó enferma.

Una lágrima recorrió la mejilla de mi madre y me asusté al verla. Llamé a la enfermera, quien me dijo que era normal, si bien a mí me extrañó, ya que no le había pasado antes.

La abracé, besé su frente y salí de allí con un nuevo quebradero de cabeza, pero mucho más ligera. Al desahogarme con mi madre parecía que me había quitado de encima una mochila llena de piedras, y era muy extraño, porque ella no podía oírme.

Me pasé el resto del día recorriendo la ciudad sin un rumbo fijo. Caminé y caminé sin una dirección clara. Ya había oscurecido cuando llegué a casa; al abrir la puerta, Sara daba vueltas de un lado a otro del salón.

—Julia, no podía localizarte. No tienes móvil y yo… no era capaz…

—Tranquilízate, Sara. ¿Qué pasa? —Me asustó verla en ese estado de nervios.

—Han llamado de la clínica de tu madre. —Yo había dado el móvil de Sara, pero indiqué que solo lo usaran en caso de emergencia; por lo visto el dinero era muy urgente.

—Lo sé, Sara. He ido esta mañana. El cabrón ha dejado de pagar y ahora yo… —No pude acabar la frase.

—No, Julia, no es eso. Siento mucho decirte esto —percibí cómo tragaba saliva con dificultad—: tu madre ha muerto. —Me tambaleé y Sara me agarró del brazo y me sentó en el sofá.

—Pero eso no es posible, he ido hoy mismo a verla… No puede ser…

—Me han dicho que ha fallecido apenas un rato después de que te marcharas.

Lo siguiente que recuerdo fue que Sara me dio algo y caí en un sueño profundo del que me costó mucho despertar.

De los días posteriores solo evoco una bruma gris que lo envolvía todo.

Es curiosa la forma que tiene el cuerpo de protegerse del dolor.

31. Yo también le di

Sara me comentó lo de la madre de Julia y, a pesar de que continuaba muy enfadado con ella, me pareció adecuado ir a verla. Sin embargo, se hallaba tan sumida en el dolor que creo que ni siquiera se dio cuenta de que estuve allí.

No pude sacarle nada a Sara de lo que pasó en el restaurante el día en que despedí a Julia. Lo único que me dijo fue que era imbécil y que la había cagado completamente. Por ese motivo estaba con la mosca detrás de la oreja, Sara no me diría algo así si Julia no hubiera tenido motivos para hacer lo que hizo. Quizá no fue por despecho hacia mí. Pensé que se trataba de una especie de castigo por el beso que le di, pero tal vez no fuera ese el motivo.

Soy una persona muy impulsiva, posiblemente debería haber escuchado a Julia y haber esperado a que diera su versión. Pero me ofusqué de tal manera que no pude. Llevaba días dándole vueltas a todo aquello sin llegar a ninguna conclusión, por lo que decidí dejar las cosas como estaban y no complicarlo más.

*

Últimamente tenía mucho trabajo en el restaurante y no daba abasto. Esa noche Edu era el encargado del salón, ya que no encontré a nadie que me

gustara para sustituir a Julia.

Me daba un poco de miedo poner juntos a Sara y a Edu, ya que no tenía claro si no se soportaban o si la tensión sexual entre ellos era demasiado grande. Ninguna de las dos cosas era buena para que trabajaran juntos, pero no tenía más opciones.

La noche estaba yendo más o menos bien, e incluso con el estrés que tenía en cocina, los platos salían a tiempo.

Por eso decidí pasarme un momento para ver cómo les iba en el salón.

Me quedé parado en el umbral de la puerta al comprobar que la vida me daba otra oportunidad. Ignacio, una persona muy importante en el mundo de la restauración, volvía a estar allí. Me extrañó por cómo se fue la última vez, pero me pareció tan maravilloso que no le di importancia. Lo sé, ya me lo dice Sara: a veces soy imbécil.

—¿Qué tal, Ignacio? —Me acerqué hasta él y le estreché la mano.

—Hola, Marcos. Ya veo el mal cambio que has hecho al sustituir al bombón de Julia por este tío. —No me gustaba en absoluto que nombraran de esa manera a una empleada mía, aunque ya no trabajara allí. Por lo visto a Edu tampoco, porque su cara se estaba poniendo cada vez más roja.

Ignacio se acercó más a mí, si bien se aseguró de que Edu también oyera sus palabras—. Tampoco es que me extrañe después de cómo se comportó la última vez conmigo. Julia nunca ha tenido sentido del humor y, aunque es una guarra en la cama, para algunas cosas sigue siendo muy estrecha de miras. No entiendo cómo pudo rechazar hacer un trío con nosotros, ¡pero si hasta me ofrecí a pagarle! —La risotada que soltó después le duró poco.

Antes de que me diera tiempo a reaccionar, Ignacio se encontraba tirado en el suelo. Tardé un momento en entender que Edu le había propinado un derechazo que lo tumbó en el acto.

Le ofrecí una mano para ayudarlo a que se levantara. Edu me miró con enfado, dio media vuelta y se metió en la cocina.

—Ese gilipollas siempre ha tenido dificultad para saber lo que es suyo y lo que no. Nunca me gustó su forma de mirar a Julia. Gracias, tío, tú sí pareces entenderme. —Me guiñó un ojo, en un gesto de camaradería que casi me hizo vomitar.

—Nadie es propiedad de nadie, y en realidad solo te he ayudado a

levantarte para esto. —Volví a golpearle en el mismo sitio donde unos instantes antes le había dado Edu. Me agaché para susurrarle—: No se te ocurra volver por aquí. Nunca. —Parpadeó con rapidez y se levantó del suelo como si este quemara.

—No tienes ni idea de a quién estás amenazando.

—Yo lo único que veo frente a mí es a un cabrón muy cobarde.

—Lo que acabas de hacer no beneficiará en nada a tu negocio, imbécil.

—Era un hombre acostumbrado a amenazar, se notaba por lo bien que se sentía en ese papel.

Sabía que no debía ni podía continuar provocándolo, por lo que decidí retirarme.

—Ya puedes salir, no creo que haga falta que te acompañe a la puerta.

Me giré, no sin antes asegurarme de que Ignacio salía de mi restaurante.

Entré en la cocina y me fui directo al congelador. Saqué un poco de hielo y lo enrollé en dos trapos.

—Toma, tío. Esa mano debe de dolerte. —Le di uno de los trapos a Edu.

—Lo siento, Marcos, pero es que cuando he oído que se refería a ella así, después de todo lo que le ha hecho… —No quería que continuase hablando y tampoco preguntar, no era la historia de Edu y él no tenía derecho a contármela.

—No tienes que disculparte por nada. Yo también le di. —Los dos sonreímos para poco después cambiar la sonrisa por un gesto de dolor al poner el hielo en nuestras respectivas manos.

Esa noche me costó dormir. Las palabras de Ignacio se repetían en mi cabeza una y otra vez. Además de lo que dijo, era la manera de hacerlo, una mezcla entre el odio y la lujuria. Cada vez que lo recordaba me ponía enfermo, porque eso también me daba una idea de cómo trató a Julia mientras estuvieron juntos.

Me arrepentí de no haberle dado más fuerte.

32. Mis postres

Sara tuvo una idea brillante y una vez más consiguió salvarme. Después de lo de mi madre, me encerré en casa, no me apetecía salir.

Llevaba bastante tiempo sin hacerlo, ante la desesperación de mi amiga. Pero era consciente de que debía espabilarme, no podía seguir revolcándome en mi tristeza, o por lo menos no durante todo el día; necesitaba buscar trabajo con urgencia.

Lo de mi madre fue uno de los golpes más duros de mi vida. Desde que le dio el ictus empecé a mentalizarme de que acabaría pasando, y si bien eso no consolaba lo más mínimo, al menos ayudó a que me fuera preparando poco a poco para el triste desenlace. Aunque nada impidió que la melancolía me invadiera y pasara días enteros llorando, evocando un montón de recuerdos que me hacían sonreír y llorar a partes iguales, por muy contradictorio que pareciera.

Sara demostró, una vez más, la fantástica persona que era. Me dejó espacio para llorar sola cuando me hacía falta y me abrazó y consoló en el momento en que se percató de que era eso lo que necesitaba. No tendría vidas suficientes para agradecerle todo lo que hacía por mí.

*

Cuando Sara notó que mi estado de tristeza había disminuido ligeramente, habló con Marcos, que por lo visto iba de culo en el trabajo. Ella le propuso que yo elaborara los postres en casa y que se vendieran en el restaurante, de esa manera Edu y él tendrían una cosa menos de la que preocuparse.

No entendía cómo Marcos había aceptado la propuesta de Sara, estaba casi segura de que se negaría. Eso me daba una idea de lo estresado que debía encontrarse.

En el momento en que Sara me planteó su idea, yo me negué a aceptarla; aún seguía enfadada con Marcos por su forma de tratarme y por lo que pensó de mí la noche que Ignacio fue al restaurante. No obstante, después de hablar con Sara llegamos a la conclusión de que necesitaba el trabajo y de que vería poco a Marcos, ya que trabajaría desde casa. Pero lo que acabó de convencerme fue el hecho de que volvería a hacer pasteles: eso consiguió que sonriera como no lo había hecho en semanas.

Le comenté a Sara que no me parecía bien que Marcos aceptara hasta que no conociera mi repostería y cuál era el producto que deseaba vender, así que esa tarde me esmeré en hacer mis mejores postres. Sara se encargó de llevárselos a Marcos para que los probara.

Estaba tan nerviosa esperando la aprobación de Marcos que era

incapaz de mantenerme sentada o quieta en ningún sitio. En cuanto oí la puerta abrirse, me abalancé sobre mi amiga.

—¿Y bien? —le pregunté de sopetón a Sara, que se sentó en el sofá. Yo continué de pie, no era capaz de estarme quieta.

—Pues estas han sido sus palabras: «mmm…», «ah…», «joder…»,

«Dios…» —me ruboricé ligeramente por la forma de hablar de Sara, parecía que estaba teniendo un orgasmo; menos mal que continuó hablando, esta vez en un tono normal—, «esto está jodidamente bueno», y un montón más de palabrotas que no voy a repetir. Al final se ha llamado gilipollas a él mismo por haberte dejado marchar y por no descubrir que eras tan buena repostera.

—Era imposible que lo supiera.

—Te dije que se lo comentaras. —Sara estaba en lo cierto, pero ya era tarde para eso. Trabajaría desde casa y llevaría los pasteles a Marcos, era un buen plan.

Cambié de tema porque no me apetecía que Sara siguiera echándome cosas en cara.

—Eso quiere decir que vuelvo a tener trabajo.

—Sí, pero no está muy conforme con que lo hagas desde casa, dice que te conviene salir y quiere que vuelvas al restaurante. —Sara puso cara de pena, ella me había dicho muchas veces lo mismo.

—No me apetece salir, y mucho menos volver al restaurante, ya lo sabes.

—Lo sé, pero deberías hacer un esfuerzo, no puedes estar encerrada en casa el resto de tu vida. —Tenía razón, pero, además, percibí tristeza en su voz, y lo último que quería era que ella se preocupara por mí. Así que tomé una decisión.

—De acuerdo, iré a hablar con él. —Sara aplaudió como una niña pequeña—. Dile que mañana, antes de empezar las cenas, me pasaré por el restaurante.

Por primera vez desde la muerte de mi madre, además de tristeza, me invadió otro sentimiento: nervios. Estaba nerviosa por la opinión de Marcos. Esta vez no se trataba de trabajar en el salón, esta vez tendría que ocuparme de lo que más me gustaba y necesitaba hacerlo bien,

ansiaba ese puesto.

*

Entré en el restaurante con la cabeza bien alta y con una seguridad que estaba lejos de sentir.

Marcos salió por el pasillo que llevaba a su despacho y caminó despacio hasta situarse frente a mí. Me impactó verlo; dejando a un lado que era imbécil, estaba guapo a rabiar.

—Hola, Julia. ¿Qué tal? ¿Podrías pasar un momento a mi despacho y hablamos? —Parecía nervioso, aunque no entendí el motivo.

Dio media vuelta y recorrió de nuevo el pasillo. Yo lo seguí sin abrir la boca, pero lo último que me apetecía era volver a quedarme a solas con él en un habitáculo tan pequeño.

Se acomodó en su asiento y se reclinó ligeramente hacia atrás. Parecía estar a gusto, en su salsa, aunque algo en sus movimientos lo delató.

Cuando Marcos se tensaba, removía sus dedos de una manera muy peculiar, igual que en ese momento. Al notar mis ojos en sus manos, paró el movimiento y me di cuenta de que quería aparentar una tranquilidad que, en realidad, no sentía.

—Julia, el modo en que te traté la última vez que nos vimos fue muy inapropiado. Me gustaría que volvieras. —Sí, señor. Directo al grano.

—Tú no estás muy acostumbrado a pedir perdón, ¿verdad?

—No demasiado. —Sonrió de una manera tan radiante que me pareció más atractivo que nunca—. No debí tratarte como lo hice sin conocer antes el motivo que te llevó a actuar así. Lo siento. —Ahí estaba, por fin dijo las palabras, aunque en un tono tan bajo que fue apenas un susurro.

—No, no debiste, y mucho menos acusarme de que me comporté así por despecho. Fue un simple beso, no eres tan importante, ¿sabes? —Marcos abrió los ojos como platos, intenté aflojar el ritmo de la conversación o acabaríamos mal—. No obstante, ya está hecho. Ahora lo único que importa es que tú necesitas a alguien que te haga los postres y yo necesito el trabajo.

—Sí, pero me gustaría empezar de cero. Me da la sensación de que

cada vez meto más la pata contigo y, si vamos a estar un montón de horas compartiendo cocina, quiero que nos sintamos cómodos.

—Aún no he aceptado trabajar aquí. La propuesta era hacerlo desde mi casa. —Me puse, aún, más nerviosa.

—Tienes experiencia y sabes lo complicado que resultaría eso. Sería difícil saber la cantidad de cada postre y producto que necesitamos, eso sin hablar de las inspecciones de Sanidad.

Lo que decía tenía sentido. Me hallaba entre la espada y la pared. No deseaba compartir cocina con él, pero necesitaba el trabajo y, siendo realista, me moría de ganas por volver a elaborar postres.

—De acuerdo. —No perdía mucho por probarlo. Además, tal y como decía Marcos, debíamos empezar de cero. No hay nada peor que compartir cocina con alguien con quien no te llevas bien. Por lo menos lo intentaría.

Nos dimos la mano para sellar el trato y un extraño hormigueo me recorrió el brazo. Lo miré a la cara y su sonrisa no ayudó lo más mínimo a que me tranquilizara. ¿No podía tener un jefe un poquito más feo? Todo resultaría mucho más sencillo.

33. Compartiendo cocina

Me levanté contento sin un motivo aparente, o eso quería creer yo. La realidad era que el hecho de que Julia aceptara trabajar en la misma cocina que yo tenía mucho que ver.

Julia y yo llevábamos días hablando de cómo organizarlo todo. Tuve que hacer unas separaciones en una parte de la cocina para que ella pudiera trabajar con más comodidad. Los postres que habíamos servido hasta entonces no tenían nada que ver con los que elaboraría Julia a partir de ese día. Estaba seguro de que aquello haría que el restaurante fuera aún mejor, ya que su repostería era de una calidad inmejorable.

Aunque estuvimos hablando durante toda la semana, aquel era el día en el que Julia iría al restaurante a trabajar, y por ese motivo yo parecía un pollo sin cabeza. Edu me vio abrir el mismo cajón por segunda vez sin sacar nada de dentro.

—¿Qué te pasa, jefe? Hoy estás algo espeso. —Noté cierto retintín en su comentario.

—La verdad es que sí. —Para qué negarlo.

—Vas a echarme de menos en la cocina, ¿verdad que es eso?

—Estoy tan desolado que no doy pie con bola solo de pensarlo.

—Ya sé que no hay comparación; no es lo mismo trabajar con un tío apuesto como yo que hacerlo con Julia, que, total, solo es una de las mujeres más atractivas que he visto en mi vida. —Las palabras de Edu fueron en broma, pero consiguieron picarme.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Ya sé lo que vas a preguntarme, y la respuesta es «no». No estoy enamorado de Julia. Es una mujer muy guapa y durante un tiempo sentí cierta atracción por ella, pero ahora la veo más como a una amiga. Tengo

los ojos y la mente puestos en otra persona. Aunque uno no es ciego y hay que reconocer que es una mujer muy sexi. —Un gruñido involuntario salió de mi garganta. Edu me miró y una sonrisa cruzó su rostro. Yo también sonreí, porque ese sonido me sorprendió hasta a mí.

—Sí, Julia es una mujer preciosa. —Lo extraño era que hubiera tardado tanto en darme cuenta.

—Lo es, pero ya conociste a Ignacio; no sé si después de él está preparada para empezar nada con nadie, al menos por el momento.

—¿Quién te ha dicho que yo quiero algo con ella? Anda, ponte a trabajar, que a este paso no acabamos. —Llevaba mucho tiempo sin salir con nadie (descartando, por supuesto, los rollos de cama que tenía) y no estaba seguro de que me apeteciera especialmente comenzar nada.

Edu sonrió y yo continué toda la tarde abriendo y cerrando armarios sin saber qué había ido a buscar.

Julia apareció puntual, como siempre. Entró en la cocina, saludó a Edu con un abrazo y dos besos y a mí con un simple movimiento de cabeza. Eso apagó ligeramente el buen humor que tuve hasta ese momento.

Edu acabó lo que estaba haciendo y se fue al salón. Yo me acerqué a Julia para explicarle dónde había guardado todo lo que me pidió. Le fui enseñando lo que ella aún no había visto de la cocina, que en realidad era más bien poco, y después nos pusimos a trabajar cada uno en nuestro sitio.

—¿Te molesta que ponga música? —le pregunté, ya que me encantaba trabajar con el sonido de fondo de alguna canción.

—No, qué va. Al revés, a mí también me gusta —respondió. Me dio por pensar qué más tendríamos Julia y yo en común.

Las horas pasaban volando. Una de las veces que me acerqué al fregadero me topé con ella, que estaba allí limpiándose las manos. La imité y nuestros cuerpos se rozaron a la altura de los hombros. Tener a Julia tan cerca no era buena idea, hacía que por mi mente desfilaran un montón de

imágenes que no podía permitirme tener mientras trabajaba. La oí carraspear y giré mi cabeza hacia ella.

—Te has quedado en trance… —comentó. Si ella supiera...

—Lo siento, ¿me decías algo? —respondí, algo abstraído.

—Sí, que ya he acabado con los postres. Te preguntaba si necesitas que te ayude con algo. —No podía decirle que no, porque en realidad me vendría estupendamente su ayuda, pero tenerla tan cerca iba a acabar conmigo.

*

El resto de la semana fue muy parecida al primer día. Julia me echaba una mano al acabar su trabajo y hablábamos de todo un poco, evitando entrar en aspectos demasiado personales. Aunque no eran temas muy concretos, me ayudaban a conocerla un poco más.

Uno de esos días en los que la encontré un poco taciturna le lancé una pregunta que, si bien sabía que la entristecería, deseaba hacerle:

—Julia, ¿puedo preguntarte algo personal? —Noté cómo todo su cuerpo se tensaba.

—Sí. —Tardó unos segundos en contestar, pero fue firme en la respuesta.

—¿Qué le pasó a tu madre? —A pesar de que sus ojos se llenaron de pena, percibí que se relajaba; probablemente había pensado que le haría otra clase de pregunta. ¿Qué era lo que la afligía tanto y de lo que no quería hablar?

—Le dio un ictus y no se recuperó.

—Cuando dices que no se recuperó, ¿te refieres a que estuvo tiempo enferma?

—Sí, primero en un hospital y luego… en una clínica especializada.

Julia bajó la cabeza y supe que tocar ese tema le disgustaba en exceso, por lo que continué hablando de cosas triviales. Conversamos sobre cocina, ingredientes, recetas... Julia se mostraba encantadora, y yo sabía

que no era nada bueno tenerla tan cerca todos los días si quería mantener mi propósito de no enamorarme de nadie.

34. No puedo dormir

Cuando haces lo que de verdad te gusta, el tiempo parece pasar a una velocidad diferente. Es como si se detuviera en algunos momentos y corriera veloz en otros.

Contra todo pronóstico, Marcos y yo nos entendimos muy bien en la cocina y todo fluyó de maravilla.

Sara y Edu tuvieron que trabajar juntos en el salón durante ese tiempo, ¿y qué pasó? Pues que acabaron liándose. Y quien sufría las consecuencias de eso era yo, porque decidieron que el mejor sitio para hacer realidad sus fantasías sexuales era nuestra casa. Así que llevaba un montón de días sin apenas dormir y estaba agotada, no entendía cómo ellos eran capaces de caminar.

—¡Julia! —gritó Marcos. Salí de mi ensoñación al verme el dedo sangrar;

¿cómo era posible que me hubiera cortado y que no me diera cuenta? —.

¿Qué te pasa? Estás como ausente.

Me fui al fregadero para aclararme. Mientras el agua caía sobre mi mano, me percaté de que apenas era un arañazo; desde luego, qué escandalosa es la sangre.

Presioné un pañuelo de papel sobre el dedo y cuando dejó de sangrar volví a mi sitio. Marcos me miraba con curiosidad y caí en la cuenta de que no había contestado a su pregunta.

—Lo que estoy es muerta de sueño. Son las dos personas menos silenciosas que conozco, joder. —Marcos rio entre dientes, pero cuando lo miré con seriedad se le cortó la risa de golpe—. Solo quiero dormir; no es pedir tanto, ¿no? Lo que no entiendo es cómo ellos pueden mantenerse en pie.

—Es por los estrógenos y la testosterona, lo mantienen todo tieso.

Lo miré y él levantó las cejas varias veces en un gesto de simpatía y complicidad. Me dio la risa, esa risa que no puedes parar, esa con la que se te saltan hasta las lágrimas.

Marcos me miraba con diversión.

—Ay, hacía mucho tiempo que no reía tanto —reconocí—. Me ha hecho mucha gracia, será por la flojera y la falta de sueño.

—Pensaba que era por mi ingenio y mi gracia —prosiguió. Yo volví a sonreír—. Si quieres, puedes venir a dormir esta noche a mi casa. —A los dos se nos borró la sonrisa.

—No creo que… —No me dejó terminar la frase.

—Tengo una habitación de invitados. Lograrás descansar y mañana podrías levantarte a la hora que quisieras, es nuestro día libre. Piénsatelo.

Se dio media vuelta y continuó a lo suyo. Yo me quedé un rato parada en medio de la cocina sin saber qué decir o qué hacer. Marcos y yo habíamos limado asperezas, pero tampoco teníamos una relación de tanta confianza como para irme a dormir a su casa, así que descarté la idea y seguí con mi trabajo.

Después de dos horas haciendo vasitos de tiramisú, los ojos empezaron a pesarme. Aún no sé cómo pude acabar los postres de esa noche.

Fui al vestuario como una zombi y me cambié de forma mecánica. Al entrar en el salón vi a Sara y a Edu. Tenían una relación extraña. Si los veías fuera de casa parecía que seguían sin tragarse, evitaban incluso el contacto físico. Solo se notaba que había algo entre los dos cuando se miraban; el magnetismo sexual que desprendían era impresionante, muchas veces me impedía apartar la vista de ellos durante un buen rato. Y observando cómo lo hacían en esos momentos fui consciente de que esa noche tampoco dormiría. Estaba tan cansada que no lo pensé dos veces, me acerqué hasta donde se hallaba Marcos y le susurré al oído:

—Me voy a tu casa.

Podría habérselo dicho sin acercarme tanto a él y sin que mis labios rozaran ligeramente su cuello, pero no hubiera sido tan divertido. Por primera vez desde que lo conocí, dejé a Marcos sin palabras.

Al darme la vuelta vi que Sara me miraba fijamente.

—¿Nos vamos? —Me quedé algo cortada; me resultaba más fácil decirle a Marcos que me iba a su casa a dormir que decírselo a Sara, no conseguía entender el motivo.

—Julia duerme hoy en mi casa —contestó Marcos por mí. Sara lo miró a él y después a mí hasta que estalló en carcajadas. Su forma de reír me enfadó bastante.

—Sara, necesito descansar, sois las personas más escandalosas del mundo. Llevo un montón de días sin dormir, ya casi no me aguanto de pie.

—Si pensaba que ese comentario iba a hacer que Sara se ruborizara, estaba muy equivocada.

—Ya, sí, claro. —La miré con cara de mosqueo—. Buenas noches, descansad mucho. —Su voz rezumaba sarcasmo.

Edu y Sara salieron por la puerta manteniendo un metro de distancia entre ellos. Qué relación tan extraña, no entendía nada.

Me giré hacia Marcos para ver si ya podíamos salir. Él me observó con interés y dijo:

—Parece que estés a punto de desmayarte.

—No lo descarto. —Era verdad, me sentía realmente agotada.

Nos fuimos del restaurante y caminamos hasta llegar a su casa. Menos mal que no estaba demasiado lejos, no sé si hubiera sido capaz de andar mucho más sin quedarme dormida por el camino.

35. Julia en mi casa

Sufría por Julia, daba la sensación de que iba a quedarse dormida de pie en cualquier momento.

No había sido buena idea invitarla a que durmiera en mi piso; desde luego, yo algunas veces parecía gilipollas. No teníamos la suficiente confianza como para abrir nuestra intimidad hasta ese punto. Sí, vale que me llevaba a tías de una noche a mi casa, pero a Julia solo le propuse dormir. No era lo mismo.

Nada más entrar, la acompañé hasta la habitación de invitados, que consistía en un cuarto lleno de trastos en el que había una cama. Cuando me di la vuelta para salir, vi a Julia quitándose el pantalón. Tenía tal

cansancio que no reparó en que se estaba desvistiendo delante de mí.

Pues muy bien, campeón. Le había dicho a Miriam que esa noche no nos veríamos, que me sentía agotado, y todo para que Julia pudiera descansar.

¿Me había vuelto loco? Definitivamente sí.

Me puse una película que decían que estaba bien y me tiré en el sofá. No llevaba ni media hora viéndola cuando me quedé dormido, por lo visto a mí también me pudo el cansancio.

Me desperté sobresaltado y desorientado; en cuanto me situé, apagué la tele y me dirigí hacia la cocina a por un trago de zumo. Tardé unos instantes en acostumbrarme a la oscuridad, así que fui a tientas. Antes de llegar, choqué con algo y me puse tenso. No porque no supiera de qué se trataba, sino porque, para no caer, me había agarrado a una parte blanda que identifiqué a la perfección.

—Menudo susto me has dado, ¿siempre caminas a oscuras por tu casa?

—La voz de Julia sonaba algo ronca, imaginé que debido al sueño.

—Pues igual que tú.

—Ya puedes soltarme la teta.

Aparté mis manos como si su piel quemara, lo cual, por otra parte, no se alejaba demasiado de la realidad.

—Tenía sed y he preferido no encender ninguna luz, para no despertarte.

En ese momento mis ojos ya se habían acostumbrado un poco a la oscuridad y, gracias al resplandor de la luna que entraba por la ventana, pude ver mucho mejor de lo que lo había hecho hasta ese instante. No sé hasta qué punto aquello fue bueno, porque Julia solo llevaba una camiseta de tirantes, tan corta que dejaba al descubierto unas piernas espectaculares. Las repasé, empezando por los tobillos, y fui subiendo; cuando llegué arriba, observé unas braguitas de encaje que no tapaban demasiado. Tuve que tragar saliva varias veces.

La vi adentrarse en la cocina y alzarse para coger un vaso de agua.

Cuando la camiseta se le levantó y dejó al descubierto parte de su abdomen, supe que solo tenía dos opciones: o permanecía donde estaba o me acostaba con ella. Así que clavé los pies en el suelo y me quedé completamente quieto. No era buena idea liarse con Julia; además, intuía

que podía dejarme sin pelotas si lo intentaba.

Cuando acabó de beber se fue acercando hacia donde yo estaba. ¿Eran imaginaciones mías o Julia contoneaba sus caderas más de lo normal?

Al llegar junto a mí, pasó su mano por mi brazo, rozándolo desde el hombro hasta la muñeca. Un roce, esa simple caricia, y yo ya tenía una erección de la hostia.

Noté cómo se apartaba de mí y no pude moverme de donde me encontraba; intenté pensar con claridad, pero hubo otra parte de mi cuerpo que tomó el control.

Llegué a ella en dos zancadas y agarré con suavidad la mano que había recorrido mi brazo unos segundos antes. Necesitaba tantear si Julia

deseaba lo mismo que yo, aunque estaba bastante seguro de que sí, pues todo su lenguaje corporal me animaba a que siguiera.

Subí mi mano por su brazo, como había hecho ella antes conmigo. Julia se giró y sus ojos se clavaron en los míos, había tanto deseo en ellos que me estremecí. Y una vez más me dejó sin palabras, porque se lanzó a mi cuello y pegó sus labios a los míos con tanta desesperación y ganas que tardé unos segundos en poder devolverle el beso.

El cuerpo de Julia estaba caliente, o quizá era yo, que al dormirme en el sofá me había quedado frío. Metí mi mano por debajo de su camiseta lentamente; su piel era suave, pero iba erizándose a medida que mi recorrido avanzaba.

No pude continuar haciéndolo todo tan despacio. Al principio quería estar seguro de que Julia respondía a mis caricias, y llegados a ese punto estaba claro que lo hacía. Por ello pasé la otra mano por debajo de su culo y la alcé; ella entrelazó sus piernas a mi cintura soltando un gemido, un sonido que avivó, aún más, las ganas que tenía de ella. Caminé sin romper el beso y la tumbé en el sofá del salón, sabía que no podría llegar a la cama. Le quité la camiseta con brusquedad y las bragas con rapidez. Luego ya iría más despacio, en esos instantes era incapaz de ralentizar nada.

Mientras se tumbaba, la miré a los ojos: sus pupilas eran prácticamente negras. Estaba consumida por el deseo y yo tuve que respirar profundamente varias veces porque la excitación de Julia estaba haciéndome perder el control. Le besé el cuello despacio y una pregunta que no pensaba hacer se escapó de mis labios:

—¿Me deseas, Julia?

—Mucho. —Su voz era apenas un susurro ronco y sus labios se separaron ligeramente al hablar. Nos miramos y yo me quedé completamente hipnotizado, perdido en su boca, esa boca que me volvía loco.

En los últimos dos años habían pasado unas cuantas mujeres por mi cama, pero nunca disfruté de una sesión de sexo como la que tuve esa noche con Julia.

36. ¿Qué he hecho?

Me desperté laxa y completamente desorientada. Fue al girarme y ver a Marcos cuando un montón de recuerdos de la noche anterior pasaron por mi cabeza.

Me di la vuelta con suavidad y lo observé; dormido parecía mucho más guapo, su eterno ceño fruncido estaba relajado y eso le daba una apariencia cercana y apetecible. No podía seguir mirándolo o al final acabaría acariciándolo, así que me levanté de la cama intentando no hacer ruido, pero la maldita ley de Murphy hizo que tirara un libro que había sobre la mesita de noche. Contuve la respiración, pero Marcos ni se inmutó.

Recogí la poca ropa que estaba esparcida por el suelo del salón y me la fui poniendo hasta llegar al dormitorio de invitados, donde se hallaba el resto. Acabé de vestirme con rapidez.

Salí del cuarto de baño, me puse la chaqueta y me dirigí a la puerta, y en ese momento recordé haber visto un imán en la nevera con una libretita para escribir notas. Decidí dejarle una a Marcos para que la viera cuando se levantara. La cuestión era que no tenía ni idea de qué ponerle: «¿Gracias por lo de anoche?». «¿Lo he pasado genial?». «¿Repetimos?». Esto último me hizo reaccionar. Acababa de acostarme con mi jefe, ¡¡con mi jefe!!, varias veces para ser exactos, y no podía ni debía volver a pasar en ninguna circunstancia. Recordé que Sara y Marcos también se acostaron una vez y que seguían manteniendo una buena relación. Ese pensamiento me relajó ligeramente.

Quise que lo que escribiera en la nota sonara despreocupado y dejara claro que solo se trataba de una noche y que no deseaba repetir. Aunque fuera mentira, no estaba dispuesta a depender de nadie, y menos aún de mi jefe. Lo último que necesitaba era que pensara que estaba colada por él o

algo por el estilo. Sara me dejó muy claro que era un tío de pasar una sola noche con una mujer. Así que con aquella nota quise hacerle creer que para mí no significó nada (seguramente igual que para él).

El problema residía en que debía creérmelo yo también.

Cuando salí a la calle, respiré hondo y tuve ganas de darme golpes contra la pared. Ahora que estaba bien, que había conseguido trabajar de lo mío en el restaurante, ¿por qué tenía que complicarlo todo?

Caminé con rapidez hacia casa. Podía haber pedido un taxi, pero aún tenía muy arraigada la costumbre de intentar ahorrar hasta el último euro que caía en mis manos.

Al abrir la puerta de casa vi que Sara estaba echada en el sofá con una taza entre las manos. Miré a mi alrededor buscando a Edu.

—No lo busques, lo he echado hace aproximadamente una hora.

—¿Lo has echado? —pregunté, asombrada.

—Sí, tal cual.

—¿Qué tipo de relación tenéis?, a veces no entiendo nada… ¿Por qué lo tratas así? —Me desconcertaba el comportamiento que Sara tenía con Edu.

—Pues no sé qué contestar a ninguna de las dos preguntas. Tratar así a Edu me sale solo, me encanta ver su cara de sorpresa y cómo resopla cada vez que le suelto una bordería de las mías.

—Quizá a ti te guste, pero ¿a él?

—Empezamos esto con mal pie, aunque por lo visto la atracción que sentimos el uno por el otro fue más fuerte, y aquí estamos.

—Yo creo que, si sigues tratándolo así, podría cansarse. Si quieres dejarlo, solo tienes que decírselo.

Oí la cisterna del lavabo y miré a Sara. Me sorprendió que Edu siguiera allí y que Sara me hubiera mentido.

—No me mires así, que no es lo que crees. Ya te he dicho que Edu se ha ido.

Del lavabo salió Vicenta, fresca como una rosa, igual que si hiciera horas que se había levantado, aunque seguramente era así.

—Ya se lo he dicho yo, pero es que Sara es muy lista para unas cosas y para otras le falta un hervor —intervino nuestra querida vecina.

—¿Estabas escuchando una conversación ajena? —preguntó Sara con cara de ofendida, pero no le salió demasiado bien, porque se le escapó una sonrisa.

—¡Anda, pues claro! Si no quieres que te oiga, habla bajito.

—También podrías irte a tu casa... —comentó Sara.

—Niña, estás de lo más arisca, cualquiera diría que te has pasado toda la noche dándole. —Me faltó poco para atragantarme con mi saliva—. Vamos, sigue hablando; estábamos en el punto en el que querías dejarlo.

—¿Quién ha dicho que quiero dejarlo? —Sara se incorporó y de pronto se puso tensa. Perfecto, porque lo que intentaba con mi conversación era hacerle ver el comportamiento tan poco acertado que tenía con Edu, del que por lo visto ella no era consciente.

—Es lo que parece. Si tú fueras así, él debería aceptarte como eres, pero no es el caso. Te comportas con Edu como una déspota, y solo lo haces con él —le dije. Sara me miró y se calló durante unos segundos, parecía que estaba digiriendo mis palabras.

—Tienes razón, quizá me esté pasando un poco…

—¿Quizá? —pregunté mientras veía por el rabillo del ojo cómo Vicenta se levantaba y se dirigía a la cocina.

—Vale, me estoy pasando. Edu no es mal tío —reconoció Sara.

—Edu es encantador —intervine—. No quiero meterme donde no me llaman —Sara me miró alzando una ceja—; bueno, no más de lo que ya lo he hecho. No sé qué tipo de relación tenéis, pero, sea cual sea, disfrútala, porque pareces demasiado tensa todo el tiempo.

—Esa niña es incapaz de disfrutar de un hombre —dijo Vicenta casi gritando. Por lo visto no perdía comba de la conversación, aunque estuviera en la cocina.

—Oh, cállate, Vicenta. Qué sabrás tú… —Para mi completo asombro, Vicenta no replicó y Sara continuó—: Es que Edu me recuerda tanto a otra persona… Su físico, su manera de ser…

—Deduzco, por tu manera de hablar, que no acabaste muy bien con esa persona —apostillé.

—No, la verdad es que no. Me engañó y mintió en mi cara, lo pasé fatal y no quiero volver a vivir eso.

—Lo entiendo, pero lo que tienes que entender tú es que Edu no es esa persona —sentencié.

Vicenta, que acababa de sentarse en una silla junto a la mesa del salón, hizo un sonido con la boca.

—¿Algo que aportar? —preguntó Sara con cierta ansiedad. Daba la sensación de que esperaba nuestras respuestas, como si lo que nosotras le dijéramos fuera a arreglarlo todo.

—¿Qué quieres que aporte, niña, si yo no sé nada? —La sonrisita de Vicenta la delataba.

—Vamos, Vicenta. Hablaba en broma, ya lo sabes… —aclaró Sara con dulzura.

—Mira, niña. Lo que te sucedió fue una faena, pero no puedes estar toda la vida con miedo a que cada vez que empieces una relación vuelva a ocurrir. Nos pasamos la mayor parte de la vida con miedo a algo, sin darnos cuenta de que estamos de paso y de que lo único que hace ese miedo es impedirnos disfrutar. Afróntalo, Sara; no te tenía por una cobarde. Si sale mal, al menos lo habrás intentado.

—Puede que tengas razón, pero dejad de enredarme y al lío. —Sara no quería seguir hablando de ella y de Edu, y para evitarlo cambiaba de tema.

Vicenta chasqueó los labios como si no estuviera de acuerdo, pero no dijo nada, así que Sara continuó hablando—: ¿Qué ha pasado con Marcos? —

Era una pregunta sencilla. Podría responderle un montón de cosas, entre ellas que empezaba a tener sentimientos por él que preferiría no albergar, pero resumí la mejor noche de mi vida en siete palabras.

—Pues que la he cagado pero bien.

—Te has acostado con él. —Sara no hizo una pregunta, fue una afirmación.

—Sí, varias veces. Pero tú también lo hiciste, así que no es para tanto.

Mañana iré a trabajar como si no hubiera pasado nada entre nosotros

y listo.

Vicenta se levantó de su silla y se encaminó hacia la puerta.

—No sé ni por qué me molesto, a la juventud cada día os cuesta más daros cuenta de las cosas. Ni siquiera sabéis vivir, simplemente vivir, y eso que pensaba que con mis nietas ya había cubierto el cupo de mujeres bobas.

En fin, ya os daréis la hostia vosotras solitas… Lo malo será que estaré aquí para tener que aguantaros. —Cerró de un portazo sin despedirse. Me giré hacia Sara preguntándole con la mirada si se había enterado de algo.

—Ya te dije en su día que estaba un poco senil. A lo que íbamos: sí, Marcos y yo nos acostamos hace mucho, y de verdad que me gustaría que tuvieras razón, pero me parece que entre vosotros dos va a ser un poco más difícil. No creo que seáis capaces de hacer como si nada hubiera pasado.

Observé a Sara con cierta ansiedad, ella conocía a Marcos mejor que yo.

¿Cómo era posible que hubiera vuelto a enredar mi vida de esa manera?

37. La nota

Estiré mi mano hacia el otro lado de la cama. Me desperté de golpe al percatarme de que no había nadie, el lado donde había dormido Julia estaba incluso frío.

Me puse unos calzoncillos y unos pantalones y salí a buscarla. La llamé un par de veces y, al no obtener respuesta, me dirigí a la habitación de invitados. Su ropa ya no estaba allí, se había ido y ni siquiera se despidió de mí. Me invadió cierta desazón.

Caminé con el piloto automático puesto hasta la cocina. Al ir hacia la nevera a por leche vi que en la libreta de las notas de la compra había algo escrito. Jamás utilicé esa libretilla, era demasiado pequeña. La cogí y me senté en la silla de la cocina, como si ya supiera de antemano que no me iba a gustar lo que me disponía a leer y prefiriera estar sentado.

No ha estado mal.

Nos vemos en el restaurante.

Julia

¿Que no había estado mal? Joder, esa tía sí que sabía cómo bajarle la moral a un hombre.

Me levanté de golpe y me hice un café. Intenté recordar todo lo que había pasado la noche anterior, pero tuve que parar mis pensamientos porque empezaban a apretarme los pantalones. Lo que quería averiguar era si ese

«no ha estado mal» era real o Julia lo utilizaba para hacer que quien se sintiera mal fuera yo.

Desde luego, para mí había sido mucho más. Pero si ella quería que las cosas se quedaran ahí, por mí perfecto. No voy a negar que me sorprendí al no encontrarla en mi cama esa mañana, pero en ese momento, sentado con

un café entre las manos, respiré aliviado; por lo menos Julia tenía claro que aquello no pasaría de una noche de sexo. Sin embargo, podría haber escrito otro tipo de nota, no sé, algo menos frío. Sacudí la cabeza ante ese pensamiento; ¿desde cuándo yo quería que las tías me dejaran notas?

Me sorprendí caminando hacia mi habitación mientras doblaba el papelito que me había escrito Julia y lo guardaba en mi mesita de noche.

Me fui a la ducha y cuando quise darme cuenta se me había pasado la mañana. Pedí comida china y me pasé toda la tarde y parte de la noche viendo series.

*

Me hallaba tan concentrando preparando los platos de esa noche que no oí entrar a Julia. Me percaté de su presencia cuando oí que organizaba sus cosas.

Al girarme para saludarla me pasé más rato del necesario observándola.

No sé si eran cosas mías o Julia estaba cada día más bonita.

—Hola, no te he oído entrar —dije en un tono suave.

—Hola, no pasa nada. Voy a preparar el pastel de chocolate —respondió ella.

No me miró a la cara en ningún momento. No supe si por incomodidad o

por vergüenza, ninguna de las dos cosas me gustaba.

—Creo que tendríamos que hablar de lo que pasó ayer. —Quería saber qué había significado para ella y qué esperaba a partir de ese momento.

—Yo creo que está todo dicho. —No iba a ponérmelo fácil.

—¿Seguro?

—Sí, Marcos. Somos dos personas adultas que se han acostado una noche. Ya está. —Sin entender el motivo, sus palabras me escocieron.

—De acuerdo, pues ya está. —La suavidad de mi tono se disipó y hablé con más brusquedad de la que pretendía.

—Lo último que quiero es que esto afecte a nuestra relación laboral. —

Entendía que a Julia le preocupara su trabajo; sin embargo, me producía cierto resentimiento que lo antepusiera a todo.

—No te preocupes, bonita; seguimos siendo jefe y empleada. Y ahora deja de hablar, que no puedo concentrarme. —Mis palabras sonaron rudas y con un matiz muy desagradable.

—¡Porque tú lo digas! —espetó. Levanté la vista para mirarla. Sus mejillas estaban sonrosadas, tuve que contener las ganas de acercarme a ella y besarla.

—¿Perdona? —Me hice el ofendido.

—Que no me mandes callar como si estuviéramos en el colegio; una cosa es que seas mi jefe y otra que te comportes de la forma en que lo estás haciendo.

Me di la vuelta y una sonrisa se dibujó en mis labios. Julia me gustaba, no podía seguir engañándome para hacerme creer lo contrario.

Lo que sí tenía claro era que, por mucho que me gustara, no volvería a acostarme con ella, o al final la cosa repercutiría en nuestro trabajo. Ya la perdí una vez y tuve más que suficiente para saber que necesitaba a Julia en mi equipo. Una pregunta inundó mi mente: ¿quién estaba anteponiendo ahora el trabajo a todo? Preferí silenciarla.

38. Otra vez

Me sentía incómoda. No sabía cómo actuar y cada vez que pasaba cerca de Marcos de lo único que tenía ganas era de tocarlo con la

misma intimidad que lo había hecho dos noches atrás.

El resultado de tanta tensión fue que el pastel de chocolate no acabó de quedarme como otras veces. El servicio fue largo, pero al terminar lo primero que pensé fue que por fin podría irme a casa. La voz de Sara me sacó de mis pensamientos.

—Marcos, si no te importa me voy a casa, no me encuentro muy bien. —

Me giré para mirarla y la encontré algo pálida.

—Claro, Sara, sin problema. Tienes que estar realmente mal para irte antes…

—Sí, lo estoy.

Me sequé las manos y acompañé a Sara hasta la puerta.

—¿Qué te pasa? Tienes mala cara. —Mi voz transmitía la preocupación que sentía.

—No lo sé, debo de estar incubando algo.

—¿Quieres esperarme?, no me queda mucho para terminar.

—Prefiero irme ya. Estoy bien para llegar, pero lo único que me apetece es meterme en la cama.

—Vale, yo voy enseguida y te cuido. —Le di un beso en la mejilla y ella me correspondió con un abrazo.

La vi alejarse arrastrando ligeramente los pies y, por primera vez desde que la conocía, percibí su fragilidad.

Volví a mi puesto de trabajo para acabar lo que estaba haciendo.

Aproximadamente una hora más tarde y cuando ya no quedaba mucho por recoger en la cocina, entró Edu.

—Jefe, el salón está listo. El resto del personal ya se ha ido, me marcho yo también.

—Hasta mañana, Edu.

—Julia, ¿quieres que te acompañe a casa? —Marcos y yo nos giramos para mirarlo—. Lo digo para que no te vayas sola, como Sara se ha

marchado antes...

—No te preocupes, Edu. Ya la acompaño yo cuando termine.

—También puedo irme yo sola, no necesito guardaespaldas —respondí, y noté los ojos de ambos puestos en mí.

—No te preocupes, Edu. Yo la llevo.

Edu cerró la puerta con un «buenas noches» y yo me quedé mirando a Marcos con cara de mosqueo.

—He dicho que me voy sola, ¿por qué haces como si no hubiera hablado?

Me saca de quicio.

—A mí hay tantas cosas de ti que me desquician…

—Eres un encanto, de verdad.

Continué recogiendo, haciendo más ruido del necesario. Marcos sacaba una parte de mí que no me gustaba en absoluto, o quizá esa era más yo que nunca y con Ignacio lo único que hacía era contenerme.

—Lo siento —me dijo, y yo di un pequeño respingo. Marcos me había asustado, pero no por su proximidad, sino más bien por todo lo que sentía cuando lo tenía tan cerca.

Me susurró ese «lo siento» tan cerca del oído, con su aliento rozándolo, que consiguió estremecerme. Me giré despacio y mis ojos se engancharon a los suyos. Había un deseo tan ávido en ellos que tuve claro lo que pasaría a continuación.

Nuestros labios se juntaron y nos besamos con desesperación. Marcos prácticamente me arrancó la ropa y me subió encima de la encimera de la cocina.

Los siguientes cuarenta minutos no intercambiamos ni una palabra, solo se oyeron nuestros jadeos y el sonido de algunos utensilios de cocina al caer al suelo.

39. ¿Dónde me estoy metiendo?

Marcos y yo llevábamos unas semanas acostándonos cada noche. No fui capaz de mantenerme firme en ese punto; cada vez que él estaba

cerca, me flojeaban las piernas, era como volver a ser adolescente. Y lo peor no era eso, sino que no podíamos apartar las manos el uno del otro. Lo que más me gustaba y más miedo me daba era la complicidad que se había establecido entre nosotros

Acababa de levantarme. Esa noche, como casi todas últimamente, la pasé en su casa. Me fui a la cocina y preparé café. Me serví uno bastante cargado y me senté a tomármelo. Nada más hacerlo, lo vi entrar. Solo iba vestido con unos bóxers negros. Lo había visto desnudo durante toda la noche, pero esa imagen consiguió volver a avivar mi deseo.

—Dime que estás haciendo café. —Su voz sonaba cargada de sueño.

—No lo estoy haciendo, ya lo he hecho.

—Eres la mejor.

—Lo sé. —Puso su mano en mi hombro y fue bajando en una caricia suave y perezosa que me provocó un escalofrío—. Si no paras, llegaremos tarde. —Lo veía venir.

—Alguna ventaja debe tener ser el jefe. —Apartó las manos de mí refunfuñando algo que no acabé de entender—. ¿Te apetece que salgamos a cenar esta noche?

—Algún día tendré que ir a dormir a mi casa. Lo sabes, ¿verdad? —

Marcos se tensó ante mi contestación, estaba claro que no le había hecho ni pizca de gracia. Quizá no fue muy acertado por mi parte decirle eso la primera vez que me proponía salir a cenar fuera, y la verdad era que me apetecía, pero me daba la sensación de que lo nuestro cada vez se iba enredando más.

— *Okey* —contestó de forma demasiado seca.

—No te enfades… Anda, ven aquí. —Intenté acercarlo a mí, pero se alejó.

—No me enfado —rebatió, y a la vez frunció el ceño. Le había sentado mal mi respuesta, aunque él dijese lo contario.

—Me encantará ir a cenar contigo —dije finalmente. Por una parte, no quería que lo nuestro se «complicara» más, pero, por otra, me apetecía muchísimo hacer algo con él fuera de aquellas cuatro paredes.

—¿De verdad? —Me miró con una mezcla de incredulidad y alegría.

¡Dios!, cada vez estaba más colada por él.

—De verdad, pero ¿el restaurante?

—Hoy es un día flojo, no hay muchas reservas. Puedo dejar a Edu en la cocina y a Sara en el salón. Por cierto, ¿sabes qué les ha pasado a esos dos?

—No tenía claro si debía decírselo, pero estaban tan mal que saltaba a la vista que algo les había sucedido.

—Últimamente no hablo mucho con Sara porque mi jefe me tiene secuestrada, pero creo que Edu la ha dejado.

—¿De verdad? No sé por qué, pero pensé que había sido cosa de Sara. —

Con la siguiente frase cambió totalmente la expresión de su rostro, que se volvió de lo más pícara—: A ver, repite eso de que tu jefe te tiene secuestrada…

No me dejó hablar. Se abalanzó sobre mí y, tal y como predije, acabamos llegando tarde.

Cuando Sara me dio la oportunidad de empezar de cero, me prometí a mí misma que el trabajo sería lo más importante, porque gracias a él podría mantener la vida que llevaba y no verme nunca más como lo hice después de que Ignacio me dejara, es decir, sin un medio con el que mantenerme.

Pero esa noche rompí mi promesa al llegar tarde a mi puesto y al irme de él antes para poder cenar con Marcos. Sacudí la cabeza intentando alejar esos

pensamientos. Me propuse disfrutar todo lo que pudiera de la cena y no darle más vueltas al asunto.

Me lo pasé fenomenal. Fuimos a un restaurante precioso en el que la comida y los postres estaban deliciosos. Marcos y yo hablamos durante toda la cena. Cuanto más lo conocía, más me gustaba, pero no fui capaz de apagar la alarma que resonó en mi cabeza durante toda la velada; y es que la situación en la que me encontraba con Marcos se iba pareciendo demasiado a la que viví con Ignacio. La similitud no era por la relación en sí —que no tenía nada que ver, ya que con

Marcos era más yo de lo que lo había sido nunca con ningún otro y él no se comportaba como Ignacio, aunque este al principio también se mostraba encantador—; lo que de verdad me preocupaba era que volvía a depender de un hombre para muchas más cosas de las que me gustaría. Marcos era mi jefe y, si pasaba algo entre nosotros, tendría que dejar mi puesto de trabajo. Sin embargo, eso tampoco era lo que más me angustiaba. Lo que de verdad me inquietaba, aunque me costara reconocerlo, era que tenía sentimientos hacia Marcos que nunca experimenté por Ignacio, y eso me causaba pavor.

Intenté apagar esa alarma, pero incluso cuando salimos del restaurante y Marcos rodeó mis hombros, continuaba oyéndola.

40. Poco hombre para ella

Era la primera vez desde que tenía el restaurante que me tomaba una noche libre. No me sentía mal por ello, pero sí un poco extraño, algo inquieto y con ganas de llamar a Sara cada dos por tres para saber qué tal les iba.

Paré mis pensamientos porque si no la noche sería un desastre, y quería disfrutar de unas horas junto a Julia.

Decidí salir a cenar con ella porque creí que así podríamos hablar tranquilamente sin acabar en la cama. Aunque no descartaba que termináramos ahí, necesitaba mantener una conversación con ella, además de que me apetecía tener una cita con Julia; eso era algo que no dejaba de sorprenderme, ya que hacía muchísimo tiempo que no tenía la necesidad de otra cosa que no fuera sexo esporádico.

Elegí un restaurante pequeñito al que no había ido nunca, pero del que tenía muy buenas referencias.

Nos sentaron en una mesa apartada, el ambiente era tranquilo y me sentí a gusto rápidamente. Abrí la carta para ojearla y vi cómo Julia la cerraba a los pocos segundos.

—¿Ya sabes lo que vas a pedir? —le pregunté, mirándola con curiosidad.

—Sí. —Su respuesta fue escueta, incluso esperé por si quería añadir algo más. No lo hizo.

—¡Qué rapidez!

Julia no contestó. La notaba extraña desde el día anterior, algo distante y sutilmente fría. Una especie de desazón me invadió. Me tragué el nudo que

se formó en mi garganta para preguntarle:

—¿Te pasa algo, Julia?

—No, qué va. Estoy bien.

Su sonrisa no le llegó a los ojos y tuve la certeza de que mentía, aunque preferí no seguir insistiendo, así que cambié de tema y me engañé a mí mismo durante toda la cena pensando que las cosas marchaban bien.

Cuando salimos del restaurante hacía fresco, pero decidimos ir caminando a casa para bajar la comida (que, por cierto, estaba buenísima).

—Ven aquí, anda, que estás tiritando.

—Es que hace frío. —Le castañeteaban los dientes. Le pasé el brazo por los hombros y la acerqué a mí.

Fui hablando todo el trayecto. Julia estaba más callada de lo habitual, quizá fuera debido al frío. Cuando apenas quedaban diez minutos para llegar a mi casa pasamos por delante de uno de los hoteles más lujosos de la ciudad.

Yo lo vi antes que ella, se encontraba en mitad de la calle fumando.

Llevaba un abrigo largo y unos zapatos que seguramente costaban lo que yo ganaba en un mes. Su apariencia era sumamente elegante, aunque, si yo vistiera así, me sentiría disfrazado. Ignacio miraba al frente, pero como si oyera mis pensamientos se giró y nos observó. Pude percibir el cambio en su rostro al reconocernos; entrecerró ligeramente los ojos, cerciorándose de que lo que veía era real.

Noté el momento exacto en el que Julia reparó en él porque su cuerpo se tensó e intentó apartarse de mí, aunque no la dejé. No lo hice por el hecho de que deseara presentarme frente a Ignacio como si ella fuera de mi propiedad, fue más bien por protegerla y porque con Julia entre mis brazos yo me sentía más seguro.

Ignacio dio una calada larga a su cigarro y lo tiró, lo pisó mientras daba dos pasos en nuestra dirección. Su cara era de una crueldad extrema. Me preparé para lo que estaba a punto de decir.

—Vaya, vaya… Tú sí que sabes, nena. Nada mejor que ser una mantenida a cambio de calentar la cama de los jefes, ¿eh? —Ese «nena», dicho con una mezcla de posesión y desprecio, me cabreó casi tanto como el resto de la frase.

Asumí que Julia no reaccionaría, se había quedado lívida. Justo cuando yo iba a contestar, ella se soltó de mi brazo y se acercó a Ignacio. Nunca vi a Julia con esa expresión y esa mirada.

—No vuelvas a hablarme así en tu vida. Me acuesto con quien me da la gana porque soy una mujer libre. Libre, ¿lo entiendes? Deberías haberte aplicado el cuento.

Durante una fracción de tiempo pensé que tendría que intervenir, pero Julia sabía defenderle perfectamente.

—Sabes que te engañé porque no me dabas lo que quería —espetó Ignacio con cierto matiz de despecho.

—Me engañaste porque eres un gilipollas. —La hostia que le pegó Julia resonó en toda la calle. Me dolió hasta a mí—. No me dirijas la palabra.

Nunca más.

Vi que Ignacio iba a levantar la mano; no lo hizo del todo, pero fue un acto reflejo. Una ira irracional se apoderó de mí. Le lancé una mirada de advertencia, pero él no me veía a mí, sino que observaba a su alrededor, reparando en que estaba en mitad de la calle. Bajó el brazo despacio. Tenía la certeza de que, si se hubiera encontrado en otro lugar, habría golpeado a Julia.

Me quedé clavado en el suelo, la rabia no me dejaba reaccionar. Debía tranquilizarme un poco o explotaría allí mismo. Respiré profundamente y miré a Julia, que ya se alejaba. Conseguí moverme y, al pasar junto a Ignacio, este se giró y me dijo:

—Eres poco hombre para ella —dijo con desprecio. En una situación menos grave, hasta me habría reído.

—Creo que tenemos un concepto muy diferente de lo que es ser un hombre —aclaré.

Tuve que correr detrás de Julia porque, aunque ella no lo hacía, caminaba rápido. Eso sí, con la cabeza más alta de lo que le había visto nunca.

41. Nuestro pasado

Me desperté junto a Marcos. En esos momentos, no existía un sitio en el mundo donde quisiera estar que no fuera allí, con sus brazos rodeando mi cuerpo.

Permanecí un rato saboreando esa sensación tan placentera, hasta que Marcos se removió y supe que estaba a punto de despertarse. Aún se encontraba medio dormido, pero me besó el cuello y sus manos empezaron a trazar círculos sobre mi estómago. Después, en una caricia suave, se deslizaron por mi cuerpo desnudo haciendo que me estremeciera. Me colocó encima de él y al mirarlo a los ojos vi tanta ternura que me emocioné.

No dijimos ni una palabra mientras hacíamos el amor, pero la noche anterior un elefante se había colado en la habitación y éramos incapaces de hacerlo desaparecer.

*

Estaba sentada en la cocina saboreando mi café cuando noté los ojos de Marcos fijos en mí.

—¿Qué? —le pregunté. Sabía que quería decirme algo, pero no acababa de arrancar.

—¿Quieres hablar de lo de anoche? —Con su respuesta apareció el elefante.

—No es que me apetezca especialmente, pero quizá te deba una explicación.

—A mí no me debes nada; cuéntame lo que tú quieras, y si no te apetece hablar, también lo entenderé. —Marcos ponía las cosas tan fáciles que

conseguía sorprenderme. Aun sabiendo que su comportamiento era normal, no podía evitar compararlo con el que tuvo Ignacio hacia mí y ser cada vez más consciente de lo ciega que estuve.

Durante la siguiente hora le hice a Marcos un resumen de lo que fue mi vida. Le expliqué cómo se deterioró mi relación con Ignacio, el cambio que se produjo en él y la manera en la que me vi atada de pies y manos ante la situación de mi madre.

Marcos permaneció atento y serio durante todo el tiempo que estuve hablando, pero cuando llegué a la última parte se levantó a beber agua. Me fijé en él mientras agarraba el vaso, sus manos temblaban de una forma alarmante.

Estuvimos unos segundos callados. Los dos intentábamos digerir mi

relato; él, supongo que por la sorpresa de todo lo que escuchó, y yo porque, cuanto más lo hablaba, más surrealista me parecía. Por culpa de Ignacio pasé por situaciones realmente extremas.

Marcos tomó aire, haciéndome salir de mis pensamientos, y por fin habló:

—Lo siento, pero da igual lo que diga, porque no soy neutral en esta historia. Por mucho que lo fuera, Ignacio es tan cabrón, por decirlo suavemente, que no hay modo alguno de sentir ni una pizca de empatía hacia él. Me sabe fatal que hayas tenido que superar semejantes dificultades tú sola.

—Cuando lo explico, me da la sensación de que pertenece a otra vida, es como si le hubiera ocurrido a otra persona; no entiendo cómo permití que me hiciera todo eso.

—Pero no es verdad, corresponde a esta vida, y se trata de la tuya. No le ha pasado a otra persona, sino a ti, y nadie debería pasar algo igual.

—Lo sé. —Me sentía al borde del llanto.

—No deberías sentirte culpable por ello. Pensar que debiste pararlo o que no hiciste lo suficiente. Nadie sabe cómo actuaría ante una situación así. Y

si no hiciste más fue porque no pudiste.

—Tienes razón, pero muchas veces me da rabia ser consciente de que lo que llevo peor no fue el año que estuve con él, sino el tiempo que viví en la calle. Me sentí tan vulnerable…

—Me imagino, pero no debes castigarte por eso. Es normal que no recuerdes lo vivido con Ignacio como algo tan malo, te tenía completamente anulada y sacó su peor parte cuando decidiste dejarlo. —Marcos agachó la cabeza y noté cómo tragaba, parecía que él también se encontraba al borde de las lágrimas.

—Es verdad, nunca me comporté con él como yo era realmente. Ignacio se encargó de hacerme pequeñita, muy pequeñita, pero jamás me trató como lo hizo cuando me planteé dejarlo.

—Debió de ser una situación muy dura. —Marcos me miró con cariño.

—¿Sabes qué llevaba realmente mal? —Marcos negó con la cabeza—. El hambre y sentirme sucia era malo, pero la soledad y el desamparo

eran lo peor.

Mis ojos empezaban a ponerse vidriosos, si no paraba acabaría llorando a moco tendido. Vi que Marcos se levantaba de la silla y llegaba junto a mí, se agachó para rodearme con sus brazos y fue cuando me rompí.

Lloré por mi madre, por todo lo que había pasado; lloré por haberme dejado pisotear por Ignacio de aquella manera; pero, más que nada, lloré por mí y por lo que me tocó vivir.

No sé el tiempo que Marcos estuvo agachado en el suelo de la cocina mientras yo lloraba en su hombro, pero cuando ya no me quedaba ni una sola lágrima me sentí relajada. No había llorado así desde el día en que Sara me encontró.

Fuimos caminando hasta el sofá. Me fijé en que Marcos apretaba con fuerza la mandíbula y parecía tenso. Quise tranquilizarlo de alguna manera.

—Me ha venido muy bien poder desahogarme, no lloraba así desde hacía mucho.

—Me alegro, y te agradezco que hayas compartido conmigo tantas cosas, considero que eso es fundamental para conocerte mejor. Por ese motivo creo que te debo algo. Me gustaría contarte mi historia, que, aunque no es tan… dura como la tuya, en su momento me hizo bastante daño.

—No me debes nada y no tienes que hacerlo si no te apetece.

—Ya lo sé, pero deseo explicártelo. Quizá, tal y como me ha pasado a mí contigo, te ayude a comprenderme mejor.

Marcos habló durante un rato, me contó lo que le pasó con Noelia. Me quedé alucinada. Ya conocía la historia porque Sara me la contó, lo que nunca me dijo fue que la persona con la que Toni la engañó era la pareja de Marcos.

—Vaya, lo siento. —Aunque Ignacio también me engañó, era consciente de que la infidelidad de Noelia y Toni les dolió por muchos otros motivos.

—Hace bastante de eso, lo que pasa es que me marcó. Nunca he soportado la mentira, y con Noelia me sentí humillado y engañado. Desde entonces me cuesta confiar en la gente, especialmente en las

mujeres, por eso no he vuelto a mantener ninguna relación.

Mientras hablaba acariciaba mis manos. Resultaba curioso cómo el pasado puede afectarnos y condicionarnos la vida. Estaba segura de que, antes de lo que le pasó con Noelia, Marcos debía de ser una persona a la que no le resultaba difícil confiar en los demás.

Permanecimos mucho tiempo tumbados en el sofá acariciando nuestras manos. No recordaba haber estado con nadie así; sin intercambiar palabras, simplemente comunicándonos con caricias.

42. Por nosotros

Ese día le pedí a Julia que me acompañara al mercado. Muchos proveedores me llevaban los productos al restaurante, pero había cosas que a mí me gustaba comprar, y de paso podríamos dar una vuelta juntos. Me sorprendió la necesidad que sentía de compartir momentos con ella y de tenerla cerca. Con Julia, todo mejoraba.

Unos días atrás nos habíamos sincerado el uno con el otro y notaba a Julia aún más distante; quizá fueran imaginaciones mías, o simplemente se trataba de que ella necesitaba un tiempo para volver a sentirse cómoda a mi lado. No quería darle muchas vueltas, porque me encontraba tan bien con ella que prefería no llamar al mal tiempo.

Paseamos por el mercado y me sorprendí observando a Julia cada vez que se paraba a mirar algo. Estaba preciosa; no tenía claro si había cambiado mucho desde la primera vez que la vi o si me había enamorado como un imbécil de ella (ya se sabe que de algún sitio viene la frase de que

«el amor es ciego»). Pero, a medida que pasaban los días, me fui dando cuenta de cómo la miraban otros hombres y supe que en este caso no estaba tan ciego.

Me paré en la pescadería. Iba a comprar allí desde que me llevaba mi madre siendo un crío, la señora Antonia debía de estar a punto de jubilarse. Esperaba que fuera de esas personas que no quieren retirarse nunca, me encantaba que me atendiera ella porque siempre me ponía el mejor producto y, además, le tenía un cariño especial.

—Buenos días, Antonia. ¿Soy yo o cada día está más joven?

—Anda, niño, cállate, que ya sabes que voy a ponerte lo más bueno, aunque no me hagas la pelota. —Fue en esos momentos cuando reparó en Julia—. Vaya, vaya, qué bien acompañado vienes hoy.

—Antonia, le presento a Julia, mi pareja. —Noté cómo Julia se tensaba a mi lado y la alegría se me borró del rostro.

—Encantada, Antonia. —Julia se recompuso y contestó con su mejor sonrisa.

—Igualmente, bonita. Espero que este granuja te esté tratando bien; si no es así, dímelo, que sé cómo arreglarlo. —Reí al ver la cara de las dos mujeres.

—No hará falta, Marcos es una persona encantadora. —Por primera vez en muchos días, el gesto de Julia al mirarme transmitía dulzura.

—Sí, lo es —confirmó Antonia.

Cuando acabamos de comprar le comenté a Julia que pasáramos por el restaurante para dejar las cosas allí. Una vez colocadas me puse manos a la obra.

—¿Qué haces? —me preguntó con cierta sorpresa.

—Hemos salido de casa tan rápido que solo tomamos un café y una tostada, voy a preparar algo para almorzar. Tú siéntate ahí, que voy a traerte una copa de vino.

Podría acostumbrarme a estar siempre así con Julia. Era tan sencillo todo; los silencios, las risas, la complicidad…

Ella consiguió que derribara los muros que fui levantando desde el momento en que Noelia me engañó. Pensé que no sería capaz de volver a querer como lo hice con ella, pero entonces Julia irrumpió en mi vida para desbaratar lo que tanto me había costado edificar. Lo más impresionante de todo era que tenía sentimientos hacia Julia que estaban muy por encima de los que alguna vez tuve por Noelia.

Me acerqué a ella. Parecía absorta en sus pensamientos, y cuando se giró vi cierta tristeza en sus ojos. Se me encogió el estómago.

—Toma —dije poniendo en su mano una copa de vino—, vamos a brindar. —Alcé la mía y ella me imitó—. Por nosotros.

Julia bajó la mirada hasta la copa y bebió un pequeño trago. No me pasó inadvertido su gesto de desánimo.

43. Una pareja

Aquel día me desperté de buen humor y decidí dar una tregua a los

pensamientos tan negativos que me acompañaban últimamente.

Marcos y yo fuimos a correr un rato (empezaba a estar en forma y cada vez aguantaba un poco más), después haríamos una comida elaborada y, si acabábamos pronto, podríamos ver una película. Por las noches llegábamos tan tarde que nunca aguantábamos hasta verla terminar.

Estábamos haciendo la comida en casa de Marcos. Puede parecer una tarea sencilla, pero, al ser ambos cocineros, aquello se asemejaba más a una competición que a una comida para dos.

Yo, por supuesto, me encargaba del postre. Decidí hacer algo sencillo a base de frutas, ya que tampoco era plan de estar todo el día atiborrándonos de dulce.

—¿Cómo lo llevas? —me preguntó Marcos, más por ver si iba ganando que porque le interesara el estado del postre.

—Casi he acabado —contesté con prepotencia.

—¿¡Ya!?, voy a tener que tomar cartas en el asunto…

Y las tomó, vaya si las tomó, con tanto entusiasmo que por poco se nos quema la comida. Le dio el tiempo justo de levantarse para apagar el fuego y volver a tirarse junto a mí en el suelo.

—¿Qué has hecho conmigo, Julia? —Esa frase consiguió que los pensamientos que me habían perseguido los últimos días volvieran a invadirme. Necesitaba moverme, así que me levanté del suelo.

—Me voy a la ducha.

—¿Quieres que te acompañe? —Alzó las cejas una y otra vez en un gesto que me hizo sonreír.

—Prefiero hacerlo sola.

—Vale, venga, cuando tú salgas me ducho yo y mientras voy poniendo la mesa.

Al dirigirme al baño pensé en qué diferente me parecía ese Marcos al que conocí en el restaurante las primeras veces que estuve con él, y en cómo engañaban las apariencias. Ignacio, tan encantador desde el principio, tan pendiente de mí, tan respetuoso y, después, tan cabrón; y Marcos, tan borde, maleducado y estúpido al principio, y ahora…

Estuve en la ducha más tiempo del preciso dándole vueltas a todo.

Finalmente, me propuse disfrutar de la comida y de Marcos.

Cuando salí, la mesa se veía espectacular. Marcos había emplatado la comida y la dejó en el horno para que no se enfriara mientras se duchaba, yo puse el postre en la nevera y esperé a que saliera del baño.

Nos sentamos a comer en silencio. Cuando probé el primer bocado tuve que cerrar los ojos, el sabor era impresionante.

—Esto está espectacular —le dije con los ojos aún cerrados.

—Ni que lo hubiera hecho un cocinero, ¿eh? —Sonreí.

Hablamos del restaurante y de cosas triviales, pero nos mantuvimos callados mucho tiempo. Estábamos a gusto y se notaba, no nos hacía falta cubrir los silencios.

Recogimos y elegimos una película. Tardamos casi más en escogerla que lo que duraba la película en sí, no había manera de coincidir.

¿Lo mejor? Que apenas veinte minutos después Marcos se quedó dormido. Lo miré a él, que descansaba con la cabeza recostada en el sofá y una mano agarrando la mía, y después observé mi alrededor. Parecíamos una pareja normal y corriente, y yo podría acostumbrarme a eso con demasiada facilidad.

44. Tener que elegir

Después de algunas semanas sin hacerlo, esa mañana me desperté en mi cama. Sabía que Sara me estaría esperando en el salón, hacía muchos días que no dormía allí y teníamos un montón de cosas de las que hablar.

Cuando llegué al umbral de la puerta me hizo gracia encontrarme también a Vicenta. Aquella mujer se pasaba el día allí.

—Vaya, niña, benditos los ojos. —La voz de nuestra vecina era el sarcasmo en estado puro.

—Hola, Vicenta, ¿qué tal? —le contesté mientras caminaba hacia la cocina.

—Peor que tú, eso seguro. —Cogí una taza y me senté a la mesa con ellas. Sara me miró y empezó a hablar.

—Hace un montón de días que prácticamente no te veo, no digamos ya lo de sentarnos a conversar. Como va a resultar imposible sacar a la vieja de aquí, ya puedes ir desembuchando, porque… ¡Ay! —Vicenta acababa de darle una colleja bastante fuerte a Sara. Escondí mi sonrisa detrás de la taza.

—¿Has visto la fuerza que tiene «la vieja»?, pues vuelve a llamarme así y te tragas los dientes. —Vicenta habló con el ceño fruncido, pero una pequeña sonrisa se escapaba de sus labios.

—Pero si tú misma te llamas así... —Sara se tocaba la nuca con una expresión que dejaba entrever cierta (o fingida) indignación.

—Exacto: yo, no tú.

Interviene antes de que se enzarzaran más y no acabaran nunca. Les expliqué lo que había pasado con Marcos y cómo me sentía al respecto. El encontronazo con Ignacio y lo a gusto que me quedé después de darle el tortazo. La primera en opinar fue Vicenta:

—No voy a malgastar palabras en hablar de ese indeseable, voy a centrarme en Marcos; si tan claro lo tienes, no sé qué haces.

—No he dicho que lo tenga claro, he comentado que no puedo seguir así.

—Pues eso. —Vicenta me miraba como si yo fuera tonta y no me enterara de nada.

—He pasado unos días increíbles a su lado, Marcos es una persona maravillosa y siento tantas cosas por él que…

—Ahí está la cuestión. Eso es lo que debes analizar, pero me parece que, si seguís así, lo vuestro no llegará a ningún sitio —apuntó Vicenta.

—¿Qué quiere decir con «seguir así»? —pregunté; la mayoría de las veces no entendía lo que aquella mujer quería transmitirme.

—De verdad que los jóvenes sois tan cortitos…

—Vaya, gracias —intervino Sara con cara de mosqueo.

—De nada. —Al parecer a Vicenta no le importó lo más mínimo la expresión de Sara—. Esta relación no está equilibrada. Si sale mal, él tendrá que recomponer su corazón; sin embargo, tú alterarás toda tu

vida, porque perderás mucho más que a Marcos. —En eso lo clavó, era lo que más me preocupaba desde que Marcos y yo empezamos a acostarnos.

—Es lo que más miedo me da, dependo de él para demasiadas cosas. —

Mi voz sonó como un susurro, dudé si me habían oído.

—En otras circunstancias te diría que lucharas contra tus miedos, pero, en estas, lo que tienes que hacer es no depender económicamente de la persona con la que te acuestas. No es tan difícil, bonita; donde pongas la olla no metas…

—Suficiente. Lo he entendido, creo. Me estás diciendo que cambie de trabajo. —Vicenta conseguía desconcertarme.

—Te estoy diciendo que creas en ti, que apuestes por ti. Y si luego llega el amor, pues perfecto, pero de momento te estás volviendo a meter en una relación de la que saldrás perdiendo. En tu caso no se trata de orgullo, se

trata de que necesitas valerte por ti misma, eso te dará seguridad y un montón de cosas más de las que andas escasa.

—Está bien, llevo bastante tiempo pensando en ello. Dejaré a Marcos, por mucho que me duela. Porque necesito y me gusta mi trabajo. Tengo que ser capaz de separar las cosas.

—Ay, bonita, qué boba eres. Eso ya lo has intentado y no ha resultado. Te has enamorado de Marcos, aunque no quieras reconocerlo ni contigo misma, pero si sigues así lo echarás todo a perder. Me voy, cada vez me resulta más difícil hacer ver al que no quiere quitarse la venda de los ojos.

—Y con esta frase se levantó de la mesa y cerró la puerta con suavidad.

—¿Has entendido algo? —le pregunté a Sara, porque con Vicenta nunca tenía claro si lo que yo había entendido era lo que ella quería decirme.

—Eso es lo que suele pasar, que la persona que tiene que comprenderlo tarda un poco más de la cuenta. —Sara tenía una media sonrisa que daba a entender que la única que no se había enterado era yo. Me sentí algo tonta.

—¿Qué hago, Sara? Me gusta Marcos, me gusta mucho, pero no puedo seguir así.

—Pues tienes dos opciones: o lo dejas a él o dejas el trabajo.

—Me gustan muchísimo las dos cosas.

—A veces hay que saber elegir. —La ambigua contestación de Sara me dejó un rato pensativa.

La vida no era justa conmigo, tenía que renunciar a una de las dos cosas que más me gustaban para que la otra funcionara. Empezaba a comprender lo que debía hacer, y aunque pensé que cuando esto sucediera me sentiría mejor, me pasó todo lo contrario. ¿Por qué era la vida tan complicada?

45. Te invito a un gin-tonic

Llevaba más de dos horas trabajando en la cocina. No dije ni una palabra en todo ese tiempo, pero es que no encontraba el momento adecuado para comentarle a Marcos que no podíamos seguir juntos. Me estaba costando tanto…, me sentía tan bien con él... Estuve esas dos horas creando un discurso en mi cabeza, eligiendo las mejores palabras y adornando una situación que, francamente, no había manera de suavizar. Entonces recordé algo que suele decirse: «duele menos sacar una tirita si lo haces rápido»; podía ser la forma idónea de llevar a cabo lo que tenía en mente. Quizá Marcos se lo tomaba mejor de esa manera, quien no lo llevaba bien era yo.

Hacía unas cuantas noches que no pegaba ojo pensando en que debía hacerlo, pero alargando más de lo necesario la situación, porque no quería separarme de él.

Las siguientes palabras de Marcos lograron sacarme de mis pensamientos:

—Julia, cuando acabemos aquí pasa por mi despacho, por favor. —No había en su voz ni una pizca de la picardía con la que siempre me decía esa frase.

Al cerrar la puerta de su despacho supe que no podía alargar más la situación.

—Vamos, suéltalo ya. —Lo miré con asombro—. Llevas rara bastantes días, pero desde que viste a Ignacio aún lo estás más. ¿Qué pasa?

—Deberíamos dejar de vernos. —A la mierda el discurso. Así, a lo bruto.

—Eso va a ser difícil; por si no te has dado cuenta, trabajamos juntos. —

¡Mierda! No iba a ponérmelo fácil.

—Lo que quiero decir es… no ser… —Dos horas preparando un discurso para que ahora ni siquiera me salieran las palabras.

—Julia, lo he entendido perfectamente, lo que no comprendo es por qué.

Pensaba que estabas bien conmigo. —Se pasó las manos por el pelo, un gesto que denotaba su nerviosismo.

—Y lo estoy, pero no quiero que sigamos saliendo juntos. —Mi tono fue brusco, y lo fue porque me negaba a decirle que lo que de verdad me preocupaba era volver a meterme en una relación como la que mantenía con Ignacio, no quería depender tanto de un hombre. Me negaba a pasar otra vez por lo mismo.

—De acuerdo. Está claro que, si tú no quieres estar conmigo, yo no puedo hacer nada. Buenas noches, Julia. —Su voz sonó fría, pero también con un punto de algo que no supe identificar; ¿tristeza?

Salí del restaurante casi arrastrando los pies. Una cosa era lo que debía hacer y otra lo que quería, y desde luego no quería dejar de salir con Marcos. Pero había algo que aún me costaría más, y era que lo vería todos los días; lo que no podría sería tocarlo.

Esa noche dormí poco y mal, y por primera vez desde que empecé a trabajar en el restaurante, al llegar la tarde no tenía ganas de ir. No me apetecía estar toda la jornada laboral en la misma cocina que Marcos.

*

Habían pasado unas horas desde que llegué al restaurante y tenía la moral por los pies. Marcos se mostraba frío y distante. Mantenía una estricta línea entre los dos, habíamos vuelto a ser jefe y empleada. La cuestión era por qué me sentaba tan mal; ¿no era eso lo que quería? No, estaba claro que no, pero sí lo que debía hacer.

Cuando acabé de recoger, salí de la cocina despidiéndome de Marcos con un simple «adiós». Él respondió tan bajito que dudé si lo había hecho. Me

fui al vestuario a cambiarme y al volver al salón me quedé de piedra: Miriam estaba allí, tan estupenda como siempre.

—Hola. —Mi voz sonó mucho más alicaída de lo que pretendía.

—¿Qué tal? —Ella ni siquiera me miró.

Me acerqué hasta donde se encontraba Sara. Aún no se había cambiado y yo no tenía ganas de esperarla junto a Miriam.

—Te espero fuera, ¿vale? —le dije.

—¿Estás bien? —me respondió. Parecía preocupada.

—Perfectamente.

¡Y una mierda! Me destrozó ver a Miriam en el restaurante. Había dejado a Marcos el día anterior y desde ese momento me convertí en un alma en pena; en realidad lo era desde mucho antes, exactamente desde que fui consciente de que no podía seguir con él, pero a Marcos le costó un puñetero día reemplazarme en su cama. Supuse que para él había sido eso, una muesca más en su cabezal.

Sentí una opresión en el pecho y empecé a caminar despacio hacia casa de Sara. Necesitaba moverme, aunque la tensión no disminuía.

Debía sacar a Marcos de mi cabeza y tenía que hacerlo rápido. Me costaría, pero no podía seguir yendo a trabajar con esa cara de muerta en vida cuando él ya me había sustituido. Comprendía que no tenía ningún derecho a reprocharle nada, ya no estábamos juntos, aunque ¿no podía haber esperado un poquito más para salir con otra?

—¡Julia! —Me paré y al girarme vi a Sara correr hacia mí—. Pensaba que ibas a esperarme fuera.

—Necesitaba caminar y despejarme.

—¿Sabes qué? Te invito a un *gin-tonic*. Vamos a brindar por nosotras y por los tíos, que son todos unos capullos. —El tono que empleó consiguió sacarme una sonrisa.

—Por lo que veo no te has arreglado con Edu.

—Después de que me dejara y de rebajarme a pedirle que volviera conmigo, va y me suelta que necesita tiempo para saber si quiere reanudar la relación y que, si mi comportamiento hacia él no cambia, no tiene ninguna intención de hacerlo. —La miré como diciendo «te lo dije», pero Sara parecía tan enfadada y triste que decidí callármelo.

—Pues venga, vamos a por esa copa. —No se me ocurrió mejor plan ni nada más que decir.

46. Debía hacer algo

Llevaba unas semanas de mierda. Tuve tres inspecciones de Sanidad y dos de Trabajo. Normalmente no pasaban con tanta frecuencia y tuve claro quién los había mandado: Ignacio.

Menos mal que siempre he sido muy organizado, he mantenido todo el papeleo en orden y me he tomado muy en serio el tema de Sanidad. No pudieron pillarme nada fuera de lugar en ninguna de las inspecciones.

Aunque sabía que debería estar al tanto, porque pasarían más veces.

A todo esto había que sumarle que estar con Julia en la misma cocina y prácticamente sin dirigirnos la palabra me estaba matando. Pero no podía hacer nada, ella tomó una decisión y a mí me tocaba respetarla.

Casi había terminado de recoger la cocina cuando oí que alguien entraba. Era Sara, y por la cara que traía deduje que algo malo iba a soltarme.

—Ya estoy, me voy a casa. —Su tono de voz era seco y distante.

—Perfecto. —Me giré para seguir llevando cacharros al fregadero.

—¿Sabes que tienes muy poca vergüenza haciéndola venir aquí? Nunca imaginé que te comportarías así. Buenas noches. —Ahí estaba. Ya sabía yo que Sara quería decirme algo, pero antes de que me diera tiempo a preguntar se dio media vuelta y se fue. Yo me quedé pasmado mirando la puerta por donde salió y sin entender nada de lo que dijo. Al salir al salón y ver a Miriam empecé a comprender las palabras que me había arrojado Sara.

—¿Qué haces aquí? —No pretendía que mi voz sonara tan grosera, pero es que no esperaba encontrármela allí.

—Estaba cerca y he decidido venir a verte. —No se lo creía ni ella.

—No es un buen momento.

—Hace mucho que no me llamas y echo de menos nuestras noches…

La vi acercarse hacia mí con un provocador contoneo y en lo único que pensé fue en que me gustaba mil veces más cómo se movían las caderas de Julia al caminar.

—Lo siento, Miriam, pero hoy no puedo.

—No hablo solo de hoy, hace muchos días que no me llamas… —

ronroneó.

—Hoy no, ¿vale? —Aparté con suavidad sus manos, que ya estaban enrolladas en mi cuello.

—No entiendo por qué me rechazas, no veo a nadie más por aquí. —En eso tenía razón, Julia acababa de dejarme y me encontraba más solo que nunca. Miriam no podía entender hasta qué punto escocieron sus palabras.

—Estoy cansado. —Ojalá solo fuera eso.

—Dormirás mejor… después…

—Adiós, Miriam. —Fui borde y mi despedida sonó mal, pero no me apetecía seguir poniéndole excusas cuando simplemente no quería pasar la noche con ella.

Miriam me miró a los ojos unos instantes, percibí cómo los suyos se llenaban de ¿rencor?, ¿resentimiento? Le aguanté la mirada, pero noté el momento exacto en el que atacaría.

—No entiendo qué has visto en esa mosquita muerta, no te pega nada. —

Miriam era una mujer muy lista, siempre lo fue.

—No sé de quién me hablas. —Me hice el loco, aun sabiendo que no iba a colar.

—No te hagas el tonto conmigo, Marcos, he visto cómo la miras. Por lo menos reconoce lo que sientes. Aunque no pasa nada, esperaré. Te cansarás pronto de ella.

Sin añadir más, salió de mi restaurante. Pensé que últimamente todas las mujeres de mi entorno decían la última palabra cuando estaban conmigo.

Coloqué un par de cosas en el frigorífico, apagué las luces y me fui a casa. Al llegar me pasé un rato dando vueltas por el salón, con una extraña

sensación de vacío. Cuando me senté en el sofá me percaté de que lo que me ocurría era que la echaba de menos. Me gustaba ver a Julia por mi casa, cenar juntos, hablar, ver una serie y comentarla después… En definitiva, disfrutaba mucho más de la vida cuando la compartía con ella.

Durante esos años me había engañado a mí mismo saltando de cama en cama y haciéndome creer que no me interesaba tener pareja, pero lo que de verdad me pasaba era que, desde Noelia, no encontré a otra mujer con la que quisiera compartir mi día a día. Hasta que llegó Julia y volvió a ponerla del revés.

Suspiré y cogí aire con fuerza. No pretendía pasar otra vez por lo mismo, así que lo mejor que podía ocurrirme era que Julia me dejara. Durante un rato estuve pensando en todas las cosas positivas de no estar con ella, pero acabé dándome por vencido al no encontrar prácticamente ninguna. No tenía sentido seguir engañándome, me había enamorado de Julia y deseaba estar con ella, por lo que tenerla tan cerca todos los días y no poder ni siquiera tocarla iba a matarme poco a poco.

Debía hacer algo, pero no tenía ni puñetera idea de qué.

47. Tomar decisiones

Me despertó un sonido estridente que hizo que mi cabeza estuviera a punto de estallar. Miré a mi alrededor completamente desorientada, intentando averiguar de dónde provenía ese pitido. Sara estaba echada en un lado del sofá y yo acurrucada en el otro. Al final bebimos más de la cuenta y no fuimos capaces, ni siquiera, de llegar a la cama.

Por fin descubrí que lo que sonaba con tanta insistencia era el móvil de Sara. Le di un suave toque con el pie para que despertara. No se movió.

Volví a darle un poco más fuerte. Nada. Al final la zarandeé.

—¿¡Qué pasa!? —Abrió los ojos sin enfocarlos en ningún sitio.

—Tu móvil no deja de sonar. —Cuando acabé la frase, volví a tumbarme.

Madre mía, qué dolor de cabeza.

—Pues déjalo. —Parecía que volvía a quedarse dormida.

—Me va a explotar la cabeza y no paran de llamar. O lo pones en silencio o lo coges. —Había sonado muy brusca, así que, al dejar caer

de nuevo mi cabeza en el sofá, terminé la frase—. Por favor.

Sara se incorporó con los ojos medio cerrados y empezó a rebuscar entre sus cosas, hasta que por fin dio con el dichoso aparato. Cuando lo cogió ya habían colgado, pero justo un instante después volvió a sonar. Debía de ser importante, porque estaban insistiendo a tope.

A continuación, Sara miró el teléfono y su rostro cambió. Diría incluso que se puso más pálido de lo que estaba, si eso era posible. Levantó la vista y me miró con cara de sorpresa.

—Julia, es de la residencia donde estaba tu madre —me informó. Yo pensé que, quizá, había quedado algo por pagar.

—Cógelo, y si es la jefa dile que no estoy. —Volví a cerrar los ojos.

—Hola. Sí, un momento. —Sara tapó el teléfono con una mano—. Es Patricia, quiere hablar contigo.

*

Esa misma mañana saqué el primer billete de tren que iba a mi ciudad.

Patricia me explicó que habían llamado de una gestoría de Zaragoza preguntando si en la residencia tenían algún número de teléfono o dirección mía. Ella no podía facilitar ningún dato a nadie que no trabajara allí, pero, ante la insistencia del interlocutor, tomó nota del nombre y teléfono de este para poder dármelo a mí y que fuera yo la que me pusiera en contacto con él.

No hizo falta que me diera demasiada información, solo necesité el nombre de la gestoría. Nada más que conocía una en Zaragoza y era la de José, un amigo de toda la vida de mi madre.

Cuando lo llamé respiró aliviado, por lo visto llevaba bastante tiempo intentando localizarme y no había manera, no encontraba ni un solo dato con el que poder hacerlo (si yo le contara…). Así que, como última opción, lo único que se le ocurrió fue llamar a la residencia por si podían facilitarle algún número de teléfono. Parecía contento y aliviado de poder, por fin, hablar conmigo.

Me comunicó que mi madre había dejado un testamento y yo, como única heredera, tenía que ir. Le sugerí que lo abriera él y me dijera qué hacer. Mi madre solo tenía el piso que vendí meses antes para

poder pagar la residencia, por lo cual ingresé ese dinero en la cuenta de Ignacio, así que ya no le quedaba nada. Sin embargo, José insistió tanto que acabé cogiendo el primer tren en dirección a Zaragoza.

Nada más poner un pie en la estación, fui directa a la gestoría. Era un negocio pequeñito y la secretaria de José era, además, su mujer. Me dio el pésame por mi madre y estuve hablando con ella unos pocos minutos,

porque José me llamó a su despacho nada más darse cuenta de que había llegado.

—Siéntate, Julia. —Lo hice en una de las sillas que se hallaban junto a una mesa preciosa de madera. José lo hizo en un sillón frente a mí—. Lo que me ha costado localizarte, chiquilla.

—Lo siento, José. No tenía ni idea de que mi madre había dejado un testamento.

—Bueno…, verás…, hay unas cuantas cosas de tu madre que tengo que contarte. —Tragué el nudo que se me formó en la garganta—. Sabes que siempre he llevado todos sus papeles, y también sabes que era una mujer a la que le preocupaba que tu futuro estuviera cubierto. Desde que tu padre murió, Olga solo vivió para trabajar y para darte lo mejor. —Eso lo supe siempre, pero no pude evitar que una lágrima se derramara por mi mejilla.

José me acercó un paquete de pañuelos, y al mirarlo percibí que él también se encontraba afectado. Se aclaró la garganta y continuó—: Verás, tu madre vino hace bastantes años a explicarme que tenía un dinero ahorrado, no mucho, pero quería invertirlo en unas acciones que le dijeron que tenían un alto rendimiento. Le comenté que tuviera cuidado, ya que precisamente esas que ella nombraba no eran demasiado estables e igual podían subir, aumentando sus ahorros, que hacerle perder todo su dinero. Por primera vez no me hizo caso.

—José, si vas a decirme que tengo que pagar alguna deuda de mi madre, necesito que sepas…

—No te precipites y déjame acabar. Resultó que la jugada le salió bien y ganó bastante dinero. Decidió invertirlo y comprar un piso para alquilar.

Así, si algún día se veía impedida para trabajar, contaría con ese dinero extra. Pero Olga era una de las personas más trabajadoras que he conocido en mi vida y no dejó nunca de asistir a su puesto. Así que,

además de un

piso en una de las mejores zonas de Zaragoza, tu madre te ha dejado una suma importante de dinero.

—Pero eso no puede ser. Nunca me dijo nada…

—Ella deseaba decírtelo, pero Rubén y tú estabais bien económicamente; no para tirar cohetes, pero me comentó que no os faltaba de nada. Cuando conociste a Ignacio me indicó que prefería que él no conociera la existencia de ese dinero. Por lo visto a tu madre no le gustaba demasiado tu actual pareja. —José carraspeó como pidiendo disculpas por las palabras de mi madre. Él no podía saber que Ignacio y yo ya no estábamos juntos—. Te aviso de que no es un dineral, simplemente los ahorros de toda una vida de una persona trabajadora que tuvo suerte con una inversión. Aunque no te permitirá vivir de ello, sí podrás hacerlo de manera más holgada.

—A mi madre no le gustaba Ignacio… —Ella nunca me lo dijo. Jamás tuvo una mala palabra hacia él.

Recordé todo lo que le expliqué el último día que estuve con ella en la residencia. Aquel día le conté a mi madre cómo me había tratado Ignacio, que ya no estaba con él y cuánta falta me hacía el dinero. Y después de eso murió, como si lo hubiera hecho por voluntad propia, y ahora estaba casi segura de que así fue. Se marchó para que yo pudiera vivir mejor.

No me di cuenta de que estaba llorando hasta que José me acercó, aún más, la caja de pañuelos.

Firmé los papeles que él me tendió y le di todos los permisos para que se encargara de vender el piso de mi madre. Le facilité un número de cuenta para que cuando estuviera vendido ingresara allí el dinero. Me dijo que se vendería bien, ya que era un piso grande y estaba en una zona muy buena.

Le aseguré que al llegar a Madrid me compraría un móvil para que pudiéramos estar en contacto y me despedí de él y de su mujer, Belén, más rápido de lo que la educación permitía, pero necesitaba tomar aire y digerir

lo que José acababa de explicarme. Así que me fui a dar una vuelta por si el viento fresco lograba despejar mi mente.

Paseé por las calles que me vieron crecer. Me encantó reencontrarme

con los lugares de mi infancia, pero también fui consciente de que mi vida ya no se encontraba allí. No había nada que me atara a esa ciudad más que los recuerdos que construí en ella.

De pronto asimilé que mi existencia nunca volvería a ser igual. Ahora disponía de dinero para empezar de cero, y podía hacerlo donde quisiera.

Fue justo en ese instante cuando entendí las palabras que días atrás me dijo Vicenta. Y tomé una decisión.

48. Cumpliendo mi sueño

Unas semanas después

Me sentía exhausta, dividía mi día a día entre mi trabajo en el restaurante e ir a aquel lugar tan especial. Aunque el cansancio no era suficiente para borrar la sonrisa que se dibujaba en mi cara cada vez que veía cómo prosperaba mi sueño.

No dudé ni un instante en qué invertir el dinero que mi madre ahorró durante toda su vida. Sabía que ella, allá donde estuviera, se sentiría orgullosa de mí.

Después de pasarme semanas mirando y comparando, finalmente compré un local precioso y bastante céntrico; era pequeño y necesitaba un montón de reformas, por eso, en el momento en que José vendió el piso de Zaragoza, me puse con la remodelación y la contratación de los operarios.

Cada vez cogía más forma y ya empezaba a visualizar en lo que iba a convertirse.

Tras hablar con el encargado de la obra y de que este me explicara que todo marchaba según lo previsto, decidí irme, allí molestaba más que ayudaba.

Nada más entrar en casa vi a Sara sentada en el sofá. Dejé las cosas en la percha que había detrás de la puerta y me senté junto a ella.

—Vas a mancharme el sofá, estás llena de polvo —me advirtió.

—Es lo que tiene visitar una obra. —Me encogí de hombros, pero no me levanté; entendía que Sara no hablaba en serio.

Se giró hacia mí y me miró con media sonrisa cruzando sus labios,

aunque apretaba las manos, una contra la otra, dejando entrever su nerviosismo.

—Ya me lo he pensado, y la respuesta es sí —dijo. No pude evitar soltar un grito y ponerme a bailar por el salón, aunque Sara me miraba más seria de lo que me hubiera gustado—. Me sabe fatal por Marcos —añadió, y yo me paré de golpe.

En cuanto me planteé abrir mi propia cafetería, pensé en Sara para que me acompañara en el proyecto. Yo estaría en la cocina haciendo los pasteles, y la persona a la que imaginé atendiendo a los clientes era ella.

Entendía que lo estaba pasando mal por Marcos. Al irnos las dos, le hacíamos una faena, pero yo podría hacer en mi local los pasteles que él necesitaba y mandárselos al restaurante. Tenía pensado hacer servicio de *catering,* así que en ese sentido no habría problema, pero Sara era otra cosa.

Llevaba un montón de años trabajando para él y encontrar a otra persona como ella le costaría mucho.

—Te entiendo, Sara, de verdad que sí… —No sabía qué decirle.

—Lo sé, pero tengo que mirar por mí, por lo que yo quiero, y sabes que siempre he soñado con trabajar en un local como el que estás montando. Así que, por mucho que me cueste y por muy mal que me sepa por Marcos, me he decidido —explicó.

—Pues esto hay que celebrarlo. Me cambio y salimos por ahí. —Ya me había levantado del sofá cuando Sara volvió a hablar.

—Bueno, verás…

—Vamos a salir un rato; luego ya volvemos a ponernos serias por Marcos, que a mí también me sabe fatal.

—No es eso, es que he quedado con Edu.

—¡¿Perdona?! ¿Y cuándo pensabas decírmelo? —Me crucé de brazos y puse morros.

—Pues ahora que te veo, estás tan liada que casi no paras en casa.

—Tienes razón. —Entre el local y el trabajo tenía muy poco tiempo libre

—. Ya puedes empezar a hablar.

—Bueno…, pues decidí que lo mejor era sincerarme con él.

—Sí, es lo que suele funcionar. —Aunque yo no lo llevara demasiado a la práctica.

—Y eso me lo dices tú, ¿verdad? —Sara me tenía calada.

—Tienes razón. Continúa, por favor. —No me apetecía hablar de mí.

—El otro día me armé de valor y le dije que sentía el comportamiento que había tenido con él. Le expliqué lo que me pasó con mi ex, que me recordaba muchísimo a él y que ese era el motivo por el que me comportaba como una auténtica imbécil.

—¡Oh! Entonces se derritió y volvéis a estar juntos. —Puse cara de tonta y estuve a punto de dar palmas. No me dio tiempo.

—En realidad, me respondió que se alegraba mucho de que le hubiera contado la verdad sobre mi ex, pero que ese no era motivo para que volviéramos a salir.

—¿De verdad te dijo eso? —Me quedé pasmada.

—Te lo juro, se me quedó la misma cara que a ti. No entendía qué era exactamente lo que quería, hasta que le dije que no podía hacerme eso, que me había enamorado de él y que me encantaría que lo volviéramos a intentar.

—¿Y qué te dijo? —Solo me faltaban las palomitas.

—Al principio no me contestó nada. —Mi boca volvió a abrirse

—¿Lo dices en serio?

—Eres muy impaciente, no paras de interrumpirme.

—Perdón. —Y, como si tuviera cinco años, hice ver que cerraba mi boca con una cremallera. Lo sé, soy el sumun de la madurez.

—Después de unos segundos en silencio me besó y luego me dijo que ese sí era un buen motivo para volver a intentarlo.

Esperé un momento para comprobar que Sara hubiera terminado de hablar y entonces sí que aplaudí. ¿Qué? La reacción de Edu me pareció una

escena de lo más tierna.

—Pues me alegro mucho por vosotros, de verdad. Al final le has hecho caso a Vicenta y has decidido que tus miedos no puedan contigo.

—Sí, pero no se lo digas, que ya sabes cómo se pone. —Las dos sonreímos.

Estuvimos hablando un rato más y cuando el cansancio se apoderó de mí (y eso que era yo la que pretendía salir a tomar una copa) me despedí de Sara y me metí en la ducha.

Ya estaba con el pijama puesto y sentada en el sofá, esperando a quedarme dormida. Al parecer lo había conseguido, pero, de pronto, el timbre sonó.

49. ¿Has pedido una pizza?

Me levanté medio aturdida y algo desorientada, me había quedado dormida en tiempo récord. Cuando conseguí reaccionar, miré el reloj; no había pasado mucho desde que Sara se fue, pero me extrañó que llamaran a esas horas. No esperaba a nadie y Sara tenía llave, así que pensé que quizá era Vicenta.

Fui hasta el recibidor arrastrando ligeramente los pies. Al abrir la puerta, quien se encontraba tras ella no era Vicenta. Era Marcos, y llevaba entre las manos una caja de mi pizzería favorita.

—Hola, ¿has pedido una *pizza*? —Una tímida sonrisa asomaba en sus labios.

—¿Qué haces aquí? —No fue mi intención hablarle con acritud, pero me sorprendió tanto verlo en la puerta de mi casa que las palabras me salieron mucho más tajantes de lo que pretendía.

—Yo también me alegro de verte. ¿Puedo pasar? —Parecía de mejor humor que días atrás.

—Sí, claro, perdona.

Me aparté a un lado mientras él entraba en el salón. Por mucho que quise evitarlo mis ojos se posaron en la parte baja de su espalda, me faltó poco para golpearme la cabeza con la puerta; ¿por qué tenía ese trasero tan perfecto?

Marcos y yo no habíamos vuelto a quedar fuera del trabajo desde que

lo dejé, y en el restaurante manteníamos las distancias. Por eso me pareció muy raro que estuviera allí.

—He traído tu *pizza* favorita, ¿has cenado?

—No, qué va. —Mis respuestas eran escuetas, pero es que me sentía desconcertada.

Fui a la cocina y saqué unos vasos y algo de beber. Marcos y yo comíamos la *pizza* directamente de la caja, por eso solo llevé un par de servilletas. Nos sentamos en silencio. Él parecía nervioso, y eso era muy extraño.

—Verás, Julia. El día que viste a Miriam en el restaurante…

—Ah, no, no, no. En esos momentos ya no estábamos juntos y no tienes que darme ninguna explicación. —No entendía por qué me hacía la indiferente, si en realidad me moría de ganas de oír lo que tuviera que decirme.

—Lo sé, pero quiero hacerlo. Esa noche no pasó nada entre Miriam y yo.

Es más, no fui yo quien le dijo que se presentara allí. —Me sorprendieron sus palabras y algo cálido me invadió—. Julia, no quiero estar con Miriam.

Bueno, ni con ella ni con ninguna otra que no seas tú. Por mucho que he intentado evitarlo, me he enamorado de ti. Si lo que yo siento no es correspondido, lo entenderé y no te molestaré más, pero quería quemar el último cartucho y oír de tu boca que no sientes nada por mí.

Fui incapaz de pronunciar una palabra, el nudo de emociones que se formó en mi garganta me lo impedía. Sin embargo, miré a Marcos a los ojos y él debió de ver algo en ellos, porque se levantó de la silla y se acercó a mí.

Me pasó la mano por detrás de la nuca y me besó con tantas ganas que lo único que pude hacer fue corresponderle.

—Hay algo que debería contarte —conseguí decir.

Ya no dependía económicamente de él y podríamos reanudar nuestra relación donde la dejamos. Yo me sentiría bien y podría dejar fluir el cúmulo de sentimientos que tenía hacia Marcos, pero antes debía

explicarle lo de mi local, decirle que me iba a ir y que dejaría el trabajo en el restaurante. No obstante, nada de eso fue posible. Me besó con tanta desesperación y tanto amor que no pude articular palabra.

—Ahora no —respondió, para volver a posar sus labios sobre los míos.

Y pasamos el resto de la noche perdidos uno en el otro.

50. Quiero hablar contigo

Me removí en la cama con una sonrisa en los labios y un único pensamiento en la cabeza: podía volver a estar con Marcos, recordé que en breve dejaría de ser mi jefe y no dependería de él para nada. Sonreí; parecía que, después de mucho tiempo, las cosas empezaban a irme bien.

Quería hablar con él esa misma mañana, necesitaba comentarle lo del local para que no hubiera nada que se interpusiera entre nosotros, pero cuando me levanté él ya no estaba. Me invadió cierta tristeza, esperaba encontrarlo junto a mí.

Salí al salón y vi que Sara ya estaba allí. Se giró al percatarse de mi presencia.

—Ya veo que no soy la única que ha hecho las paces —soltó nada más verme poniendo una expresión de lo más pícara.

—Si ya estás aquí es porque no os ha ido demasiado bien la noche… —

Le guiñé un ojo.

—Nos lo tomamos con calma, ¿vale? —Sara se puso a la defensiva.

—¿Qué tenéis, quince años? —Le saqué la lengua y las dos sonreímos.

Cambié de tema porque prefería centrarme en Marcos—. Bueno, si te sirve de consuelo, a mí tampoco me ha ido muy bien. Se ha ido sin despedirse, no sé…

—No te preocupes por eso, antes de salir me ha pedido que te comentara que debía irse al restaurante, que había quedado con un proveedor a primera hora y que más tarde te llamaría. —Fijé mi vista en Sara, sabía que no había terminado—. Y ha salido por la puerta montado en su nube rosa y escupiendo confeti de corazones por todo

el pasillo. —Sara conocía muy bien a Marcos, así que sonreí ante su último comentario y me puse de un humor excelente.

—Eres la leche. Me voy a la ducha, que hoy entramos antes y al final se me echará el tiempo encima.

—Sí, anda. Dúchate, que huele a sexo desde aquí. —Me metí en el baño haciéndole una peineta.

No quería hacerme demasiadas ilusiones ni darle muchas vueltas a lo que Marcos me había dicho la noche anterior, y tampoco quería pensar en exceso en todo lo que pasó entre nosotros. Prefería esperar a ver su reacción al explicarle que me iba. Me daba la sensación de que otra vez había metido la pata con él.

Así que intenté dejar la mente en blanco, cosa bastante difícil. Me arreglé y me vestí con el modo automático puesto.

*

Marcos cambió por completo su modo de comportarse conmigo. Me rozaba a la mínima oportunidad y siempre que pasaba por mi lado me daba un beso donde pillaba.

Estuvo todo el tiempo tarareando una canción, se encontraba de muy buen humor.

Su conducta me estaba poniendo nerviosa; no por lo que me hacía, eso me encantaba, sino porque no quería tener secretos con él antes de volver a intentarlo. Necesitaba aclarar las cosas lo antes posible.

—Marcos, cuando acabemos quiero hablar contigo. —Pude notar cómo se tensaba, incluso con la distancia que nos separaba.

—De acuerdo.

Ya no volvió a haber besos ni caricias el resto de la noche.

Ni siquiera se dirigió a mí cuando, al acabar de recoger, nos fuimos a su despacho; simplemente me hizo un gesto con la cabeza para que lo siguiera.

Me temblaban las piernas, así que preferí sentarme en la silla que se hallaba frente a la suya.

—Tú dirás. —Evitaba mirarme a los ojos y su voz no podía ser más

fría.

—No es lo que piensas. Pero de todas maneras sé que no va a sentarte bien. —Me preparé mentalmente para lo que se me venía encima.

—Prueba.

—Te hago un resumen, porque es largo de explicar.

—Tengo toda la noche. —Se recostó en su sillón para que quedara claro que disponía de tiempo.

Le expliqué con detalle el día en el que tuve que ir a visitar al gestor de Zaragoza, todo lo que me reveló este y lo que mi madre me dejó en el testamento. Le expuse cómo me sentí con Ignacio y mi necesidad de ser independiente económicamente, así como lo que eso suponía para mí. Me desahogué diciéndole cómo me sentía, el miedo que me generaba volver a depender de un hombre, tal y como lo había hecho de Ignacio, y verme otra vez en la calle. En este punto me interrumpió.

—¿Por eso me dejaste? —Su tono cambió, volviéndose mucho más cálido.

—Sí. No es buena idea mantener una relación con tu jefe, si las cosas no van bien… —Marcos me interrumpió.

—Tienes que entender que no todas las personas son tan hijas de puta como tu ex. —Escupió las palabras con rabia.

—Lo sé, pero no te haces una idea de lo que es vivir en la calle, verte despojada de todo… Fue muy duro. —Paré mi explicación porque siempre que hablaba de ello acababa llorando.

—No, no lo sé, ni siquiera puedo imaginarlo. Pero continúa, sé que hay más.

—Cuando el gestor de mi madre me dijo el dinero del que disponía, tuve claro lo que quería hacer, así que, al volver, busqué un sitio en el que materializar mi sueño. Lo que quiero decirte con todo esto es que me he

comprado un local para poder dedicarme a lo que siempre he querido: la repostería.

—Pues, entonces, ya puedes salir de aquí.

51. Te quiero, ¿lo sabes?

Cuando observé cómo palidecía Julia, me di cuenta de mi metedura de pata.

—Julia, no me he explicado bien. Lo que quiero decir es que vayas a cumplir tus sueños —le aclaré. Ella levantó la vista hacia mí y en sus ojos vi una gratitud inmensa.

—¿De verdad? ¿No te molesta? —Parecía perpleja. Cuánto daño podía hacer a una persona como Julia un gilipollas como Ignacio.

—Claro que me molesta, voy a perder a mi mejor empleada, pero eso no quita que vaya a apoyarte en todo lo que hagas, como tu pareja que soy.

No me esperada el grito ni el arranque de efusividad que le dio. Bordeó la mesa y saltó sobre mí con tanto ímpetu que casi me tiró de la silla.

—Te quiero, ¿lo sabes? —Un calor reconfortante me invadió al oír esas palabras de la boca de Julia.

—No me lo habías dicho hasta ahora, pero lo supe la primera vez que me miraste.

—Eres un pedante, y la primera vez que te miré me dieron ganas de abofetearte, me llamaste drogadicta. —Intentó retirarse, pero la agarré con más fuerza.

—Sí, no estuve muy acertado en eso.

—Ni en eso ni cuando me dijiste que me acostara contigo.

—Vaya, mejor lo dejamos. —Le cerré la boca con un beso. Tal y como me había comportado con ella, me daba miedo que acabara enfadada.

—Hay otra cosa que quiero decirte —prosiguió. Yo me tensé; mierda,

¿aquello no iba a acabar nunca?—. Entiendo que no soy quien debería comentártelo, pero se lo he propuesto yo y sé que ella lo va a pasar fatal diciéndotelo, así que…

—Sara se va contigo.

—¿Cómo lo sabes? —Me miró con tanta dulzura en los ojos que me entraron ganas de dejar la conversación para otro momento y besarla hasta el día siguiente.

—Es el tipo de negocio que a ella le gusta. —Me puse la mano en el mentón como si pensara en algo—. ¿Así que vas a robarme a mi mejor empleada?

—Pensé que tu mejor empleada era yo.

—Tú eres mucho más que eso.

—Lo siento, Marcos. No era mi intención…

—No lo sientas, vas a tener que hacer un montón de cosas para compensarme.

Le dio la risa y le tapé la boca con un beso que fue volviéndose más intenso a medida que pasaban los segundos. Justo cuando llegó a su punto álgido, llamaron a la puerta. Solté un gruñido.

—¡Pasa, Sara! —dije. Ella abrió la puerta con una sonrisa en la cara.

—¿Cómo sabías que era yo? —preguntó nada más poner un pie en el despacho.

—Porque no hay nadie tan inoportuno como tú —contesté con media sonrisa.

—Perdón, venía a decirle a Julia que me voy.

—A Julia, ¿verdad? Y a tu exjefe que le den.

A Sara se le abrieron los ojos como platos y Julia se puso en pie de un salto e intentó darle una explicación.

—Perdóname, Sara. Se lo he contado todo; como sabía lo que te costaría decírselo, he pensado que sería buena idea que se lo explicara yo.

—Gracias, Julia. No sé si hubiera sido capaz. —Sara bajó los ojos hacia el suelo, un gesto insólito viniendo de ella.

—Joder, Sara, que no muerdo. —Resoplé. Estaban empezando a hablar como si yo no estuviera presente.

—Lo sé, pero me da la sensación de que te estoy fallando. —Comprendía lo difícil que era esa decisión para ella.

—Si no lo hicieras te estarías fallando a ti misma, y eso es mucho peor —

sentencié, añadiendo una sonrisa cuando Sara me miró.

—No creí que te lo fueras a tomar tan bien —reconoció Sara.

—En realidad estoy bastante enfadado, pero, en caso de que sea lo que vosotras queréis, no me queda más remedio que aceptarlo. Además, si de esta manera recupero a Julia, nada que objetar. —Miré a Julia a la cara y una sonrisa apareció en su rostro. Estaba preciosa.

—Uf, demasiado azúcar. Me voy a echar un polvo para que se me pase el subidón de dulce. —Sara cerró la puerta mientras hablaba y simulaba tener arcadas, no pude evitar soltar una carcajada. Realmente iba a echarla muchísimo de menos.

—¿Por dónde íbamos? —intervino Julia con una insinuante voz.

—Por todo lo que ibas a tener que hacer para compensarme.

—Ah, eso…, es verdad.

Y me enseñó que con ella todo merecía la pena.

52. Los Dulces de Mamá

Unos meses después

Era el día de la inauguración de la cafetería. Me sentía más nerviosa de lo que estaba dispuesta a admitir, no paraba de dar vueltas de un lado a otro de la cocina como un pollo sin cabeza.

Ese día Marcos cerró el restaurante y me echó una mano en todo. Edu y Sara también estaban por allí, incluso Vicenta daba los últimos retoques.

Parecía mentira, pero una de las cosas que más me costó fue ponerle nombre al local. Después de darle un montón de vueltas, decidimos llamarlo Los Dulces de Mamá. Era un pequeño homenaje a mi madre, porque sin ella nada de aquello hubiera sido posible.

La noche anterior me acosté a las tantas acabando de prepararlo todo y, aunque dormí poco, estaba pletórica.

—¿Cómo lo llevas? —me preguntó Marcos a la vez que rodeaba mi cintura con sus manos y me besaba el cuello con suavidad.

—Bien, pero un poco nerviosa —reconocí.

—«Un poco», dice. —Rio por lo bajo—. Va a salir todo muy bien, ya verás. Piensa que, aparte de mi restaurante, ya tienes otro al que

llevar los postres; eso sumado a lo que vas a despachar aquí. ¡Y esto no ha hecho más que empezar!

—Tienes razón. —Me di la vuelta para poder mirarlo a los ojos—.

Gracias por todo.

—¿Por qué dices eso?

—Por todo lo que has hecho estos meses por mí. —Me estaba poniendo sensiblera y no me apetecía llorar.

—Julia, cariño, no he hecho nada. En esto consiste tener pareja. En apoyarse el uno al otro.

—Sí, supongo que sí. Falta de costumbre, ya sabes.

—Pues ya puedes empezar a habituarte, porque esto va a ser así siempre.

Me parecía mentira la relación que habíamos conseguido construir Marcos y yo. Por la manera en la que nos conocimos, nunca pensé que la vida me regalaría a alguien como él.

—Es la hora, ¿preparada? —me preguntó dándome un beso en la punta de la nariz.

—Nací preparada. —Marcos soltó una carcajada y yo me dispuse a abrir por primera vez las puertas de mi nuevo negocio.

*

Fue una inauguración perfecta, aunque con sus peculiaridades, y es que cuando la cafetería estaba a tope de gente vi entrar a una pareja con un carrito de bebé. No le di mayor importancia, entraron un montón de parejas con críos durante toda la mañana, pero entonces, al mirar a Sara, me percaté de que había perdido todo el color de la cara, tanto que llegué a asustarme.

Cuando la pareja reparó en ese detalle dio media vuelta para salir, pero Marcos se acercó y se puso a hablar con ellos. Había tanta gente que, aunque el local era pequeño, no tuve la oportunidad de saber qué pasó hasta bastante más tarde.

Aquel día también entraron en mi cafetería Noelia y Toni. Marcos me explicó que se quedó algo impactado al verlos, pero que descubrió que

ya no les guardaba rencor. Me dijo que seguramente eso era debido a lo feliz que era él en esos momentos. Todos sabíamos que habían hecho las cosas fatal, pero por lo visto estaban enamorados de verdad. Sara no fue tan pragmática y, aunque se acercó a saludarlos, rápidamente dio media vuelta soltando un montón de tacos.

Esa noche, mientras estábamos tumbados en la cama, Marcos y yo hablamos del tema.

—Me ha gustado verlos. —Hablaba con un tono muy tranquilo, quizá no tenía nada que ver con el tema y se debía a que acabábamos de hacer el amor.

—¿Sí? A mí no me hubiera hecho ni pizca de gracia. —Francamente, ver a tu ex y a un amigo juntos no creo que sea plato de gusto para nadie.

—No se trata de eso, ha sido como cerrar un capítulo de mi vida.

—¿Quieres decir que no estaba cerrado? —Marcos sonrió ante mi pregunta, pero yo no le veía la gracia al hecho de que ese capítulo hubiera estado tanto tiempo abierto.

—Sí, claro que estaba cerrado. Fue una época de mierda, y hace mucho que pasó. A lo que me refiero es que, al verlos juntos con un bebé, he pensado que por lo menos ha salido algo bueno de todo aquello.

—Si yo viera a Ignacio con mujer e hijo, lo único que podría pensar sería en apiadarme de ellos.

—Ignacio es un cabrón. Noelia y Toni lo hicieron fatal, pero no son malas personas.

—No creo que Sara piense lo mismo.

—No, supongo que cada uno vive las cosas de una manera diferente, aunque la situación sea la misma. Y ya está bien de hablar de exparejas.

Tenemos mucho que celebrar, la inauguración ha resultado un éxito.

—La verdad es que sí. Estoy muy contenta.

—No es para menos. Pero a lo que íbamos, ¿lo celebramos? —Puso su cara más pícara y lo continuamos celebramos durante el resto de la

noche.

53. A cada cerdo le llega su San Martín Unas semanas después

Mi mala suerte era épica. Después de que la inauguración y mi negocio fueran viento en popa, desde hacía unas semanas rondaban por el edificio unos inversores que querían tantear a la gente para ver si podían hacerse con los edificios que formaban la manzana, para derribarlos y construir no sé qué proyecto monstruoso.

La mayoría de los vecinos dijeron que no, pero me daba miedo que a medida que les ofrecieran más dinero acabaran aceptando.

Yo podría cambiar de sitio y buscar otro local cerca, pero me costó mucho dejar aquel como me gustaba, y además me daba la sensación de que en ese lugar había algo de mi madre.

Habían ido a verme dos días antes, por lo que me extrañó que el timbre de la puerta sonara. No cabía duda de que debían de ser ellos porque hacía rato que estaba cerrado y los había visto rondar por fuera, hablando con un vecino y con otro, hacía apenas un par de horas. Sara se había ido a casa, pero yo me quedé para terminar un pedido del día siguiente.

Cuando salí de la cocina y vi quién estaba detrás de la puerta, las piernas me fallaron, pero empecé a encajar piezas.

Abrí con una seguridad que estaba muy lejos de sentir y con mucha inconsciencia, eso también.

—Vaya, vaya… Menuda sorpresa, mira a quién tenemos aquí —me saludó con tal cinismo que tuve claro que encontrarme allí no fue ninguna sorpresa para él.

—¿Qué quieres, Ignacio? —respondí con un tono duro y frío.

—Tú siempre tan amable —agregó mientras entraba en mi cafetería como si él ya fuera el dueño.

—Dejé de ser amable contigo en el momento en que te volviste imbécil.

—No esperaba esa contestación y su cara se puso roja. Di un paso atrás de manera instintiva. Él sacudió la cabeza y continuó hablando.

—Bueno, voy a dejar los formalismos. Queremos comprar este edificio

y los que lo rodean, así que tendrás que vender… esto… —Miró alrededor con un desprecio en el rostro exagerado incluso para ser él.

—Yo no voy a vender nada, y menos a ti.

—Y tanto que lo harás; aún no has entendido que en esta vida todo tiene un precio.

—Seguramente tengas razón, pero no voy a venderlo. No tengo nada más que decir, y ahora ya sabes dónde está la puerta. —Fui a darme la vuelta para volver a la cocina cuando noté cómo Ignacio me agarraba con fuerza del brazo. Al advertir que me resistía, me estampó la cara contra la pared con tanta fuerza que me mareé ligeramente.

—Julia, no me jodas. Vas a venderme el local.

—¿Qué vas a hacer si no lo hago?

—No juegues conmigo. Sabes quién soy y lo que soy capaz de hacer, y los dos tenemos claro que al final acabarás vendiéndome esta mierda. —

Pegó su cuerpo a mi espalda y se frotó contra mí de una manera que casi me hizo vomitar—. ¿Vas a venderlo por las buenas o tengo que hacer que entres en razón? —Una sonrisa asomó a mi cara sin poder hacer nada por borrarla

—. ¿Se puede saber de qué cojones te ríes? —Volvió a golpear mi cara contra la pared y supe que me saldría un buen cardenal.

—Me rio de que uno de los motivos por los que más discutí con Marcos fue por su insistencia en poner cámaras de seguridad en mi local. Debo informarte de que al final ganó él. Todo lo que ha pasado aquí ya está grabado y registrado. Es lo que tienen de bueno las tecnologías.

Ignacio me soltó como si quemara y me miró con una mezcla de asombro, miedo y desprecio. Salió por la puerta sin decir ni adiós, tampoco era que lo esperara.

Me recompuse como pude y cerré la puerta con llave. Aún me temblaban las piernas, pero no pude evitar sonreír. Al final, el ratón cazó al gato.

*

A la mañana siguiente, nada más levantarme, me fui directa al hospital.

Esperé hasta el día siguiente porque, como ya imaginaba, toda la parte izquierda de mi cara empezaba a adquirir un color lila oscuro, bastante feo.

Después de tener el informe médico me dirigí a poner una denuncia en comisaría y, como pasa en estos casos, una acusación llama a otra y pocos días después Ignacio tenía más de diez denuncias por amenazas, agresiones sexuales y extorsión. Incluso la que entonces era su pareja le puso otra por maltrato.

No es difícil imaginar cómo se puso Marcos al ver la cinta de la cámara, pero yo le estaré eternamente agradecida por lo mucho que insistió para que instalara el sistema de seguridad en la cafetería.

Cuando me informaron de que no tendría que vender mi local, porque el proyecto de Ignacio no vería la luz, un refrán que siempre decía mi madre me vino a la cabeza: «a cada cerdo le llega su San Martín». Sonreí.

Epílogo

Diez años después

Tenía un evento muy importante esa noche y estaba a tope de faena. Sara asomó la cabeza por la puerta de la cocina con mucho sigilo, sabía que no me gustaba que me interrumpieran.

—Julia, fuera está Marcos con las niñas. —Levanté la cabeza de lo que estaba haciendo y me limpié las manos para salir a verlos.

—Gracias, Sara.

Bendita Sara, menos mal que accedió a venirse conmigo cuando se lo pedí. La plantilla aumentó, pero ella siempre será mi mano derecha.

Edu y ella llevaban más de seis años viviendo juntos y les iba de maravilla. Decidieron mudarse a casa de Sara, el dueño del piso les dio la opción de comprarlo y no se lo pensaron. Pero yo sé que lo que de verdad impulsó a Sara a querer vivir allí fue Vicenta. Ya era muy mayor y se negaba a irse a casa de su hijo o con ninguna de sus nietas, y aunque podía valerse muy bien por ella misma, a Sara le gustaba tenerla controlada, cosa que sacaba de quicio a Vicenta, así que seguían enzarzadas en sus eternas discusiones a la primera de cambio.

Hay relaciones que no cambian, y doy gracias por ello.

Saqué esos pensamientos de mi cabeza al pararme en el umbral de la puerta para observar a mi familia. Davinia, mi hija mayor, se había sentado a tomarse un vaso de leche. Alicia, la mediana, la imitaba en todo, y nuestro bebé, de apenas un mes, estaba en brazos de Marcos. Él, que tenía más flexibilidad en el restaurante, había cogido la baja por paternidad, ya que para mí era la temporada más alta de trabajo.

Edu se convirtió en un empleado imprescindible para él, era el encargado y se ocupaba de todo cuando Marcos no estaba. Exactamente igual que Sara para mí.

Me quedé un rato más observándolos. De vez en cuando me gustaba mirarlos cuando no me veían, y es que tenía una familia tan maravillosa…

A menudo pensaba en lo que había cambiado mi vida en los últimos diez años. Un marido y tres hijas, casi nada.

Cada día, cuando entraba en mi negocio, le daba las gracias a mi madre por lo que hizo por mí. Sin ella nada de aquello sería posible. Siempre que la recordaba un nudo atenazaba mi garganta, me daba mucha pena que no hubiera conocido a sus nietas. Pero tenía la certeza de que, si pudiera verme, estaría muy orgullosa de la mujer en la que me había convertido.

Ya no me daba miedo depender de Marcos; de hecho, en muchas ocasiones tuvimos que poner dinero de un negocio para que el otro funcionara. Como solía decir él, en eso consistía ser pareja y formar un gran equipo como el nuestro.

Hemos tenido nuestros más y nuestros menos en estos diez años, como todas las parejas, pero sigo amándolo como el primer día. Bueno, como el primer día no, que ese me cayó fatal.

La mayoría de las veces es difícil valorar las pequeñas cosas que te da la vida, como una cama, una ducha tranquila, una sonrisa, un desayuno en compañía, una casa a la que volver, alguien a quien querer, despertarte acompañada por la persona a la que amas, una peli en el sofá un domingo cualquiera, el olor de un libro nuevo, una mano pequeñita acariciando tu mejilla, un abrazo de tu madre…

Sí, la vida puede ser muy bonita unas veces y muy dura otras. Puede hacer que caigas y que te hundas. Pero lo importante es levantarse y todo lo que aprendes cada vez que lo haces.

Nota de autora

Me costó sacarme de la cabeza la historia de Los lùth, pero con Julia he vuelto a la novela romántica y me ha encantado hacerlo de su mano porque, aunque su historia es dura, he disfrutado mucho escribiéndola.

En esta novela he rescatado a un personaje al que le tengo un cariño especial. Y es que Vicenta es mucha Vicenta.

Esta historia es independiente y no tiene continuación.

Ahora ya estoy metida en otro proyecto más divertido, que espero disfrutéis mucho.

Si queréis saber más de mí y de mis personajes, podéis encontrarme en: Instagram: @tamaramarin04

Twitter: @tamaramarin04

Facebook: Tamara Marín o Tamara Marín Autora.

Agradecimientos

A mi madre; parece mentira, pero cada día te echo más de menos.

A mis hijas, porque sois el regalo más maravilloso que me ha dado la vida.

A mi padre, por animarse a leer mis historias y por estar siempre, en todos los sentidos.

A mi hermano, por alentarme y acompañarme en cualquier cosa que hago. Te quiero mil.

A mi cascarrabias particular, gracias por estar a mi lado cada vez que me levanto.

A Ramón; es un auténtico lujo tener un profesor como tú, gracias por todo lo que has hecho por mejorar la historia de Julia.

A Rocío y Eli, gracias por todo, una vez más.

A José Manuel y Taira, de Rubric, por ponérmelo todo tan fácil y ser tan profesionales.

A Taira y Vanesa, mis lectoras cero. Mil gracias.

A Nerea, por la maravillosa portada que le ha hecho a Julia y por la paciencia, porque este año la he mareado bastante con tanta cubierta, ji, ji.

A mis chicas del club de lectura de la Biblioteca de Ripollet. Gracias por compartir vuestro amor por los libros y por esas tardes de charlas y risas.

Durante un tiempo colaboré con una ONG que atendía, durante la noche, a personas sin hogar. Personas con historias y vidas desgarradoras. Con este libro he querido paliar en algo la invisibilidad que sufren.

A mis compañeras de letras, gracias por hacer el camino tan divertido y agradable.

A las mamás de la clase de mi hija, gracias por entusiasmaros con mis novelas, por esas cenas y, sobre todo, por las risas.

A ti, que tienes mi libro entre las manos. Deseo que hayas disfrutado mucho con la historia de Julia.

Document Outline

- Introducción
- 1. Ignacio
- 2. La llamada
- 3. Me precipité
- 4. El mensaje
- 5. Tenemos que explicarte algo…
- 6. El verdadero Ignacio
- 7. Lo mejor para ella
- 8. La chica del pelo rosa
- 9. Vicenta, la vecina
- 10. Otra vez no, Sara
- 11. Tenían razón, Marcos era muy desagradable
- 12. La mosquita muerta
- 13. Duelos verbales
- 14. ¡Porque tú lo digas!
- 15. Mi nueva compañera de piso
- 16. Quería a Julia en mi equipo y a Miriam en mi cama
- 17. Miriam
- 18. Sincerándome con Sara
- 19. El regalo de Vicenta
- 20. Yo misma
- 21. Edu
- 22. Ni yo misma lo entendía
- 23. El desayuno
- 24. Cuando mi vida cambió
- 25. Maldita noche
- 26. Me había perdido algo
- 27. El beso
- 28. Un trío
- 29. Una noche para olvidar
- 30. Mi madre
- 31. Yo también le di
- 32. Mis postres
- 33. Compartiendo cocina
- 34. No puedo dormir
- 35. Julia en mi casa
- 36. ¿Qué he hecho?
- 37. La nota
- 38. Otra vez
- 39. ¿Dónde me estoy metiendo?

- 40. Poco hombre para ella
- 41. Nuestro pasado
- 42. Por nosotros
- 43. Una pareja
- 44. Tener que elegir
- 45. Te invito a un gin-tonic
- 46. Debía hacer algo
- 47. Tomar decisiones
- 48. Cumpliendo mi sueño
- 49. ¿Has pedido una pizza?
- 50. Quiero hablar contigo
- 51. Te quiero, ¿lo sabes?
- 52. Los Dulces de Mamá
- 53. A cada cerdo le llega su San Martín
- Epílogo
- Nota de autora
- Agradecimientos